HISTORIA UNIVERSAL

I

Prehistoria e historia del Próximo Oriente

Equipo Redacción PAL

PREHISTORIA E HISTORIA DEL PROXIMO ORIENTE

Sección: Historia

Equipo Redacción PAL

HISTORIA UNIVERSAL

Tomo I

PREHISTORIA E HISTORIA DEL PROXIMO ORIENTE



Mapas: ALVARO SANCHEZ

Apartado 73 - 48080 BILBAO
ISBN: 84-271-1438-9 Obra completa
ISBN: 84-271-1439-7 Tomo I
Dep. Legal: Bi-45-1986
Printed in Spain

Imprime: GRAFMAN, Andrés Isasi, 8-1° 48012 BILBAO

PROLOGO

Todos nosotros al nacer nos encontramos insertos en una sociedad, en un sistema ya constituido, con sus usos y costumbres, con su religión, lengua, técnicas, leyes y normas. Para comprender el presente en el que estamos directamente interesados, tenemos que adentrarnos en el conocimiento del pasado tanto próximo como remoto, que ha contribuido a la formación del presente y nos explica por qué las cosas de ahora son así.

Por otra parte el estudio del pasado nos permite observar al hombre en su esfuerzo continuo por progresar. Sin embargo ese progreso no es ni constante ni rectilíneo. Hay estancamientos y a veces brutales retrocesos. Observar, analizar y tratar de comprender ese lento progreso de la humanidad en toda su grandeza y su tragedia es aleccionador para conocer al hombre y para comprender la grandeza y la tragedia de la época en que vivimos.

Desde otro punto de vista hay que tener también en cuenta que conforme se va desarrollando el hombre, va variando su ángulo de observación del pasado, a veces obligado por nuevos descubrimientos, de tal modo que en cada época los pueblos y los historiadores reaccionan de distinto modo ante los acontecimientos del pasado y los van interpretando de nuevo según sus propios principios. ¿Cuál será, pues, el método apropiado y justo para reescribir la historia?

El método es vario: se pueden reagrupar los hechos por temas, por centros de interés, examinando, por ejem-

plo, el comercio, el progreso de la libertad, la evolución de las instituciones a lo largo de los siglos. También se puede proceder por haces cronológicos examinando los acontecimientos que han interesado a los varios pueblos en un determinado período, es decir, un arco de civilización. Este último método ofrece, de por sí, una mayor garantía de imparcialidad.

En el fondo, la historia está centrada en el hombre y son hombres como nosotros los que la juzgan aunque muchas veces con ideologías diferentes pero aceptando su vocación unitaria y su dimensión universal. Hoy menos que nunca se puede decir que los hombres y los pueblos sean islas. Siempre hubo interdependencia entre los pueblos de todos los tiempos, aun mucho antes del Imperio Romano que puede considerarse como una época de síntesis y un anticipo, a siglos de distancia, de una Europa unida. Esa interdependencia es ahora mucho más palpable al ser las instancias unitarias mucho más intensas.

Estudiar la historia significa conocer el presente a través del pasado. La llave para ello la constituye el contacto y la confrontación que consigamos establecer entre el mundo de ayer y el de hoy. Tal contacto implica el riesgo, por una parte, de interpretar el mundo de hoy de forma parcial y, por otra, de revelar sólo ciertos elementos del pasado, escogiéndolos en función de la visión particular que se tiene del presente. El riesgo puede disminuirse si el trabajo de confrontación se realiza en forma de resumen y no en forma de una formulación histórica definitiva.

El tratamiento que aquí damos a la historia ofrece materiales para este estudio de confrontación y verificación entre presente y pasado, poniendo de relieve temas estimulantes e indicando posibles filones por los que podemos orientar nuestra investigación.

Esta obra, como indica su título, pretende ser una Historia Universal. Sin embargo el término universal ha de entenderse en forma razonablemente relativa: el libro

pretende exponer la historia de todo el universo *en cuanto* que explica nuestra propia vida, o con otras palabras: la historia del universo que nos ha afectado, aunque sólo sea remotamente. Y ocurre que hay hechos muy importantes en sí en la vida de pueblos muy lejanos en el espacio y en el tiempo, que no han tenido repercusión en la vida de Occidente. Eso pasa por ejemplo con gran parte de la historia antigua de muchos de los pueblos del Extremo Oriente, que por razones obvias sólo va a ser tratada en esta obra de manera muy breve.

I. PREHISTORIA

METODOS PARA CONOCER LA PREHISTORIA

La aparición del hombre

Tal vez hace más de dos millones y medio de años existía ya sobre la tierra una criatura destinada, a través de una evolución biológica de centenares de milenios, a devenir el hombre.

E inmediatamente brota una interrogante fundamental: ¿en qué momento de esta evolución salió aquella criatura de las nieblas de la inconsciencia animal y pudo ser llamado hombre?

Nunca lo sabremos, como tampoco sabremos cómo y en cuánto tiempo se realizó ese paso. Sólo podemos decir que el hombre nace en el momento en que aquel ser adquirió conciencia de sí mismo. Porque tener conciencia de sí significa ser racionalmente sabedor de las propias posibilidades físicas y mentales, de reflexionar sobre los propios errores para dominar los propios instintos y corregir los propios impulsos. Es decir, el hombre es capaz de premeditar su propio comportamiento condicionándolo en relación con la realidad que le circunda. En una palabra, el hombre puede elegir su propio comportamiento.

Para comprender bien la incalculable trascendencia de este simple enunciado hace falta liberarse de un prejuicio bastante enraizado: que la historia tuvo que ser tal como en realidad ha sido. Nada más lejos de la realidad. La historia no es más que una de las muchas que pudo haber sido; una de las muchas posibilidades que pudieron

haberse realizado. Podía haber sido muy distinta. Si no lo ha sido se debe a que el hombre, con su poder de elección, ha determinado su evolución, naturalmente en la medida en que en cada momento le ha sido posible.

Pensemos en la historia como en algo que pudo no haber sido y sin embargo ha sido y comprenderemos mejor, desde el principio, la importancia de toda aquella serie de intervenciones humanas que le han condicionado.

El estudio de la Prehistoria será, por lo tanto, el estudio del aumento de la sabiduría común del género humano, de su capacidad, siempre creciente, de modificar las propias condiciones de vida escogitando nuevos comportamientos y nuevos modos de sobrevivir. El estudio, en suma, de su progreso espiritual y técnico (sin olvidar, naturalmente, el progreso biológico).

Este progreso se ha realizado gracias a la capacidad, que sólo el hombre posee, de crear y acumular cultura.

¿Qué significa cultura? Un gran científico, Graham Clark, la ha definido como «un modo de comportamiento aprendido, heredado en virtud de la pertenencia a un determinado grupo social». A este grupo social se puede aplicar todo el complejo del bagaje espiritual y técnico. Se puede hablar de cultura incluso a propósito de una tribu de aves, de simios, en cuanto que siguen comportamientos comunes y usan señales comprensibles para todos sus componentes. Pero los animales no crean cultura nueva y, mucho menos, la aprenden de otros grupos y por lo mismo no la acumulan, mientras que el hombre va heredando de generación en generación una cultura siempre «acrecentada» y va ampliando cada vez más la base de partida de su progreso.

La reconstrucción de la Prehistoria

Lo que hoy sabemos del hombre primitivo (estructura física, medios de vida, grado de evolución biológica y

técnica, etc.) es en su mayor parte fruto de excavaciones. Durante milenios la Tierra ha tenido ocultos estos testimonios. Pero los ha conservado, a veces casi milagrosamente, intactos, en estratos de hielo, de arena, de limo aluvional o bajo una costra de depósitos estalagmíticos en cuevas de difícil acceso.

Hace cosa de un siglo, los primeros descubrimientos importantes desataron la fiebre de la investigación. Sin embargo, en un principio, era más la casualidad o la fortuna la que guiaba la mano que recogía un utensilio, un cráneo o los pasos de quien se detenía atolondrado delante de las finísimas pinturas trazadas sobre la pared de una cueva. Hoy en cambio, los investigadores no dejan casi nada al acaso. La medida de indicios es ya tan precisa que estamos capacitados para escoger de antemano el ambiente y el estrato en que debemos investigar. Cuanto más abundantes son los testimonios y los elementos entre los que establecer las correlaciones, tanto más preciso resulta el cuadro general.

Pero no basta hallar. Es preciso interpretar para que el hallazgo adquiera un sentido histórico. Ante un bisonte de Altamira, podemos quedar fascinados admirando la pureza del dibujo y la vivacidad de los colores. Pero ésto no es todavía historia, es decir, ciencia. Será ciencia cuando al placer de los ojos se una el conocimiento de todo el encadenamiento de las circunstancias que llevaron al hombre a trazar aquellas figuras: los instrumentos y materiales que usó, de quién aprendió el arte, por qué motivos lo desarrolló, si por puro diletantismo o por algún motivo más práctico y si este motivo era personal o de toda la comunidad; qué grado de desarrollo mental, de autocontrol y de experiencia tenía que poseer para su realización y así sucesivamente.

Sólo ahora podemos dar comienzo a una relación «científica» con el auxilio de todas las ciencias que estudian varios aspectos del problema. Así, por ejemplo, la antropología, a base de medidas muy complejas, puede determinar qué grado de evolución biológica había alcan-

zado y la raza a la que pertenecía el individuo cuyos restos fósiles han aparecido.

La etnología podrá reconstruir los modos de vida, los usos, las creencias, partiendo de la base de los actuales hombres salvajes. Naturalmente que los paralelos (y a veces resultan impresionantes) sólo son legítimos si realmente van respaldados por pruebas concretas ofrecidas por los hallazgos.

Pero si, como hemos dicho, todos los testimonios (a excepción de las pinturas rupestres) son fruto de las excavaciones, sólo la geología nos podrá suministrar los elementos fundamentales de toda reconstrucción. Un utensilio de piedra puede imponer deducciones muy diversas según el estrato en que haya sido hallado; un utensilio tosco no es necesariamente anterior a otro más evolucionado: será anterior técnicamente, pero puede ser posterior cronológicamente. La evaluación dependerá naturalmente del estrato en que fue hallado. De modo semejante tenemos la certeza, por ejemplo, de que el hombre neandertal es anterior al homo sapiens porque sus restos se hallan siempre en niveles más antiguos. Por los restos animales o vegetales podremos determinar qué clima adverso o favorable tuvo el hombre en ese período y en aquella zona, cuáles fueron su alimentación y sus presas de caza y pesca. A veces, incluso, se puede conjeturar cómo los capturaba y cómo los comía. La superposición de los estratos, finalmente, nos indicará qué culturas acumularon al correr de los tiempos en el mismo lugar, cuáles han estado ausentes del mismo y cuál ha sido en determinado yacimiento prehistórico el ritmo del desarrollo humano.

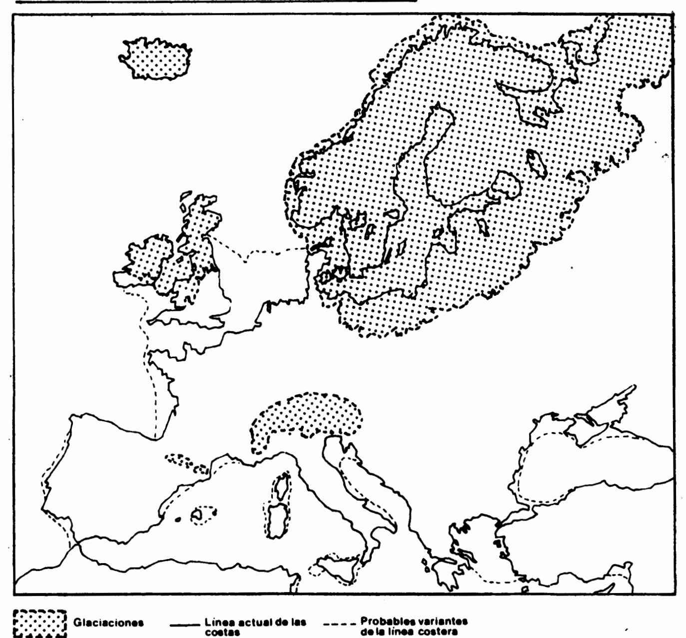
Veamos ahora más detalladamente el campo de investigación de la geología.

Las glaciaciones y la cronología

Como es bien conocido, las glaciaciones fueron los grandes protagonistas del pleistoceno (el primer período

de la era cuaternaria en la que vivimos). A intervalos bastante regulares los glaciares avanzaban (hasta los 50° de latitud Norte en Europa y 39° en Norteamérica). Luego se retraían provocando así la oscilación de la línea de lluvias y alterando periódicamente el clima de inmensos territorios. Esta alternancia de climas está bien documentada, se puede decir que en todas las estaciones de excavaciones. Aquí nos limitaremos a las glaciaciones alpinas (1).

Europa hacia el año 50.000 a.c.



(1) En el hemisferio boreal, otras glaciaciones interesaron a Escandinavia y a Europa septentrional (glaciaciones escandinavas) y a Norteamérica. Cada una se divide en cuatro fases que corresponden casi exactamente a las cuatro fases alpinas. En Africa existieron, por el contrario, cuatro fases pluviales, tal vez correspondientes a las glaciales.

Fueron cuatro las grandes glaciaciones, cada una con fases menores de avance seguidas de fases de retroceso. Estas cuatro glaciaciones toman sus nombres de otros tantos ríos de Alemania meridional, todos ellos afluentes o subafluentes del Danubio, en cuyos valles se han hallado ejemplos característicos de cada una de estas glaciaciones. Por su orden son el Günz y el Mindel (entre Munich y Augsburgo), el Riss (afluente del Isar) y el Würm (junto a Munich). En síntesis:

Pleistoceno Inferior	I Glacial (Günz)	
	I Interglacial (Günz-Mindel)	
	II Glacial (Mindel)	Período poco documentado
	II Interglacial (Mindel-Riss)	
Máxima extensión de los hielos en los Alpes orientales. Fase interglacial muy larga.		
Pleistoceno Medio	III Glacial (Riss)	Máxima expansión de los hielos en los Alpes suizos y franceses
	III Interglacial (Riss-Würm)	
Pleistoceno Superior	IV Glacial (Würm) Postglacial	Tres fases de retroceso con imponentes acumulaciones de detritus aluvionales.
		Comienzo del período neotérmico

En este punto surge el problema cronológico: ¿Cuándo dio comienzo el período rissiense? ¿Cuándo el período neotérmico?

Hay dos tipos de cronología, la relativa y la absoluta. Mediante la cronología relativa se establece si un hallazgo o un suceso es anterior o posterior a otro cualquiera.

Mediante la cronología absoluta se intenta datar el hallazgo, es decir, colocarlo en el tiempo refiriéndolo a un

dato fijo: nuestros días, la fundación de Roma, la Hégira y así sucesivamente; generalmente, nuestra fecha de referencia suele ser el nacimiento de Cristo. Una cronología relativa suficientemente precisa se convierte automáticamente en absoluta cuando es posible datar un solo elemento de la misma. Así ha sucedido con las edades más próximas a la época histórica, por medio de testimonios colaterales (por ejemplo, la cronología cretense y micénica ha sido reconstruida gracias a fuentes egipcias). Con estudios parecidos, se ha intentado también una cronología para el pleistoceno entre polémicas sin fin, debidas a la imposibilidad de determinar con suficiente precisión hechos tan remotos sin contar con la ayuda de algún testimonio colateral. El único dato relativamente seguro (luego veremos porqué) es el final del período wurmiense.

La opinión aceptada por la mayor parte de los estudiosos es que el pleistoceno tuvo su comienzo hace 600.000 años. He aquí la subdivisión (en millares de años):

600—540	Günz	240—180	Riss
540—480	Günz-Mindel	180—120	Riss-Würm
480—430	Mindel	120—10	Würm
430—240	Mindel-Riss	10—Hoy	Postglacial

Para hacerse una idea de la discordancia de opiniones que reina en la materia, baste recordar que dos especialistas como Blanchard y Breuil hacen remontar el comienzo del pleistoceno hasta 1.426.000 años antes de Cristo.

Otros métodos cronológicos

Recientemente se han escogitado sistemas de datación absoluta pero ninguno, como es obvio, permite establecer más que datos aproximativos. Sin embargo en una inmensidad de millares de milenios la aproximación no es un defecto sino, indudablemente, una conquista.

Uno de estos sistemas o métodos es el método dendrocronológico (del griego *dendron* = árbol), basado en el examen de los círculos concéntricos que la sección de un tronco presenta y que permiten establecer cuánto ha vivido el árbol. Este método se ha empleado con éxito en América para la datación de las ruinas precolombinas, entre las que habían quedado gran número de troncos de árboles tallados desde hacía muchos siglos.

Otro método ideado por el sueco De Geer es el del examen de los varving (sueco *varving* = rayado) es decir, de los depósitos que todo glaciar deja al retirarse. Durante la estación de deshielo los detritus de la erosión alcanzan la máxima consistencia y se depositan sobre el estrato ya consolidado de los detritus invernales más escasos. Por el examen de estos estratos resulta posible calcular la edad del glaciar y reconstruir sus vicisitudes.

El método hoy más seguido es el de la prueba del radiocarbono, que permite datar con cierta precisión hallazgos que se remontan incluso a 30.000 años (fuera de este límite, los resultados son ya menos apreciables). Bajo el efecto de los rayos cósmicos, los átomos de nitrógeno presentes en el aire se transforman en carbono 14 (C 14), un isótopo radiactivo del carbono así llamado porque su peso atómico es 14 (el del carbono normal es 12). Este elemento es absorbido, en cantidad proporcional a su peso, por los organismos vivos, en los que luego viene a encontrarse con un grado de concentración constantemente igual al que se tiene en la atmósfera. Al ser radiactivo, el carbono 14 se desintegra; pero mientras vive el organismo se va renovando constantemente. Cuando el organismo deja de vivir, el carbono 14 que contiene comienza a desintegrarse sin volverse a renovar. El semiperíodo de esta desintegración es de unos 5500 años; es decir, que después de 5500 años no queda más que la mitad del C 14 inicial, después de otros 5500 años la mitad de la mitad y así sucesivamente. Por ejemplo, la madera fresca emite 12 partículas radiactivas por minuto; un leño cortado hace 5500 años no emite más que 6; después de

11.000 años 3, etc. Es claro que si se consigue determinar el grado de radioactividad residua, se puede calcular con buena aproximación cuánto tiempo hace que el organismo en cuestión ha dejado de vivir. Con este procedimiento se ha determinado el final del periodo wurmiense entre el 9800 y el 9000 a.C.; el así llamado *optimum* climático del neolítico, hacia el 5400; se ha podido constatar también la exactitud de los cálculos de De Geer (para una serie de varving que se remontan a unos 15.000 años). El inconveniente de este método es que, para medir la cantidad de C 14, el objeto debe ser destruido al menos en parte.(2)

Sobre un principio análogo se basa el método potasio-argón que permite dataciones de entre los 100.000 y 200.000 años. Por radioactividad espontánea, el potasio se trasforma en argón (un gas noble que compone la centésima parte de nuestra atmósfera). Con complicadas técnicas de laboratorio, se determina la cantidad de potasio radiactivo residual (el semiperíodo de desintegración es de 1200 millones de años).

Análogo es también el método de uranio-plomo. El uranio se trasforma en plomo por degeneración espontánea (el semiperíodo es de 4500 millones de años). Para determinar la edad del hallazgo se examina la cantidad de uranio residual y la cantidad de plomo formado. Este método es particularmente preciso para edades muy distintas. Así se ha determinado la edad de las rocas más antiguas de la Tierra y de la Luna (unos 4000 millones de años).

---

(2) En pruebas del C 14 se basa en su máxima parte la cronología hoy aceptada y, en consecuencia, toda la serie de hipótesis sobre la extensión cultural. A este propósito es necesario advertir que actualmente se realiza una revisión global de los resultados obtenidos con la prueba del carbono radioactivo y que con tal revisión han sido ya corregidos muchos datos a veces en centenares de años. En particular, mientras la cronología egipcia y oriental se confirma como sustancialmente correcta, la europea debe ser, a lo que parece, notablemente anticipada. Esto comprometería la teoría de la difusión de los metales de oriente a occidente que se expone más adelante y que hemos aceptado a falta de un nuevo sistema cronológicamente coherente y completo.

EL PALEOLITICO

Los prehomínidos y la pebble industry

El paleolítico (gr *palaios* = antiguo, *lithos* = piedra) es el nombre con que técnicamente se designa a la más antigua edad de piedra.

En el estado actual de nuestros conocimientos, la evolución de la raza humana es comparable a una cadena en la que faltan muchísimos eslabones. Ante todo falta el primero: ninguna teoría científica sobre el origen del hombre o sobre las etapas primeras de su evolución puede basarse en pruebas. Uno de los primeros seres antromorfos del que poseemos restos es el oreopiteco. Pero no es más que un eslabón aislado y no hay elementos suficientes para determinar si realmente fue un ascendente directo de las razas posteriores, conocidas a nosotros.

La hipótesis, hoy casi universalmente aceptada, es que los primeros hombres fueron bastante semejantes a los simios, arborícolas, que en un momento dado de su evolución, abandonaron los árboles para vivir sobre el suelo. No se puede saber cuándo, aunque algunos sugieren que a finales del Terciario. Pero sí se puede intentar explicar el porqué. Un árbol no da alimento a un animal carnívoro. Puede servir de refugio pero puede convertirse también en una trampa. Es probable, por lo tanto, que el hombre no haya descendido simplemente de los árboles sino que haya escogido o elegido descender.

Fue una elección decisiva para su evolución biológica y espiritual: la posición frontal de los ojos le obligó a caminar erecto para poder mirar en torno con un simple movimiento de cabeza. La posición erecta permitió a su cerebro expanderse en la cavidad craneana aumentando de volumen y le modificó el esqueleto y los miembros; en concreto, pudo disponer enteramente en adelante de los miembros superiores y el hecho mismo de poderlos y

tenerlos que usar desarrolló en él una capacidad que hasta entonces había estado latente y sólo potencial: la inventiva.

La inventiva es una capacidad típicamente humana. El hombre es el único animal capaz de crear instrumentos. Muchos animales usan «instrumentos» que se hallan en la naturaleza: otros debidamente adiestrados, pueden usar instrumentos fabricados por el hombre; pero jamás llegarán a fabricarlos y mucho menos a prever la necesidad y fabricarlos según esa previsión.

También el hombre usó como instrumentos inicialmente objetos que le ofrecía la naturaleza; el recoger una piedra para lanzarla o desgajar una rama para fabricarse un arma fueron actos de inteligencia; así como el escoger, entre muchas piedras la más cortante; y desde luego, constituyó un verdadero golpe de ingenio el introducir en ella modificaciones para hacerla más cortante. Al principio estas modificaciones eran tan leves que aquellas piedras no se podrían distinguir de otras naturales sin el auxilio de pruebas colaterales (el hecho, por ejemplo, de encontrar muchas juntas y todas talladas de la misma manera); esta primitiva cultura de la piedra que empleó millares de años en difundirse se suele llamar *pebble industry* (inglés *pebble* = guija) y sus portadores fueron los llamados prehomínidos.

PREHOMINIDOS

Oreopithecus bambolii *(del griego* pithekós, *simio y* oreos, *del monte).*
A este prehomínido, reconocido como antropomorfo por el examen de su dentadura, pertenecen huesos hallados en el monte Bamboli de Toscana (1872-90) en un estrato de lignitos del período Terciario, así como un esqueleto encontrado en la misma zona (1958).

Australopitecos

Se llaman así porque todos sus restos han sido hallados en el Africa Austral. Poseemos restos de unos 100 indivi-

duos. Tienen características simiescas con algún elemento humano a veces un tanto remarcado. Su dentadura, por ejemplo, puede estar compuesta de caninos e incisivos de simio y de molares semejantes a los humanos. Se les coloca a finales del Terciario y principios del Cuaternario.

Australpithecus africanus *Taungs, Transvaal, 1925): dentadura mixta y frente más prominente que en los simios; capacidad craneana de 500-700 centímetros cúbicos. Hallado junto con huesos rotos de varios animales.*

Zinjanthropus de Oldoway I *(Oldoway, Tanzania, 1959): un cráneo con instrumentos muy toscos prechelenses.*

El hombre de Kanam (junto al lago Victoria): hallado con untensilios del tipo de Oldoway I.

Otros hallazgos: Makapansgat (Sudáfrica), Lago Eyassi (Tanzania, 1939), Sterkfontein (Transvaal, 1936-1948). Deben recordarse también los últimos hallazgos (1965 y 1971) de los que se habla en el texto y que se hallan aún en vías de sistematización.

Restos del comienzo del Cuaternario:

Parántropo de Kromdraai (Transvaal, 1948): presenta formas más evolucionadas respecto de los demás australopitecos.

Telántropo de Swartkrans (Sudáfrica 1948 y 1953): afín al parántropo, parece una forma intermedia entre los australopitecos y pitecántropos.

Entre los prehomínidos, el tipo más interesante y conocido es el *Australopithecus:* El cráneo de los australopithecus no era muy distinto del de los chimpancés pero el examen de su esqueleto ha revelado que preferían la posición erecta. Además, su dentadura a pesar de ser robusta, no podía constituir una eficaz arma de defensa y por lo tanto su supervivencia estaba confiada a su inteligencia e inventiva. Es cosa aún discutida si se «fabricaba» instrumentos o no. En Sterkfontein (Transvaal) en Kanam (junto al Lago Victoria) y en Oldoway (Tanzania, 1959), se han encontrado restros de austrolopithecus junto a guijas toscamente trabajadas pero ¿trabajadas por quién? ¿por el austrolopithecus o por el enemigo que los sorprendió?.

Otros descubrimientos sensacionales de prehomínidos se han realizado en estos últimos años. En 1965, Louis Leakey, el descubridor de Oldoway, daba a conocer el hallazgo en la misma localidad, de otros huesos y utensilios y sugería la datación de hace un millón ochocientos mil años. En mayo de 1971 su hijo Richard anunció el descubrimiento de 16 restos fósiles de hombres primitivos, (bóvedas craneanas, miembros y huesos maxilares) que se remontan, a su parecer, por lo menos a dos millones y medio de años. Si los cálculos de éstos dos científicos resultaran exactos habrá que modificar muchos de los datos ahora admitidos por la antropología; habría que revisar toda la cronología aceptada hasta ahora. Es todavía prematuro decidir la cuestión sobre unos descubrimientos tan recientes, cuando son bien conocidas la lentitud, la prudencia y las discusiones sin fin de los estudiosos entregados a la tarea de la clasificación en este campo en que cualquier nuevo elemento puede echar por tierra teorías que parecían solidísimas. En toda la zona se lleva a cabo una intensa campaña de investigaciones y sólo cuando sus resultados estén bien controlados, se podrá proceder si resulta necesario, a una radical revisión de la materia.i

Los arcántropos o pitecántropos y las primitivas culturas

En el estado actual de los conocimientos, el primer ser que, sin duda de ningún género fabricó instrumentos fue el pitecántropo (gr *pithekos* = mono, *anthropos* = hombre) que vivió hace unos 400.000 años.

Sus restos sè han hallado en muchos sitios, pero el yacimiento más importante es el de Chou Kou Tien, junto a Pekín (pitecántropo de Pekín o sinántropo). Aquí se descubrieron un esqueleto casi completo y restos de una cuarentena de otros individuos, huesos de varios animales (ciervo, caballo, bisonte, elefante, antílope, jabalí, simio) cuyos cráneos, lo mismo que los humanos presenta-

ban un agujero en la región occipital, practicado para extraer el cerebro que, indudablemente constituía comida preferida del sinántropo. Se han encontrado hogares con restos de alimento, objetos que podrían ser lanzas con la punta endurecida al fuego (semejantes a otros hallados en Sajonia y en Essex); además se encuentran muchas piedras trabajadas. Este inventario permite afirmar que el pitecántropo había experimentado un enorme progreso tanto en su evolución biológica como en su desarrollo espiritual y técnico y en su vida social.

ARCANTROPOS O PITECANTROPOS

No está probado que fueran descendientes de los australopitecos pero no diferían mucho de ellos. Sin embargo su capacidad craneana era notablemente superior: 850-900 cm^3. El examen de los huesos ilíacos ha probado que también ellos caminaban sobre las extremidades inferiores. Su estatura era de metro y medio más o menos. Todos ellos han sido hallados en estratos formados en el Pleistoceno Inferior. Las culturas que tal vez le acompañaron van desde las piedras más toscas hasta el primitivo achelense.

Pithecanthropus pekinensis o Sinanthropus: *restos hallados en varios yacimientos en Chou K'ou Tien (Pekín), importantísimo lugar de excavaciones.*

Atlántropo de Ternifine *(cerca de Orán, Argelia): caracteres afines al sinántropo. Hallado en unos estratos de sílices abevillienses.*

Hombre de Heidelberg *(Baden-Württenberg, Alemania): sus restos se reducen a una mandíbula que, por su descubridor, se conoce como mandíbula de Mauer. Yacía en un estrato abbevilliense.*

Hombre de Casablanca: *hallado en Sidi Abderrahman, cerca de Casablanca, en el año 1953. Se hallaba en un nivel achelense. Grado evolución: entre el atlántropo y el neandertal.*

Hombres de Khebibat y Tamara *(cerca de Rabat, Marruecos, 1939): interesantes porque presentan caracteres mixtos de los sinántropos y de los neandertales.*

Otros hallazgos se han hecho en Ngadong, Sangiran, Trinil, Modjokerto, Wadjak (Java).

En el plano de la evolución biológica, estaba evidentemente bien diferenciado de los simios que eran y se han mantenido vegetarianos. Su cerebro era superior por lo menos en 200 cm^3 al del australopithecus y no es por ello extraño que hubiera podido desarrollar aquella incipiente tentativa de cultura realizada por los australopithecus.

La presencia de los hogares indica que el sinántropo conocía el uso del fuego. En el plano de la evolución espiritual, el género humano había recorrido ya la etapa fundamental de su progreso: había desterrado de sí el instintivo horror animal ante las fuerzas de la naturaleza ante las cuales había huido durante milenios. Una intuición genial le había hecho descubrir en ella una posible aliada, que unas veces le protegía contra el frío y las fieras y constituía un arma terrible que sancionaba su superioridad sobre todos los demás habitantes de la Tierra. Es incalculable la importancia que ha tenido en la historia de la civilización el descubrimiento del fuego. Se puede decir que sin el descubrimiento del fuego no hubiera habido civilización. El hombre que antes que nadie, dominando el instinto, osó acercarse a la llama y sustraer un tizón ardiente es uno los mayores bienhechores de la humanidad.

La presencia de tantos restos animales es una prueba de que el sinántropo era cazador. Pero no podía cazar solo animales tan grandes y veloces: hacía falta acercarse a ellos, espantarlos, obligarles a huir hacia lugares escabrosos donde resultara posible golpearlos. El hombre, pues, vivía ya en comunidad y había aprendido a explotar su propia inteligencia en colaboración con los demás. Por lo mismo tuvo que haber inventado necesariamente algún sistema aunque fuera rudimentario de comunicación, es decir, un lenguaje.

Resumiendo, en la comunidad de Pekín se daban ya todos los presupuestos del futuro progreso del género humano.

Sin embargo el grado de evolución era bajísimo aún. Los guijarros, por ejemplo, estaban tan toscamente tra-

bajados que no se podrían distinguir de los naturales si no estuvieran junto a hogares y restos de comidas. El sinántropo, además, no acostumbraba sepultar a sus muertos y era probablemente sinantropófago como lo atestiguan los agujeros practicados en los cráneos. Es decir, era sinantropófago el enemigo que lo mató y éste sólo podía ser un afín suyo, porque las trazas humanas pertenecen todas al sinántropo.

Las culturas del bifacial y de la piedra tallada
(Arcántropos, Praesapiens y Preneandertalenses).

Durante los 300.000 años que siguieron la evolución biológica y técnica prosiguió incesantemente en todas las tierras cálidas. La estirpe de los pitecántropos continúa siendo por mucho tiempo la única representada en las cuevas, con formas cada vez más evolucionadas, para dejar al fin paso, en la fase final, a las estirpes de los preneandertales y de los praesapiens.

El progreso técnico está bien documentado en los ya citados yacimientos de Oldoway (Tanzania) donde, por un fenómeno de erosión natural, han salido milagrosamente a la luz estratificaciones formadas desde el final del Terciario hasta el pleistoceno medio y que contienen un riquísimo muestrario de utensilios cada vez más perfeccionados en estratos superiores.

La materia de la que se hacen los instrumentos (para cazar, cortar ramas o cortezas, carne o pieles, sacar punta a las piedras) es siempre el guijarro. Pero pronto se añadirán los minerales más variados como el cuarzo, el granito, la lava, la obsidiana (una roca volcánica vitrificada). En este período se van diversificando dos técnicas diversas de fabricación: el núcleo principal se trabaja por un sólo lado o por ambos. La distinción tiene su razón de ser porque los yacimientos «mixtos» donde se encuentran utensilios de los dos tipos son raros y son más antiguos y muchas veces se encuentran en una misma estación

estratos alternos con culturas que se ignoraban entre sí. Se discute si se trata de dos aspectos diversos de un mismo progreso o dos líneas diversas de progreso. Sin embargo no es creíble que los utensilios bifaces sean indicio de superioridad técnica: existen, en efecto, ejemplares bellísimos y evolucionados de instrumentos monofaciales.

El utensilio bifacial se llama también *coup de poing* o hacha de mano porque tenía que ser manejada a mano (aunque quizás desde muy pronto pensó alguien en ponerle un mango). Estos bifaces eran generalmente ligeros, pero no faltaban ejemplares como el que se conserva en el museo de Saint Germain, de 26 cm. de anchura y un peso de 1,640 kg.

Estos primeros bifaces, producto de la cultura abbevillense o chelense (de Abbeville en Picardía y de Chelles, en Seine et Oise) (3) están aún toscamente trabajados. Progresivamente, los portadores de la *cultura achelense* (de Saint-Acheul, junto a Amiens, Somme) los fueron afilando más mediante un trabajo paciente de pulimentación con instrumentos de cuerno, de hueso o de madera y les dieron una forma geométricamente cada vez más perfecta. Muy larga fue la evolución de esta cultura de la que conocemos siete estratos.

Su tradición dio vida a la cultura micoquiense (de la Micocque, Dordogne) de la que son característicos los instrumentos lanceolados de gran elegancia y perfección.

(3) Cuando se descubre una nueva cultura se le suele designar con el nombre del lugar en que fue descubierta. Tal designación permanece luego aunque descubrimientos posteriores muestren que se originó y se desarrolló en otro sitio. Por ejemplo, la localidad de Micocque, cerca de Les Eyzies de Tayac (Dordogna) ha dado el nombre a dos culturas descubiertas en la misma gruta pero extrañas a ella: la micoquiense (estratos superiores), originaria de Africa y la tayaciense (estratos inferiores), originaria de Palestina. La preponderancia de nombres franceses en esta materia es debida simplemente al hecho de que gran parte de los primeros descubrimientos se realizaron en Francia.

De las culturas de la piedra tallada, la primera es la cultura clactoniense (de Clacton, Essex), cuyas piedras y láminas son todavía muy toscas.

PALEANTROPOS

Praesapiens

Hombre de Swanscombe (Inglaterra).
1935: en un estrato del interglacial Mindel-Riss, a 8 m. de profundidad, se descubrió un cráneo incompleto, compuesto del occipital y del parietal izquierdo, junto con piedras talladas del achelense III.
1953: a 15 m. del lugar del primer hallazgo se encontró un hueso parietal derecho que ensambla perfectamente con el resto. El cráneo así compuesto tiene 1.800 cm^3 de capacidad.
Hombre de Fontéchavade (Charente).
Dos cráneos de características similares a las del hombre de Swanscombe. Se hallaban en un nivel musteriense y bajo una dura costra de depósitos estalagmíticos junto con utensilios tayacienses, en un estrato del Mindel-Riss. Forma y dimensiones semejantes a los del Homo sapiens pero los huesos son más gruesos. Arcadas superciliares poco pronunciadas (en el neandertal sobresalían como una visera). Capacidad craneana 1.425 cm^3.

Preneandertalenses

Son más difíciles de clasificar que los Praesapiens porque presentan caracteres mezclados. El único elemento común es el gran saliente supraorbital y el estrato en que estaban situados (Riss o Riss-Würm).
Hombre de Ehringsdorf (Alemania).
Hallado junto con instrumentos de pequeñas dimensiones, clásicos del musteriense antiguo. Capacidad craneana 1.450 cm^3.
Hombre de Steinheim (Alemania).
De clasificación más incierta. Capacidad craneana 1.670 cm^3. Recordemos que la teoría más reciente y acreditada, formulada por J. Piveteau, ve en el grupo Ehringsdorf-Steinheim los progenitores directos tanto del hombre neandertal como del sapiens.
Otros hallazgos: en Krapina (Yugoslavia, 20 individuos), en Saccopastore (Roma) y en Gibraltar (España).

Del clactonienese nacieron dos culturas: la tayaciense (de Les Eyzies de Tayac, Dordogne) que anunciaba ya el musteriense de La Quina de la que hablaremos enseguida y la levalloisiense (de Levallois-Perret, cerca de París) que se distingue por sus utensilios, no pocas veces de notable tamaño, labradas por percusión con otras piedras, siempre en una sola faz. La fase más evolucionada del levalloisiense presenta caracteres técnicos semejantes al musteriense y por ello se llama también musteriense antiguo. Los cortes de la piedra, aunque son tallados, son elaborados luego mediante percusión o simplemente utilizados sin más retoques. Muchos tienen todavía forma cuadrangular. El musteriense de La Quina-La Ferrasie (respectivamente de la Charente y la Dordogne), de derivación tayaciense en la que predominan los rascadores curvos y faltan los bifaces; el musteriense de derivación levalloisiense. Tampoco esta última conoce los utensilios bifaces, pero las piedras trabajadas, reducidas a puntas triangulares, son menores y más manejables. Les servían de rascadores, taladros y tal vez de cuchillos. Sin embargo están elaborados para un uso específico: tallar, cortar, agujerear, etc. El refinamiento técnico llega ya al estadio en que cada instrumento está fabricado para satisfacer una función precisa.

Portador de las culturas musterienses, es un tipo de antrópidos extendidos, con características comunes, en Europa y sobre todo en el Asia suroccidental; pertenecen ya a la familia del *Homo* (es decir, hombre propiamente dicho) y su ejemplar más conocido es el *Homo Neanderthalensis.*

NEANDERTALENSES

Portadores de las culturas musterienses. Pertenecen todos a la primera fase del Würm, tras la cual se extinguieron. Sin embargo también en sujetos posteriores se ha notado algún débil carácter neandertaloide. Es de notar que en los estratos que contienen utensilios musterienses

no se ha hallado hasta ahora traza de neandertalenses que no estén acompañados de instrumentos del tipo de La Quina - La Ferrasie. Por otro lado tampoco se ha hallado rastro de otros portadores. Los neandertalenses eran pequeños de estatura y de cuerpo macizo. Tenían la cabeza más bien grande y nada de frente. Los huesos superciliares muy pronunciados en visera; el mentón huido; los maxilares fuertes con dentadura ya humana pero todavía primitiva. Su capacidad craneana era de unos 1.600 cm³.

Hallazgos:

1700 - Cannstadt (Stuttgart), restos que fueron estudiados sólo mucho más tarde.

1848 - Gibraltar. Dos cráneos, uno de adulto y otro de niño con utensilios musterienses.

1856 - Cueva de Feldhofer (Neanderthal, cerca de Düsseldorf).

1887 - Lago de Bañolas (Gerona). Mandíbula.

1908 - La Chapelle aux Saints (Corrège): un esqueleto casi completo, con utensilios musterienses y huesos de rinoceronte, reno, hiena de las cavernas.

1909 - Le Moustier (Dordogne): un esqueleto casi completo.

1909-1911 - La Ferràsie (Dordogne): 2 esqueletos de adultos y 3 de niños.

1911-1930 - La Quina (Charente): un esqueleto de adulto, un cráneo de niño y restos de otros 18 individuos.

1939 - Monte Circeo (Italia): sepultura ritual; un cráneo con un gran agujero occipital, colocado entre piedras en círculo.

En el plano tecnológico, su progreso se reducía al refinamiento de los utensilios que hemos descrito. Pero acostumbraban ya a «cuidar» el fuego (otro gran paso en el disfrute de este recurso de primera necesidad).

En el plano espiritual, aunque en sus cavernas no se ha encontrado resto de arte ni ornamentación, habían realizado un enorme progreso: enterraban a los muertos. Les cubrían de ocre rojo, color de sangre, principio de la vida como simbolizando la continuación de la vida; pero consideraban la muerte como un estado diverso del vivir;

tenían que reflexionar sobre las leyes de la existencia y esta reflexión tenía resonancias espirituales. En este punto el género humano había recorrido ya un largo camino que va de la inconsciencia animal a la plena autoconciencia. Ahora iniciará el otro camino que le llevará al descubrimiento de Dios. Del sentido de la muerte como privación y de la vida como algo provisional a la angustia ante la propia impotencia, a la ilusión de poder dominar las fuerzas misteriosas de la naturaleza con las otras fuerzas misteriosas de la vida, y finalmente hasta la religión; el camino será largo: pero ya será un camino obligado.

El hombre de Neanderthal, después de haber dado vida a una cultura fundamental para el desarrollo de otras culturas posteriores, se extinguió. Todos los restos neandertalenses pertenecen a la primera fase del Würm; pero la glaciación del Würm asestó un golpe mortal a una raza tal vez ya en decadencia, imponiéndole unas condiciones climáticas desastrosas. El *Homo sapiens* queda como dueño de nuestro planeta y al mismo tiempo hereda todas las conquistas espirituales y técnicas alcanzadas en los milenios precedentes.

Llegamos así al punto crucial del problema antropológico. Todas las razas, sin distinción, que pueblan la Tierra descienden del *Homo sapiens,* es decir, del hombre en su forma actual, aparecido hace treinta o cuarenta mil años atrás. Durante mucho tiempo la cadena se formaba con la sucesión Pitecántropo-Neanderthal-Sapiens. El descubrimiento posterior de los restos del Pre-Sapiens y Pre-Neanderthal, en los cuales ya aparecían caracteres del Sapiens y que yacían todos ellos en estratos inferiores a los del Neandertalense, ha puesto en discusión esa cadena. Hoy en día, la hipótesis más aceptada es la de J. Piveteau: en el grupo Ehringsdorf-Steinheim estarían incluidos todos los caracteres posteriores tanto del neandertalense como del Sapiens. Por lo tanto estas dos razas serían descendientes del mismo tronco.

Las culturas Sapiens

Perigordiense y Auriñaciense

La más antigua de las culturas Sapiens es la perigordiense (descubierta en el Périgord), heredera de la musteriense de derivación achelense, notable tanto por la elegancia como por la especialización de los utensilios. Contemporáneamente se va extendiendo la cultura auriñaciense (de Aurignac, Alto Garona), que originaria de Asia suroccidental se propaga hacia el este, hacia Irán y Afganistán y hacia el oeste a través de la península balcánica hasta Europa central, Francia y parte de España. Sus portadores continúan viviendo en cuevas como los neandertalenses; pero sus utensilios testimonian un indudable progreso técnico, puesto que están finamente retocados en las esquinas y afilados con regularidad con una técnica muy consolidada. Las formas son también más variadas. Aparecen lanzas y flechas con puntas de hueso: es la primera arma verdadera que el hombre se haya fabricado jamás.

HOMO SAPIENS

Es el progenitor directo de todas las razas humanas. En la época en que dejó los restos que han salido a la luz, la estirpe Sapiens estaba ya notablemente diferenciada. Se suelen distinguir principalmente tres tipos:

1) Tipo de Cro-Magnon (Les Eyzies de Tayac, Dordogne, 1868). Se le descubrió durante los trabajos de construcción de un ferrocarril. El tipo Cro-Magnon tenía una estatura alta (hasta 1,94 m), cabeza regular, arcos superciliares poco pronunciados, rostro ancho y bajo, nariz larga y estrecha, mentón prominente. Este tipo sobrevive todavía, según algunos, en el suroeste de Francia y en las islas canarias (tribu guanche).
Afín al Cro-Magnon, aunque más pequeño (1,60 m) es el tipo de La Combe-Campelle (cerca de Montferrand, Dordogne, 1909), tal vez el progenitor del tipo «mediterraneus».

Otros hallazgos: Paviland (Gales), La Roche Duruty (Landas), Cueva de Grimaldi cerca de Ventimiglia (14 esqueletos).

2) Tipo de Chancelade (Périgueux, 1888). Un esqueleto bajo tres estratos magdalenienses. El hombre estaba sepultado en posición encogida y forzada pegando las rodillas con el mentón y pintado de ocre. Caracteres: Frente alta, nariz larga y estrecha, mentón prominente, zigomáticos salientes. Por esta última característica se le considera (con muchas reservas) como antecesor de los esquimales, cuya civilización, por lo demás, tiene algunos puntos de contacto con la magdaleniense. Capacidad craneana 1.700 cm³.
Otros hallazgos: Laugérie-Basse (Dordogne); Le Placard (Charente); Le Roc-de-Sers (Charente).

3) Tipo de Grimaldi (Grotta dei Fanciulli en Balzi Rossi, cerca de Ventimiglia, 1901). Dos esqueletos en un nivel auriñacense encima del que contenía los 14 esqueletos del tipo Cro-Magnon. Características: frente desarrollada, arcos superciliares poco prominentes; muy prominente por el contrario la parte inferior del rostro; nariz larga y mentón huidizo. Es decir, tipo negroide. Alguien vio en él el antecesor de los bosquimanos, que en efecto no son de piel negra sino amarilla.

Merecen citarse los hallazgos mixtos de los que damos algunos ejemplos: Hombres de Predmost (Moravia): mezcla de Neanderthal-Sapiens, Hombre de Boskop y hombre de Tzitzi Kama (SudAfrica): mezcla de Neanderthal y Cro-Magnon; una capacidad craneana de 1.830 cm³.
Hombres de Chou K'ou Tien hallados en las grutas calcáreas que estaban encima de los refugios de los pitecántropos: 7 esqueletos entre los que se hallaban uno de un anciano (tipo Cromañoide con caracteres mongoloides) y de tres mujeres (tipo chancelade con caracteres mixtos melanesios y esquimales).
Hombres de Oberkassel (Bonn): dos esqueletos (tipo Cro-Magnon el cráneo, esquimal el rostro y neandertaloide el esqueleto).

En el aspecto del progreso espiritual la cultura auriñaciense señala otra etapa fundamental en la historia del hombre: nace con élla el arte. Primero fueron manos o

grupos de manos en negativo, obtenidas apoyando la mano en la pared de la cueva y pintando la roca en su torno. Luego aparecen las figuras, al principio simplemente plumeadas con rasgos inseguros; y por fin, los primeros ejemplos de escultura, consistente en idolillos femeninos de marfil, piedra, arcilla o terracota (los llamados «Venus»). Aparecen también los primeros objetos de ornamento personal, frecuentemente con incisiones de motivos geométricos; se han hallado también cuentas de collares, conchas perforadas (también para collares) y agujas de marfil y hueso.

Para comprender la importancia de estas novedades basta un pequeño esfuerzo de fantasía. Todo lo que el hombre ha estado produciendo de 15.000 años a esta parte está en algún modo decorado. Nuestros ojos están habituados a la decoración desde el primer momento en que se abrieron a mirar; de tal modo que apenas llama ya nuestra atención. Pero nosotros decoramos los objetos y el ambiente para embellecerlos; pero al dejar la impronta de su mano sobre la pared de la cueva, el hombre auriñaciense no pretendía hacer más grata su propia estancia: aquella mano con la que acostumbraba a golpear la presa y a sus enemigos, era su fuerza, su instrumento de dominio y al fijarla sobre la pared de la cueva lo que pretendía no era tanto representar su mano sino su propia fuerza. Es decir, estaba dando forma concreta a una idea.

Así, al modelar un idolillo femenino, con el vientre grávido y los pechos llenos de leche expresaba en una forma visible un problema angustioso suyo y de su pueblo, el problema de la fecundidad, tanto más preocupante cuanto que en aquellos tiempos el número constituía la fuerza y, por contraste, el índice de la mortalidad infantil era elevadísimo y la madurez un privilegio de los organismos más fuertes y la vejez una excepción.

Otro problema preocupante: la comida. En una gruta de Montespan se ve un oso pintado con incisiones producidas seguramente por los cazadores antes de partir a la

caza. Era un ritual presidido por el hechicero y que tenía por finalidad dar al cazador una superioridad psicológica respecto de la presa.

La evolución espiritual está, pues, ligada a la magia: el hombre ha observado que la naturaleza está regida por leyes constantes, pero también por fuerzas oscuras e incontrolables contra las cuales sus medios físicos resultan impotentes; así es que para dominarla apela a las fuerzas del espíritu. Todo el arte de las cavernas obedece a esta función mágica: la de volver humano el misterio del mundo.

Gravetiense

Una cultura de tipo auriñaciense se desarrollaba mientras tanto en las desoladas llanuras de la Europa central y de la Rusia meridional, la cultura gravetiense (de La Gravette, Dordogne) que asumió bien pronto una fisonomía autónoma porque las condiciones ambientales eran completamente distintas. Como existían cavernas en aquellos lugares, los gravetienses se construían moradas artificiales: refugios con techos de tierra o de pieles sostenidas por palos, a veces aislados, pero preferentemente alineados y contiguos unos de otros, como en Timonov-kaucrania. También los vestidos eran de piel, trabajadas con instrumentos de hueso y marfil. Cada cabaña tenía su hogar, señal evidente de que había llegado ya la diferenciación de cada núcleo familiar dentro del seno de la tribu. Su presa preferida era el mamut.

Si ahora pensamos que el mamut sólo puede ser cazado colectivamente tendremos que admitir que estos hombres debían tener un criterio de reparto (fijo o determinado de cuando en cuando según la cantidad de la caza); en consecuencia deberán tener un personaje que los presidiese, un jefe: nos encontramos, pues, en presencia de un ejemplo embrionario de organización social. Estamos, naturalmente, en el terreno de las hipótesis.

Pero esta hipótesis queda fortalecida por el hecho de la existencia del comercio a distancia que ciertamente practicaron y que sería impensable en una sociedad no pacífica y no organizada.

Llegada a un cierto nivel, la cultura gravetiense comenzó a declinar: su expansión hacia occidente continuó pero los hallazgos muestran un evidente retroceso. Pero cuando, hace unos 15.000 años, entró en contacto con la auriñaciense, que continuaba en Francia y en la región cantábrica (donde siempre aparece bajo el gravetiense) se asiste a un florecimiento casi milagroso: una explosión de genialidad creativa que dará lugar a la más espléndida edad del Paleolítico, la edad magdaleniense.

Solutrense

En aquel tiempo debió darse una invasión por parte de portadores de una cultura de derivación achelense, la cultura solutrense (de La Solutré, Saône-et-Loire), que se encuentra siempre entre los estratos auriñacienses y magdalenienses y que no fue cultura de transición porque no se halla en todas partes. El solutrense es notable por los primeros bastones agujereados, llamados «bastones de mando» y por las primeras agujas de hueso con «ojo»; son característicos, también, sus utensilios en forma de laurel o de sauce, trabajados por ambos lados.

Magdaleniense

La cultura magdaleniense (de Abri-la-Madeleine, cerca de Tursac, Dordogne) tuvo su centro de florecimiento en Francia suroccidental y en la cantábrica y, lentamente, se difundió hasta Andalucía en el oeste y hasta Polonia en el este. Duró hasta el 9000 a.C. Fue, como se ha dicho, la edad de oro de la prehistoria, parangonable, en los resultados, a las más espléndidas edades históricas porque los magdalenienses llevaron a su madurez todas las conquis-

tas de los milenios precedentes. Su vida cotidiana, por ejemplo, no carecía de comodidades: la iluminación de las cavernas ya no se obtenía por medio de hachas humeantes sino con aceite animal en lámparas excavadas en piedra; ya no era necesario salir continuamente a cazar porque se hacían acopios de carne ahumada y seca; para consumirla la sumergían en agua caliente que hacían hervir echándola dentro de piedras recalentadas; se cosían vestidos con aguja de hueso; los instrumentos de hueso iban sustituyendo, cada vez más, a los de piedra; eran además muy perfectos y se hacía con ellos un comercio bastante intenso.

Sepultaban a los muertos bajo la placa de piedra del hogar, con sus vestidos y ornamentos y cubiertos de ocre rojo. Los magdalenienses debieron tener una verdadera pasión por los adornos a juzgar por la profusión de ellos encontrados en las excavaciones. Los fabricaban de todos los tipos (collares, brazaletes, alfileres, pendientes) y de los más variados materiales (piedra, arcillas, concha, lignito, hueso, cuerno, marfil, ámbar, vértebras de trucha). Se comerciaba también con ellos en gran escala. Se han encontrado, incluso, instrumentos de caza adornados; lanzas y arpones en hueso y en cuerno de reno, mangos de utensilios en forma de pez, de caballo, de ciervo en formas naturalísticas de movimientos elegantísimos. El equilibrio de las proporciones los coloca entre las cosas más exquisitas y perfectas jamás realizadas por el hombre.

Lo que llama la atención es que habitualmente se hubiese dedicado tanto tiempo a la confección de objetos destinados a una breve duración. Una producción tan importante y tan perfeccionada debía exigir un número grande de artífices sustraídos a la caza. El perfeccionamiento técnico de la caza y la conservación de la carne no son suficientes para justificar este fenómeno que podríamos explicar tal vez imaginando que otros miembros de la tribu se encargaban del manteniemiento de estos artífices. Pero un reparto de beneficios sólo es imaginable en una

sociedad organizada. Por lo demás no habría podido obtenerse tanta perfección artística con una dedicación accidental u ocasional, sino sólo con una dedicación constante y exclusiva (se han hallado bocetos de esculturas que son auténticos «bocetos de artista»).

También la pintura alcanzó la perfección. Fue una evolución lentísima, desde los primeros dibujos toscos del auriñaciense a los perfiles monocolores trazados con el dedo o con el cincel untado en polvo de carbón o en el ocre, hasta las tentativas de reproducir el pelamen y el sombreado de las pinturas bicolores de Altamira y de Font de Gaume. También el arte magdaleniense tenía una finalidad mágica y lo prueba el hecho de que los animales están pintados tanto más frecuentemente cuanto con menos frecuencia se hallan sus huesos en los depósitos correspondientes. Por ejemplo, se han encontrado gran cantidad de huesos de jabalí, de peces que rara vez se hallan pintados; en cambio se encuentran poquísimos huesos de mamut, que se halla pintado con mucha frecuencia. Señal de que su caza exigía un ritual más frecuente.

La sociedad magdaleniense tenía un defecto de fondo. Tenía un solo recurso: la caza. Su suerte dependía de las vicisitudes de la selva. Cuando a finales del pleistoceno se verificó una concentración relativamente rápida de la costra glacial la línea de las lluvias comenzó a retirarse hacia el norte. Muchas regiones hasta entonces ricas en pastos vieron desaparecer las manadas de herbívoros en continua emigración hacia las regiones septentrionales. Desaparecía con ello la fuente principal de alimentación de la sociedad magdaleniense que vio así destruido todo su sistema de vida y rápidamente se dispersó. Unos siguieron a los renos, otros siguieron una vida difícil y errabunda entre las forestas que invadían Europa.

EL MESOLITICO

En el siglo pasado era motivo de extrañeza para los investigadores el hecho de no encontrar entre los estratos paleolíticos y los neolíticos algún testimonio de una cultura intermedia por lo que no se lograba justificar un progreso tan claro y repentino. Al fin en 1887, Piette descubrió en las cuevas de Mas d'Azil (Ariège) estratos que contenían restos fósiles que pertenecían claramente a una fase media que por eso se llamó mesolítico (gr. *mesos* = medio, *lithos* = piedra).

Este período se inició hacia el año 10.000 a.C. en el cercano Oriente y hacia el 8000-9000 en Europa.

La crisis inicial

Las mutaciones ambientales que siguieron a la concentración del casco glacial llevaron la crisis a todas las sociedades paleolíticas de todas las latitudes. Las nuevas condiciones no eran en sí mismas desastrosas; el factor de la crisis estaba en la propia mutación. El hombre, para sobrevivir, tenía que acomodarse a la revolución que se había producido en el ambiente y revolucionar en consecuencia las propias costumbres y la propia mentalidad, escogitar nuevos comportamientos rechazando todo lo que en la tradición heredada resultaba inutilizable y tenía que descubrir nuevas fuentes de alimentación.

El mesolítico en Europa continental

En Europa, en las regiones libres de los hielos, el clima se iba temperando poco a poco y la tundra iba poco a poco siendo conquistada por el bosque. Las corrientes de agua alimentadas por los glaciares contribuían a mantener húmedo un ambiente que, encontrándose muy poco al sur de la línea de las lluvias, no debía secarse más que incidentalmente.

En este período la zona continental está totalmente recorrida por bandas de cazadores que no han sabido renunciar a las viejas tradiciones y a los que la escasez de caza obligaba a vivir en pequeños grupos. Algunos de entre estos, los portadores de la cultura llamada hamburguense (de Hamburgo, Alemania) llegan, durante la estación propicia, hasta el límite extremo de las tierras liberadas, en persecución de los renos, replegándose luego hacia el sur, hacia los bosques, en el invierno. Sus restos testimonian una segura herencia magdaleniense, pero no refractaria a otros influjos (por ejemplo, usaban el arco, desconocido de los magdalenienses).

Otros grupos, portadores de varias culturas, como la aziliense (Mas d'Azil, Ariège); montmorenciense (Montmorency, Seine et Oise); salveterriana (Sauveterre, Lot et Garonne) y tardenoisiense (Fère-en-Tardenois, Aisne) viven desparramados por los bosques, siguiendo sin cesar a los rebaños de animales silvícolas y recogiendo frutos silvestres. Hacia el final del mesolítico, algunos (los sauveterrienses) cuidan incidentalmente ovejas y cabras cuyos restos se hallan a veces asociados a sus propios restos y que no son originarios de Europa.

Sus instrumentos se reducían, las más de las veces, a *microlitos,* los pequeños instrumentos característicos del mesolítico, que ciertamente no podían ser suficientes para llevar a cabo todas las operaciones necesarias para una existencia algo evolucionada (por ejemplo, derribar árboles, levantar cabañas, cortar carnes y pieles). Nadie acierta a explicarse cómo pudieron sobrevivir disponiendo de recursos técnicos tan limitados.

En estas poblaciones, el arte está casi totalmente ausente. Conociendo sus condiciones de vida este hecho no puede extrañar. Más bien extrañaría lo contrario. En el plano cultural, sin embargo, su nomadismo no dejó de tener consecuencias ventajosas porque gracias a ellos se difundieron en Europa innovaciones producidas en Oriente.

El mesolítico en Europa septentrional

En la Europa septentrional y en la región escandinava las mutaciones climáticas estuvieron acompañadas de imponentes movimientos tectónicos. El Báltico, que antes comunicaba con el mar, se convirtió en lago por efecto de la emersión de Escandinavia. El Mar del Norte estaba en gran parte helado e Inglaterra estaba unida al continente (el paso de Calais se sumergió hacia el año 7000). El clima templado favorecía la formación de bosques de pinos, encinas, abedules, que cobijaban renos, jabalíes y alces. Luego, hacia el año 5000 una nueva fase de deshielo provocó el desbordamiento del Mar del Norte que invadió nuevamente el Báltico. El clima se templó más aún: aparecieron la haya y el abeto rojo. En estas condiciones privilegiadas se desarrolló la cultura maglemosense (pantanos de Maglemose, Dinamarca), la más floreciente de todo el mesolítico europeo. Los maglemosenses se acomodaron a vivir en las orillas de los ríos, de los lagos y de los mares. A los recursos de la caza, temporalmente disminuidos, vinieron a sustituir los de la pesca, no ya solamente con anzuelo y arpón, sino también con recipientes de mimbres entrelazados y con redes de fibra vegetal sostenidas por cortezas flotantes de abedul mantenidas rígidas por piedras y arrastradas por canoas conforme a una técnica aún hoy en uso. Otra fuente de alimentación se descubrió en los moluscos cuyos deshechos se acumularon con el tiempo hasta formar depósitos de proporciones gigantescas. Son los llamados *Kyökkenmöddinger* (del danés *kyökken* = cocinar y *möddinger* = restos). Bajo estos depósitos se encuentran en casi todas partes sepulturas rituales. Al extenderse el bosque con el clima templado, comenzó también a ser más abundante la caza. Se inventaron las flechas cónicas bien conocidas, usadas aún hoy mismo y que no rasgan la piel de la presa. Para penetrar en los bosques los maglemosenses disponían de instrumentos de notables dimensiones, como hachas y azadas de mano; sabían construir cabañas y embarcaciones, una canoa hallada en Holanda, consisten-

te en un tronco excavado, ha sido datada en torno al año 6.000 con el método del C 14. Parece ser que una colonia de maglemosenses vivió en una plataforma de troncos en los pantanos de Star Carr, en Inglaterra.

La fusión de los hielos hacia el año 5.000 provocó una repentina elevación del nivel de las aguas, sumergió muchas de sus estancias que a veces se han conservado bajo un estrato de turba. Junto al Bièvre en Villejuif se han encontrado cabañas con utensilios, hogares, cenizas y huesos. En el lago de Zurich, un bajón de las aguas en el invierno de 1853-54 hizo emerger palos plantados en el fondo que se creyó serían restos de palafitos cuando en realidad eran pilastras de cabañas mesolíticas. Famosos son también los restos de palafitos del lago de Neuchâtel. Estos hombres primitivos habían sin embargo superado la crisis y habían descubierto nuevos medios de sobrevivir que permitieron su estacionamiento fijo, como lo demuestran los enormes depósitos de restos de cocina. También se practicaba la caza de focas y ballenas, como se demuestra en la colonia de Oban (Escocia) de hacia el año 2500. En esta época, los esteböllienses estacionados más al sur estaban ya asimilados a la cultura neolítica y conocían la cerámica y practicaban la cría de ganado y la agricultura. También aparece el perro domesticado por primera vez en Europa. Por esto esta cultura está considerada por muchos como neolítica.

El mesolítico en Africa y en Oriente Medio

En Africa septentrional el paso del clima húmedo al árido fue irreversible, pero menos brusco de lo que se piensa. Las inmensidades saharianas vieron migraciones masivas debidas a sequías locales pero vieron también desarrollarse en los milenios siguientes una floreciente civilización neolítica. Durante el mesolítico se afirmaron en Africa una cultura iberomauritana, heredera de las culturas ibéricas del paleolítico y varias culturas llamadas capsienses (Capsa, hoy Gafsa, Tunicia) cuyas característi-

cas son todavía poco conocidas. De hecho no está claro si estas culturas (al menos las septentrionales) dependen de las europeas o por el contrario hay que admitir una emigración de poblaciones africanas hacia Europa.

En el Próximo Oriente la situación debió de tomar caracteres más dramáticos: las presas, antes abundantes, se redujeron a las gacelas y algún que otro animal raro. Las precipitaciones sólo se mantuvieron regulares en los altiplanos, al amparo de las cadenas montañosas, hábitat natural de bovinos, ovinos, suidos y cérvidos. Las corrientes de agua disminuyeron en número y caudal. Sin embargo el ambiente era sin duda más favorable que en nuestros días por la presencia del bosque que no había sufrido aún la tala de siglos que los ha destruido casi por completo y que entonces mantenían cierto grado de humedad y por lo tanto un poco mayor índice de evaporación. Pero se trata de un ambiente bastante empobrecido y alterado. Los términos de la crisis eran por lo tanto los mismos que en Europa, si no más graves.

Sin embargo, el estacionamiento fijo tuvo lugar aquí mucho antes que en Europa, gracias a los portadores de la cultura natufense (El Natuf, Palestina) y más tarde de Karim Shahir (Kurdistán irakiano). Cuevas y abrigos de roca continuaron siendo utilizados como habitación: pero los cavernícolas del Monte Carmelo y de Wadi Fellah han dejado fuera y dentro de las cuevas trazas de muros, de pavimentos y de hogares. En Eynam, en Jericó y en Karim Shahir la población vivía ya en casas circulares con paredes de barro seco, con techo de juncos con parte de pavimento enmorterado (debajo del cual enterraba también a sus muertos).

¿Qué nuevas fuentes de subsistencia habían descubierto los natufienses para sentir la necesidad de construirse habitaciones fijas?

Las excavaciones han demostrado que poseían una notable cantidad de bovinos, ovejas y cabras. (En cambio, se han encontrado muy pocos huesos de animales salvajes, fruto seguramente de la caza).

Por lo tanto aquellos animales, hoy domésticos, debían contituir la base de su alimentación. No existen pruebas materiales de que estuvieran domesticados y criados, pero es cierto que constituían un recurso que siempre tenían a mano, aunque no fuera más que porque la necesidad de agua les hacía frecuentar el mismo ambiente que el hombre, sucumbiendo a su superioridad.

Pero también habían descubierto otra fuente de alimentación: la recogida de cereales. Existen pruebas suficientes de que en aquel período dio comienzo la recogida de estas plantas fundamentales, aún hoy, en la dieta de una gran parte de la humanidad. No se ha encontrado un solo grano de trigo, pero, en cambio, se han encontrado hoces para la recolección, silos para su conservación, molinos y almireces para su manipulación. La hoz era generalmente de hueso, recta, con un mango, frecuentemente con esculturas de motivos naturalísticos; en toda su longitud tenía un surco acanalado en la que iban engastando con alguna sustancia adherida a pequeños trozos de sílice afilados que formaban el filo. El Mesolítico, que había comenzado tan desastrosamente, concluía así, en el cercano Oriente, con innovaciones que podemos considerar como punto de partida de toda la sucesiva historia de la Humanidad. Esta superioridad cultural, que el Oriente mantendrá todavía durante milenios, no derivada de una superioridad intelectual, sino de las ilimitadas posibilidades que los recursos indígenas ofrecían al género humano.

EL NEOLITICO

El Neolítico (gr. *neos* = nuevo, *lithos* = piedra, literalmente: nueva edad de la piedra) es la edad de la piedra pulimentada. Con este período concluye la prehistoria.

Límites cronológicos y características

Es prácticamente imposible establecer con certeza el comienzo del neolítico en las varias culturas. Por comodi-

dad se ha convenido en hacerla coincidir con el pleno desarrollo de la cría de ganado y de la agricultura, las dos innovaciones revolucionarias aparecidas, como hemos visto en el mesolítico, y con la aparición de otras innovaciones destinadas a tener un enorme éxito: la piedra pulimentada que arrinconó, aunque sin suplantarla del todo, a la piedra tallada, y la cerámica. Como cada cultura produce un tipo de vasijas característico tanto en la forma como en la decoración, la cerámica reviste una importancia enorme en los intentos de reconstrucción histórica: precisamente basados en la cerámica encontrada, se han podido reconstruir los desplazamientos de ciertos grupos, el radio de expansión de determinadas culturas y los contactos entre los varios pueblos. En toda cultura, el período anterior a la aparición de la cerámica se llama precerámico o prefictil (del latín *fictilia,* vasos de barro). Estos signos no aparecen siempre todos en todas las culturas: algunos grupos crían animales, pero no pulimentan la piedra; otros dedicados a la crianza, no cultivan cereales ni conocen la cerámica; otros cultivan cereales, pero ignoran la cerámica y la piedra pulimentada. Y así sucesivamente.

La misma dificultad hay para determinar en cada caso el final del neolítico. Se ha convenido en fijarlo en el momento de la primera elaboración del metal, esto es, en vísperas de aquella revolución económica y social, que el dominio del metal provocó en las sociedades neolíticas y que dio entrada a la edad de los metales o edad prehistórica.

La cría de animales

La cría de animales liberó por primera vez al hombre de la esclavitud de la caza y le garantizó su aprovisionamiento constante de víveres y de otros productos preciosos que enriquecen la dieta y defienden mejor al hombre de los rigores del clima, como la leche, los quesos, la lana. Le estimuló a inventar útiles y procedimientos para disfru-

tar de estos productos. Le permitió además emplear su inteligencia e inventiva en fines distintos de la simple supervivencia. Hizo más complejas las relaciones sociales en el interior de la tribu, diferenciando a los individuos por otras dotes que no fueran simplemente las físicas necesarias en una sociedad de cazadores. Pero la cría de animales no hubiera podido jamás por sí sola revolucionar la sociedad humana.

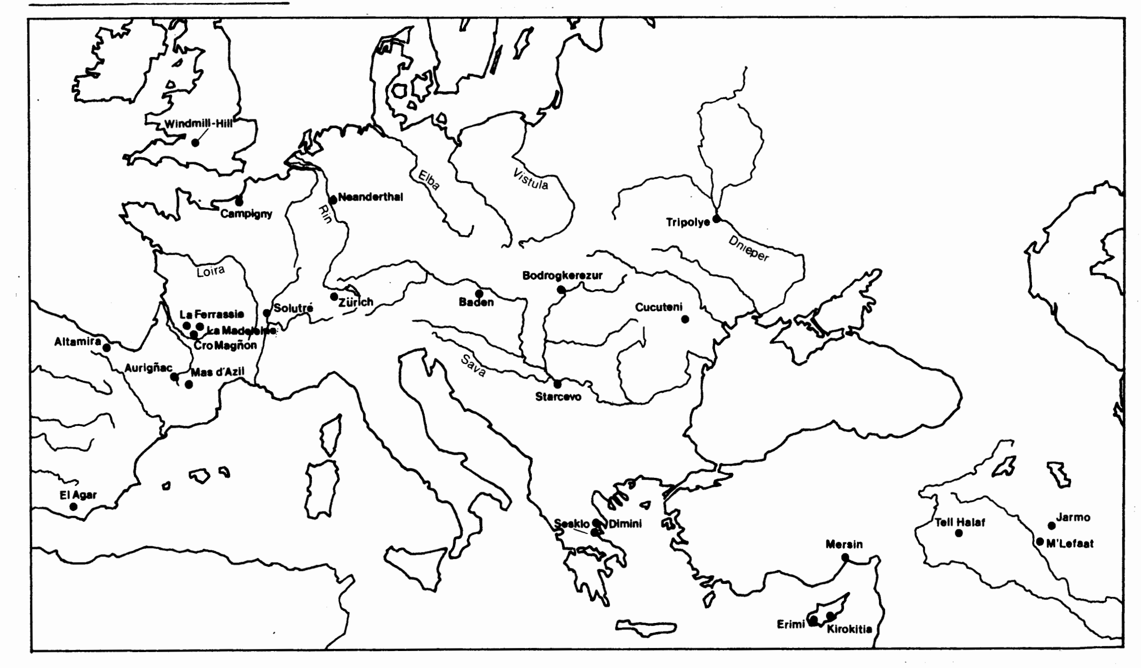
Tampoco hubiera podido constituir una base sólida de progreso. Una sociedad pastoril está por su naturaleza condenada al nomadismo, siempre constreñida a defenderse de los más variados peligros (variaciones climáticas, ataques de otros hombres y de animales). En sus contactos, forzosamente esporádicos con otros tipos de comunidades, sólo será sensible a aquellas sugerencias que la ayudan a resolver sus particulares y limitados problemas. Para que la posibilidad de progreso que entrañaba la cría de animales tuviera pleno desarrollo hacían falta otros sucesos: los recursos que le ofreció al hombre la agricultura.

Culturas con escasez de agua

No todas las culturas que aprendieron la agricultura pudieron gozar plenamente de sus ventajas, porque no en todas partes eran ideales las condiciones del suelo y del clima. Hay terrenos que admiten el riego y terrenos cuya fertilidad dependen únicamente de las precipitaciones atmosféricas. Esto determinó ya desde el principio, dos tipos de agricultura y en consecuencia, dos tipos de sociedad agrícola.

Un terreno, si no está regado, difícilmente puede dar una buena cosecha más de dos años consecutivos, por lo que resulta necesario dejarlo reposar hasta que el empobrecimiento no se haya recuperado. Las poblaciones afincadas en zonas no regables estaban así obligados a buscar continuamente nuevas tierras. Para ello incendiaban el bosque (la ceniza es un buen fertilizante), aprovechaban

Culturas del Neolítico



durante un año o dos el terreno y luego lo abandonaban a la lenta reconquista del bosque). Cuando el terreno útil en torno al poblado se había agotado, se trasladaban en masa en busca de nueva tierra. Otros grupos, aun viviendo en zonas regadas, no sabían explotar sus posibilidades. Después de las inundaciones sembraban en el limo aluvional, esperaban a que la cosecha estuviera madura, después de lo cual reemprendían su vida nómada como lo hacen en nuestros días los Hadendoa en el valle del Nilo Azul y los Ababda en Egipto. Naturalmente, una comunidad de este tipo tiene tanta menos necesidad de mudar de sede cuanto menor es el número de sus componentes. Pero basta un aumento, aun modesto, del número de bocas hambrientas para crearle dificultades. Por eso, al menos antes de que descrubrieran el sistema de rotación de los cultivos, es decir, hasta que se pensó en alternar el pasto con el sembrado, estas poblaciones se vieron constreñidas a desplazamientos periódicos.

Esto tuvo su lado positivo porque precisamente estos desplazamientos lentos extendieron la nueva civilización. Pero una sociedad de este género no puede superar el estadio puramente agrícola, ni realizar grandes y rápidos progresos. De hecho, y dada la pobreza de los medios técnicos (su único instrumento era la azada), todo el trabajo de la comunidad apenas podía bastar para satisfacer el hambre de sus componentes, por lo que ninguno podía dedicarse a una actividad no agrícola, a no ser que estuviera investido de alguna autoridad. Esto impedía el desarrollo de las tendencias individuales y obstaculizaba el mismo progreso técnico. La nivelación de los ingresos mantenía la vida social a un nivel muy bajo. Los estratos neolíticos de Hassuna, de Jarmo y de muchas localidades balcánicas testimonian de hecho estacionamientos relativamente breves y no presentan trazas de edificios monumentales. Y sin embargo, muchos signos de inventiva se relacionan especialmente con la técnica agraria (selección de semillas), o con la manipulación de cereales (molinos, hornos). La cerámica, pesada y frágil, está, en cambio, poco adelantada y aparece tarde. No hay ningún signo del

gran desarrollo que caracteriza, por el contrario, las culturas de riego.

Las culturas de riego y la civilización del poblado

El hombre habita la Tierra tal vez desde hace 25.000 siglos. Pero desde la hoz natufense hasta las expedicicioiones espaciales apenas han pasado 10.000 años. En menos de 10.000 años el hombre ha descubierto la agricultura, la cría de ganado, la arquitectura, la escritura, el cobre, el bronce, el hierro, el aluminio, el carro, el automóvil, el submarino, el aeroplano, la energía nuclear y la astronáutica... El secreto de este vertiginoso progreso está en el valle del Rift, donde surge Jericó; en las llanuras bien regadas y fertilizadas por el limo fluvial, de Egipto y de la Baja Mesopotamia. Porque la agricultura de riego significa cosechas regulares y pastos para el ganado durante todo el año, es decir, la concomitancia de las dos condiciones esenciales del asentamiento fijo.

Y en un asentamiento fijo ya nada se pierde: toda generación transmite a las siguientes, sin interrupción, un patrimonio cultural cada vez más aumentado. Todo invento se convierte inmediatamente en riqueza común y punto de partida para una ulterior mejora.

La alimentación segura y la protección constante contra la intemperie favorecen el aumento de la población. El estacionamiento resulta así menos provisorio, porque resulta más difícil el trasladarse de lugar en grandes contingentes. Se intenta más bien ampliar la zona cultivable sustituyendo la azada por instrumentos más eficaces como el arado. Se evitan las pérdidas y deterioros de las cosechas conservándolas con medios que una sociedad nómada no podría aplicar, aunque los inventara. Se cría ganado en más cantidad. Se plantan árboles y sobre todo se cuida de la distribución del agua abriendo canales y construyendo depósitos. Esto exige un trabajo común. También está confiada al esfuerzo común la defensa

contra los animales feroces y rapaces. La antigua solidaridad de las sociedades de cazadores se ha trasformado en una solidaridad de nuevo tipo: la solidaridad que defienden una propiedad, una patria. Los imponentes muros neolíticos de Jericó nos dejan aún estupefactos: una obra tan grandiosa no podía ser más que fruto de una colaboración de todos sin excepción, sobre todo si tenemos en cuenta la inconsistencia de los medios técnicos con que tenía que ser realizada.

La ciudad va creciendo de generación en generación, y no sólo en amplitud sino también en altura. Cuando la acción del tiempo o el fuego, la guerra o un terremoto, destruyen las casas, se construye sobre la ruina. Los muertos sepultados anteriormente, los instrumentos de cocina, los vestidos, los útiles y restos de todo género quedan encerrados debajo del nuevo nivel. A fuerza de sucesivas reconstrucciones el poblado acaba por quedar a veces hasta una veintena de metros sobre el nivel normal de la campiña: se levantan nuevos muros, a veces como continuación de los anteriores pero más frecuentemente con un perímetro más amplio. El Oriente Próximo está todo él sembrado de estas colinas artificiales llamadas *tell* o *tepe.*

Entretanto se va difundiendo cada vez más la cerámica. De los primeros vasos cocidos al sol no ha quedado ninguno, como es natural, porque el tiempo los ha reducido de nuevo a polvo; pero pronto la arcilla será cocida en hornos. La nueva invención es realmente revolucionaria, comparable a la de los materiales plásticos de nuestra época, porque satisface inmediatamente la gran demanda de recipientes (para sacar agua, para conservarla o para conservar alimentos), natural en toda sociedad sedentaria. No sólo nace un arte, sino también un precioso aliado para las mil necesidades de la vida cotidiana.

Y son precisamente estas necesidades las que atraen hacia el poblado a las poblaciones de los alrededores que vienen a intercambiar sus productos y también a los nómadas, que traen consigo de las tierras lejanas objetos

y materiales raros y preciados. Así se establece toda una red de intereses y de relaciones nuevas entre el burgo fortificado y una gran región circundante, que a veces llega hasta abrazar a otros centros. Con la intensificación de los cambios comerciales se trazan las primeras vías, fortificadas también en los lugares más estratégicos. Y con el comercio sistemático la riqueza comienza a acumularse en las manos de los más hábiles o de los más afortunados.

Desde este momento la revolución entra en su fase crucial: la disparidad de riqueza se traduce automáticamente en disparidad de ascendiente político; una pequeña parte de la población, gracias a su superioridad económica, puede fácilmente monopolizar las actividades más productivas, ligando y subordinando a ella de este modo al resto de la población; asume el mando en la guerra y usurpa las funciones sacerdotales. Así es que cuando los metales hagan su aparición, este grupo dispondrá de medios para procurárselos.

La aparición de los metales: el nacimiento de la ciudad y el comienzo de la historia

Hacia el año 5000 un gran número de antiguos burgos fortificados presentaban ya todos los caracteres de un establecimiento urbano; se habían trasformado en ciudades. No pocos de estos centros contaban ya con varios miles de habitantes. En Mersin, Hacilar, Satal Hüyük, Kirokitia, y más tarde en Tell Hasmar y Hajji Muhammad, se levantan grandiosas obras de defensa y los primeros «palacios reales». En Eridu y en Tepe Gawrah es la arquitectura religiosa la que alcanza dimensiones monumentales. Esta monumentalidad no puede ser simplemente el fruto de un esfuerzo, inmenso pero forzosamente esporádico, producido por una comunidad que al cesar el peligro o terminada la obra vuelve a las ocupaciones anteriores. Los templos y palacios reales, sobre todo de

esas dimensiones, no son obras de urgente necesidad pública. Además una comunidad agrícola no puede tolerar un aumento demográfico más que en unos límites muy modestos, porque su territorio sería bien pronto insuficiente.

El florecimiento de la arquitectura monumental, que presupone un empleo constante de mano de obra, y el trasformarse de los burgos en auténticas ciudades no puede haber sido una simple consecuencia de la civilización de poblado. ¿Qué otro factor revolucionario intervino?

Fue la difusión de la metalurgia lo que dio el definitivo golpe de timón a la Historia, llevando a su meta la revolución social ya iniciada con la vida de poblado. Cuando aparece el metal en la escena de las comunidades neolíticas, la clase dominante estaba capacitada para acapararlo. Esto sancionó definitivamente su hegemonía militar, religiosa y política en el seno de la comunidad, le permitió concentrar en sus manos todos los recursos de la región y disponer de ellos a su placer, empleándolos para exonerar de las labores del campo a un cierto contingente de mano de obra para emplearlo en otras incumbencias también necesarias: la construcción de diques y canales, la defensa, el comercio, la búsqueda de materias primas y su elaboración, el arte, etc. De este modo podríamos decir que aquella clase dirigente realiza una precisa función de ordenamiento y organización. La ciudad se adorna con monumentos cada vez más grandiosos, se hace poderosa y temida, expande su propia influencia sobre un territorio cada vez más extenso. La vida se hace más rica, variada y articulada. La clase artesanal dedicada a quehaceres exclusivos y por ello cada vez más especializada, imprime un notable impulso al progreso técnico. La producción agrícola queda, por así decirlo, planificada con ventaja para todos.

Pero toda esta compleja y multiforme actividad tiene que estar bajo control. El movimiento de las mercancías y de las materias primas, los límites de los campos, las

deudas o crédito de éste o aquél ciudadano, el éxito de un proceso y sobre todo la entrada y salida de los almacenes del templo o del palacio real no pueden dejarse a la memoria de un funcionario: se necesita un sistema de registro. Así nace la escritura y con el documento escrito se inicia la Historia.

Pero aquellos comerciantes, aquellos artesanos, aquellos mineros, aquellos ciudadanos han perdido, mientras tanto, la libertad individual, el derecho a disponer de sí y de la propia vida. Este es el amargo tributo que el hombre tuvo que pagar a la Historia. Porque la Historia nace de la tiranía.

El neolítico en el Próximo Oriente

Culturas de Jericó (comienzo 8000-7000)

Encima del estrato natufiense un estrato protoneolítico (hacia el 8000) documenta el paso del mesolítico al neolítico. Existen sílices natufenses y signos de establecimientos fijos. Viene luego la llamada Jericó precerámica A (7000-5500) caracterizada por las grandiosas fortificaciones. Las habitaciones, de planta circular, constaban de una o varias estancias y estaban construidas con ladrillos de tierra. Las escaleras y las puertas eran de madera. Muchos restos de sepulturas bajo los pavimentos, al igual que las paredes y techos de mimbre, estaban recubiertos de barro.

Las nuevas murallas de la Jericó precerámica B se erguían sobre las viejas murallas. Las casas eran de planta rectangular, con los cimientos de piedra, construidos con ladrillos cilíndricos. Los marcos de las puertas tenían los ángulos redondeados. Los pavimentos, además de estar embadurnados de barro, estaban pintados de ocre rojo, por lo que esta fase se llama de suelo pavimentado. Esta Jericó tenía un pequeño templo o tal vez dos. La industria lítica ha dejado objetos de preciosa factura: vasos, molinetes, láminas de hoces.

Culturas de M'Lefaat (cerca de Mosul, Irak septentrional, hacia el 6500)

Presenta afinidad tanto con la mesolítica Karim Shahir (microlitos) como en la neolítica Jarmo (estatuillas de Creta). El poblado estaba rodeado de murallas de piedra. Se practicaba la cría de bovinos y ovinos y la caza consistía sobre todo en ciervos. La agricultura existía, pues así lo testifican los molinos, morteros y azadas. Es una cultura prefictil.

Cultura de Jarmo (Kurdistán iraquí, entre el 5700 y el 4600 al C 14)

Jarmo era un poblado de una treintena de casas y de unos 150 habitantes, que, a fuerza de sucesivas reconstrucciones (unas quince) acabó por elevarse unos siete metros sobre los niveles iniciales. No se ha encontrado ningún resto humano. Las casas eran bastante espaciosas, con habitaciones rectangulares, hornos de arcilla para cocer el pan y techadas con juncos embadurnados de barro. Ciertamente practicaban la agricultura; aquí es donde se han hallado los granos de trigo más antiguos. Pertenecen a una especie ya seleccionada. También se ha encontrado cebada, guisantes y lentejas. Pero la agricultura debía ser nómada porque la zona de Jarmo no era regable. El perro, la oveja y la cabra, eran ya animales domésticos: son también abundantes los restos de caza (gazelas, ciervos, zorros y lobos).

La industria lítica era muy floreciente por la abundancia de la materia prima en los alrededores. De Anatolia se importaba la obsidiana.

Importantísima es también el arte representado por figuras zoomorfas y por las estatuillas del tipo de la Diosa Madre en arcilla no cocida (la cultura es precerámica).

Culturas cerámicas de Asia Menor (hacia el año 6500)

Cuando en otras partes aún perduraban las culturas precerámicas, en Asia Menor, en las zonas de Hacilar, Cukurkent, Catal Hüyük y Mersin prosperaban ya culturas cerámicas. No se sabe exactamente cuando comenzó la cerámica. Pero en Beldibi se ha descubierto un tipo de cerámica arcaica en un estrato todavía mesolítico.

Las habitaciones eran rectangulares, con cimientos de piedra (en Hacilar con suelo pavimentado como en Jericó B). Existía una floreciente industria de la obsidiana, importada del interior; producían en piedra pulimentada hachas, escalpelos con mango y empuñaduras de hueso.

Fue notable la producción artística: alfileres decorados con cabezas de animales o humanas sedentes (cuchara de Hacilar). Las figuras femeninas en arcilla cocida no son ya estereotipadas sino realizadas con gran variedad de formas y de vestimentas. Aparecen por primera vez sellos de arcilla destinados a tener una enorme difusión. En estos primeros tiempos parece que sirvieron para marcar el cuerpo con ocasión de los ritos religiosos o de prácticas mágicas (por ello se les llama pintaderas).

Cultura de Kirokitia (Chipre 5500-3500 al C 14)

Kirokitia era una población de casas circulares (tal vez un millar: se han encontrado 48) con el techo en cúpula con ladrillos de barro y sostenidos con pilastras de piedra. Eran espaciosas y estaban circundadas por edificios más pequeños que servían de cocina y horno. Una calle principal atravesaba toda la ciudad y de ella partían rampas de piedra que descendían a los patios, también enladrillados, donde probablemente acostumbraban a comer, por lo menos a juzgar por la cantidad de mesas de piedra al aire libre. Esta comunidad hace la impresión, en todas sus manifestaciones, de haber sido pacífica y bien organizada

con una intensa actividad industrial y comercial. De Anatolia importaban la obsidiana; en Amuq, Siria, se ha encontrado un vaso de Kirokitia. Practicaban el arte de tejer puesto que se han encontrado devanaderas. Los vasos, platos y ornamentos personales eran de piedra pulimentada de finísima factura.

Cultura de Erimi (Chipre, comienzo hacia el año 3500)

Heredera da la Kirokitia. Las casas siguen siendo de planta circular, pero el techo está sostenido por un travesaño. Es muy notable la cerámica pintada (blanco y rojo con motivos geométricos) y con formas admirables.

Cultura de Tell Halaf (Valle del Habur, Siria, 4500-3500)

Fue una de las más importantes de la fase de transición entre el neolítico y la edad de los metales. Sus caracteres (una cerámica esmaltada, inicialmente decorada con motivos geométricos y luego con motivos naturalísticos muy estilizados) se hallan repetidos incluso a centenares de kms. de distancia. En los estratos intermedios aparece el cobre (dos objetos). Los 187 bajorrelieves del último período nos transmiten con su verismo la imagen de una civilización robusta, bastante evolucionada en el plano técnico: carros de guerra de dos ruedas, escudos, lanzas, bumerangs; largos vestidos y calzado de punta vuelta; caballos y camellos; instrumentos musicales. Esta cultura fue suplantada por la de El Obeyd, de la que hablaremos más adelante.

Otra importante cultura siria fue la de Chagar Bazar, situada en una posición privilegiada. Desde lo alto de sus 15 estratos la vista se extiende a otra cuarentena de *tells.* También en Ras Shamra (Ugarit) floreció una auténtica civilización urbana, como lo atestiguan tres templos su-

perpuestos, todos ellos dedicados a la diosa Ishtar, el más reciente de ellos datable hacia el año 3000.

El neolítico de Africa septentrional

Culturas egipcias (desde el año 5000)

El neolítico egipcio está representado por tres culturas afines: cultura de El Fayyum (Egipto Medio) iniciada hacia el 5000 (los estratos superiores entre el 4440 y el 4150 al C 14); la cultura Tasiense (Deir Tasa, Alto Egipto) iniciada hacia el 4500; la cultura de Merimda (Bajo Egipto) iniciada después del 4000.

Todas ellas conocen la piedra pulimentada, la cerámica, el cultivo y la cría de animales.

En el Fayyum la selección de semillas de cereales había llegado ya al estadio definitivo: es decir, eran del mismo tipo de los hoy cultivados.

Culturas saharianas (del VI milenio al I milenio a.C.)

Es sabido que en los tiempos prehistóricos el Sahara era un territorio verde regado por numerosas corrientes de agua, con inmensos lagos (el Chad era un auténtico mar interior), con macizos montuosos como el Ahaggar y el Tibesti, recubiertos de bosques y en plena actividad volcánica. Su aridificación, iniciada en la edad mesolítica, no fue repentina ni total. A la vuelta de algunas sequías el Sahara conoció también fases de humedad relativa, por lo que el proceso de aridificación pasó inobservado para la mayoría de aquellas poblaciones y sólo asumió proporciones progresivamente catastróficas en el curso del primer milenio.

Durante los 50.000 años del neolítico el Sahara continuó, pues, siendo un pasto interminable, poblado de rinocerontes, hipopótamos, jirafas, elefantes, búfalos, mu-

flones, avestruces, etc; que constituían la fuente normal de abastecimiento para las bandas de cazadores. Muchas eran también las poblaciones dedicadas al pastoreo. Crecían espontáneamente los melones, zanahorias, gramináceas, arroz y algodón.

Todavía en épocas históricas partían de Egipto auténticas expediciones comerciales que volvían con cargas de marfil y cuerno, con pieles de ovejas y bovinos. Una pintura egipcia del sexto milenio muestra una de estas expediciones de vuelta de Libia.

La industria lítica sahariana era muy floreciente: millares de utensilios y adornos (cuchillos, arpones, anillos, hachas de mano) sólo requerían en el momento de su hallazgo el esfuerzo de agacharse para recogerlos porque se encontraban en la superficie, con frecuencia a los pies de las grandes rocas decoradas con incisiones o pinturas, sobre las que los artistas saharianos han dejado la impronta de su genialidad.

Un inventario del arte sahariano exigiría centenares de páginas. Los dibujos y pinturas se cuentan a millares. No hay territorio montuoso en que no hayan quedado trazas. También este arte, al igual que el magdaleniense, tenía una función mágica. Pasó por diversas fases, perfeccionándose cada vez más hasta llegar a los magníficos frescos de Mertutech y de Tassilj-n-Ajjer, aún demasiado poco conocidos, en los que los miles de figuras están realizadas con un sentido del movimiento y una variedad tal que dejan estupefactos. No menos interesante sería un inventario del neolítico en el resto de Africa: nos limitaremos a recordar algunas pinturas rupestres de los bosquimanos que llegaron hasta nuestros días.

El neolítico en Europa

El cuadro del neolítico europeo se presenta aún en sus líneas esenciales como muy complejo, siendo, como es, fruto de la evolución de las culturas mesolíticas locales y

de una infinidad de influencias llegadas de todas partes. Está además complicado por los contactos entre culturas sedentarias y nómadas. Su duración abarca un tiempo muy largo: desde el 6000 hasta el 500 a.C. aproximadamente, época en que todavía florecía en las riberas del Báltico.

Cultura campigniense (Le Campigny, Sena Marítimo, 5000-2000)

Su larga duración y su gran expansión (Francia, Bélgica, Suiza, Inglaterra, Irlanda) hacen prácticamente imposible trazar un cuadro homogéneo. Recibió y a su vez ejerció muchas influencias. Sus utensilios característicos eran un pico de sílex con el que se picaba incluso la piedra y el *tranchet,* plano y afilado, muy apropiado para trabajar la piel. Entrados en contacto con poblaciones lacustres, los campignienses transmitieron a estos la industria del sílex y recibieron en cambio el de la elaboración del hueso, del cuerno y de las rocas duras con las que fabricaron picos más duros, más eficaces, hachas pulimentadas y, finalmente, instrumentos compuestos (hacha-martillo), un enriquecimiento que permitiría a esta cultura una larga supervivencia.

Los campignienses conocían el cultivo de los cereales, la cría de ganado y la cerámica. Sus casas tenían planta circular. Su pavimento, como casi siempre, se hallaba bajo el nivel del suelo. También aquí, al igual que en Kirokitia, había un espacio más amplio, rodeado de otros más pequeños que servían de cocina o depósito.

Cultura de Starcevo (Península Balcánica y Rusia meridional, 5500-4000)

Es la más antigua de las culturas neolíticas que florecieron en los Balcanes. Su desarrollo, también muy amplio, estaba dificultado por el nomadismo agrícola y

por la escasa cantidad de cereales cultivados (mijo y un tipo de trigo, único indígena de Europa). Su recurso principal era la caza: usaban la honda y no conocían el arco. La pesca se practicaba con redes. Sin embargo no se trataba de una cultura desprovista de progresos. La actividad comercial fue intensa: obsidiana de Hungría y Ucrania, conchas (*spondylus*) muy usadas en el ritual mágico y exorcístico europeo del Mediterráneo, sellos cilíndricos de Asia Menor. De origen oriental eran también sin duda los molinos, los hornos, las hoces y las estatuillas de arcilla del tipo Dea Madre. En cambio es original de Starcevo una típica cuchara de hueso para mezclar harinas. Pero su producción más considerable es la cerámica, bellísima y muchas veces pintada.

Culturas lacustres (hacia el 4000)

Ya hemos hecho alusión al equívoco surgido en torno a los restos que se tomaron como de palafitos y que surgieron en 1853 en el lago de Zurich. Un equívoco del mismo tipo indujo por mucho tiempo a suponer que todas las construcciones sobre palafitos (palos hincados) habían sido hechas sobre el agua. Luego se ha podido averiguar que en aquel tiempo el nivel de las aguas era mucho más bajo y que el nivel actual de las aguas sólo se alcanzó a finales del neolítico, como consecuencia de una repentina elevación de la temperatura que provocó un enorme derretimiento de los glaciares. Por lo tanto muchos de aquellos palafitos habían surgido no en el agua sino en las orillas todavía no sumergidas. Por lo demás, los palafitos sobre tierra firme eliminan las dificultades que presentaban las playas del Mar del Norte y de los lagos alpinos y prealpinos, ambiente característico de este tipo de asentamiento: mareas, borrascas, abundantes precipitaciones de nieve y abundante deshielo primaveral con corrientes que surcaban el suelo con simultánea elevación del nivel de las aguas.

Hoy se conocen unas 400 estaciones de este género. La más antigua es la de Cortaillod (2700 a.C. al C 14) pero la

más famosa es tal vez la de Pfaffikon (4 hectáreas). La turba ha conservado intactos toda suerte de restos: utensilios de piedra, restos de cocina, fruta, pan, cerámica, anzuelos, arpones, arcos, huesos de animales, hogares e incluso tejidos. Por el contrario nada podemos decir de la organización social de estos agricultores ni de sus ritos funerarios, puesto que no se ha hallado ninguna traza de ello. Pero por los restos de animales podemos suponer que la caza iba siendo sustituida por la cría de ganado. En Saint-Aubin (Neuchâtel) los depósitos del neolítico antiguo contienen restos de animales en un 78% mientras que en los del neolítico medio esta proporción era de un 40%

Cultura cardial del Mediterráneo (hacia el 4500)

Cultura preferentemente costera, obra de un pueblo rico en iniciativas, venido tal vez de Asia y trayendo consigo cebada y cerámica. Los cardiales se asentaron en toda la costa del Mediterráneo oriental, así como en las islas (Malta, Sicilia y Eolias) y en las costas ligures, francesas, españolas y africanas. Deben su nombre a las conchas de *Cardium* con bordes dentados, de las que se servían para decorar su cerámica. El aspecto más notable de esta cultura es el comercio, sobre todo de la obsidiana, que transportaban incluso a grandes distancias y que traían de las regiones volcánicas meridionales (por ejemplo, las islas Lípari).

Culturas ibéricas (3000-2500)

Junto con otras culturas menores (residuos magdalenienses en el noroeste, cultura de las cavernas con cerámica decorada, primera cultura de megalitos en Portugal) floreció en España la cultura de Almería, iniciada hacia el 3000-2500. Casi con certeza se puede afirmar que procede de Africa, traída por poblaciones de pastores a los que la aridificación del Sahara les indujo a pasar el estrecho de

Gibraltar. La cerámica, en efecto recuerda la egipcia, sus cabañas son de tipo africano y sus tumbas en túmulo tienen gran semejanza con las de los primeros faraones (3000 a.C. al C 14). Pastores y agricultores, tal vez cultivaron ya el olivo. La segunda fase de la cultura de Almería coincide con la primera difusión del cobre.

Cultura danubiana I (hacia el 4000)

Durante el neolítico, la región del Danubio vio florecer y desaparecer gran número de culturas. La más antigua es la llamada danubiana I. Era una cultura agrícola y su enorme expansión (Hungría, Eslovaquia, Polonia, Ucrania, Alemania, Holanda) fue la lógica consecuencia del hambre de tierra de un pueblo que no conocía la rotación de cultivos y disponía de instrumentos muy rudimentarios (la azada y el hacha). Fuera de su nomadismo los danubianos eran agricultores muy aprovechados: además de la cebada y el trigo cultivaban ya el lino y varias especies de legumbres (guisantes, habas, lentejas). Criaban bovinos, ovinos y porcinos. Sus casas eran bastante amplias (5-7 m. de anchura y hasta 40 m. de longitud); tal vez estaban destinadas a la habitación de todo el clan familiar, pero eran bastante provisionales pues estaban construidas con paredes de ramas y cañas embadurnadas de barro, como fruto de una mentalidad nómada. La cerámica copiaba fielmente los primeros recipientes de mimbre y estaba decorada con bandas. El comercio era bastante activo (molinos, cerámica, *spondylus)* y seguía principalmente el curso de los ríos (Rin, Main, Mosa, Vístula, Dniéster, Danubio).

Cultura danubiana II (hacia el 3500)

La siempre creciente necesidad de tierras de cultivo y de pastos para el ganado provocó en la región danubiana un estado de tensión que más de una vez tuvo que

desembocar en auténticas guerras, puesto que muchos poblados del neolítico aparecen fortificados.

Los nuevos danubianos ocuparon muchos terrenos aún libres pero se impusieron a los danubianos I. Sus recursos son los ya conocidos: agricultura, cría de ganado, comercio (*spondylus,* sellos de arcilla, obsidiana y, en la fase final, también cobre húngaro); pero parecen más belicosos y amantes de la caza, tienen casas más pequeñas y pintan la cerámica (pero después de cocerla). Están dotados de una notable fuerza de expansión: mientras sus predecesores se expandían por Francia, ellos penetraron en Suiza, en Ucrania (Tripolye) y en Italia. Sus vestigios se han encontrado en las cuevas ligures antes habitadas por las poblaciones cardiales ya desaparecidas por entonces.

Cultura de Windmill-Hill (Inglaterra hacia el 2500)

El neolítico británico vio desarrollarse parecidas culturas, influenciadas de tiempo en tiempo por elementos ibéricos, nórdicos y hasta danubianos. Durante la fase inicial la más representativa es sin duda la de Windmill-Hill (la datación más antigua 2900 al C 14) cuyos portadores introdujeron la agricultura. Pero eran sobre todo pastores y no gustaban de agruparse en poblados. Fabricaban una cerámica de característico fondo redondeado y habitaban en casas de planta rectangular. Custodiaban a los animales en recintos fortificados en la cima de las colinas. Más tarde se hicieron activos productores y comerciantes de sílex que extraían de pozos y galerías que son pequeñas obras maestras de ingeniería.

El aspecto más interesante de esta cultura son sus ritos funerarios que dejan entrever una sociedad ya diferenciada en clases. Los pertenecientes a las clases inferiores eran quemados y sepultados colectivamente en cementerios circulares protegidos por un foso interno y un terraplén. Por el contrario, para los jefes la cremación no era de rigor. Sus tumbas, individuales o de familia eran imponen-

tes túmulos gigantescos de hasta 90 m. de longitud (*long barrows*), aunque luego los restos se sepultaban en un extremo. Su planta copiaba casi exactamente la de las primeras moradas danubianas.

Cultura de las jarras embudiformes (entre el 3000 y el 2000)

Es un bello ejemplo de cultura compuesta. Desarrollada en Escandinavia, se extendió luego por toda Europa central. Por su característico jarrón en forma de embudo o *Tragrbaeger* se le suele designar con la sigla TRB. He aquí en síntesis sus varias fases:

TRB A: infiltración de los primeros colonos neolíticos entre las poblaciones maglemosienses y erteböllenses todavía mesolíticas. La agricultura es aún móvil y basada en el trigo y en la cebada, más resistentes al clima frío y húmedo de aquellas regiones. Estos colonos tenían por costumbre arrojar sus ofrendas votivas (animales, cerámica, ámbar y también víctimas humanas) en los pantanos donde la turba los ha conservado.

TRB B: esencialmente pastores y cazadores, tal vez juntos ya en el este. Fue notable su comercio de ámbar danés que en la fase final se mezclaba con cobre danubiano. Al ámbar, que se electrificaba fácilmente le atribuían poderes mágicos.

TRB C: predominantemente agricultores, característica de sus poblados es la disposición rectilínea y paralela de las casas. Aparecen los primeros túmulos de derivación danubiana (Windmill Hill).

TRB D: primeras sepulturas de derivación megalítica.

Cultura de Sesklo (Tesalia; máximo florecimiento 3000-2500)

Es otro brillante ejemplo de cultura compuesta, de fusión de elementos asiáticos (sellos y copas de piedra,

figuras zoomorfas, vasos de cerámica con vivaces decoraciones geométricas, exportadas hasta Corinto y Corfú) y elementos europeos (*spondylus,* utensilios, vasos y recipientes Starcevo y cardinales). Se practicaba no sólo la cría de ganado sino también la trashumancia estival, la rotación de los cultivos y cultivos de frutales, condiciones todas ellas ideales para el asentamiento fijo.

Se trataba de una comunidad rica, adelantada y pacífica (no hay traza de fortificaciones).

Cultura de Dimini (junto a Sesklo, Tesalia, hacia el 2500)

Se les denominó hombres de Dimini a los agricultores-guerreros que bajo la presión de los pueblos de la estepa llegaron en diversas expediciones del norte y sometieron a la pacífica gente de Sesklo. Eran probablemente danubianos como lo demuestra su cerámica decorada con espirales y meandros de banda. Si realmente son de ellos los palacios fortificados con atrio sostenido por pilastras (*megaron)* que se levantaban en la cima de altozanos (podrían ser obra de invasiones posteriores) nos encontramos en presencia de una sociedad ya organizada sobre la base de una aristocracia guerrera, es decir, de una sociedad de tipo indoeuropeo, cuya cerámica está decorada en cordón.

Cultura de Tripolye (junto a Kiev, 3000-1700)

Emancipada de la Danubiana II, se desarrolló aprovechando la herencia de la Starcevo y de la Danubiana I, que todavía perduraba en aquellas regiones. Tuvo muchas fases y una larguísima duración, incluso mucho después que la estación epónima fuese destruida por los pueblos de la estepa.

Las casas eran espaciosas, incluso con 4 ó 5 habitaciones que se ampliaban a medida que la familia crecía,

según una característica que se hizo luego común en los pueblos eslavos. Se hacían habitaciones recubiertas de arcilla provistas de hornos y depósitos para la conservación de las cosechas. Se han encontrado también altares. El pavimento de arcilla cocida y bien nivelada, descansaba sobre troncos atravesados. Los poblados, con las casas dispuestas radialmente, podían tener un diámetro de hasta 500 m. y estaban fortificados. Sin embargo la agricultura es móvil por lo que los asentamientos eran abandonados y reocupados periódicamente. La cría de ganado, la caza y la pesca eran las otras fuentes de sustento. El comercio proporcionaba obsidiana y en la fase final, cobre y oro de Hungría.

La cerámica de Tripolye es muy bella y vivaz, con una gran variedad de formas y colores. El arte está representado, además de por los acostumbrados idolillos femeninos, por toda una producción históricamente importantísima, de pequeñas esculturas que representan animales, lechos, palanganas, casas, trineos arratrados por caballos (por lo tanto ya domesticados); no hay trazas de carros de ruedas.

Cultura de las tumbas ocradas (período proto-Kuban, 2500-1700)

Características de esta cultura desarrollada en las riberas del Caspio entre el Cáucaso y el curso inferior del Volga, son las grandes tumbas colectivas en túmulo en las que los muertos eran enterrados en posición contraída bajo un abundante estrato de ocre (en algún sepulcro se han encontrado hasta 120 y 130 esqueletos). No se trata de una cultura unitaria. Según las zonas y con la variación de las condiciones de vida, variaban las estructuras sociales y consecuentemente los usos funerarios. Existe una gran diferencia cultural entre las poblaciones de la región septentrional, más atrasadas, y las meridionales establecidas o relativamente nómadas en el valle de Kuban. Mientras el resto de Europa permanecía aún en plena edad

neolítica, en Kuban tenían ya manufacturas de metal, se trataba de metal mesopotámico e iraniano tal vez fruto de *razzias* o más probablemente traidos a los jefes Kuban por los mercaderes y por buscadores de metal venidos del sur para asegurarse su protección. Estos preciosos objetos (hallados todos en tumbas reales) representarían el tributo que el sur civilizado tenía que pagar para garantizar el propio desarrollo cultural ligado a la disponobilidad de metales. Por medio de Kuban entraron en Europa otros inventos mesopotámicos (en primer lugar la rueda), modificando con ello profundamente el perfil cultural.

Cultura de Cucuteni (Rumania, en torno al 2500)

Cucuteni era un poblado fortificado protegido por un muro y un foso. El estrato superior termina con trazas de incendio y se encuentra en ellos cerámica adornada en cordón, signo inconfundible de los pueblos de la estepa.

Cultura de Bodrog Kerezur (Hungría, hacia el 2500)

Continuación de la Danubiana II. Se caracteriza por los grandes poblados fortificados (cementerios con centenares de tumbas). Los utensilios son preferentemente líticos, pero la presencia de hoces, puñales e instrumentos en cobre demuestran el comienzo de la producción industrial del cobre en Europa. Es, pues, una cultura de transición. Hachas de cobre halladas en las tumbas son testimonio del paso o influjo de los pueblos de la estepa.

Cultura de Baden (Danubiana III, entre el 2000 y el 1800)

Es otra cultura de transición desarrollada entre el Sava, el Elba y el Vístula. Reinaba en ella una economía neolítica ya adelantada: usaban el arado, habían domesticado el

caballo, tenían ovino de carne y lana, lacticinios. Manufacturas de metal y carros de cuatro ruedas tirados por bovinos, prueban que habían tenido contactos con la cultura de Asia Menor. Los usos funerarios eran seguramente de tradición mesopotámica (tumbas reales de Ur).

A los jefes se les enterraba en los mismos cementerios que a la gente común en tumbas más grandes pero del mismo tipo. Sin embargo se les tributaban honores fúnebres especiales. Sus despojos eran trasladados solemnemente sobre un carro de cuatro ruedas tirado por bueyes y con él eran enterrados también los bueyes y el carro.

Pueblos en movimiento

Pueblos de la estepa: los protoarios (entre el 2500 y el 2100): Cultura de los kurganes, del hacha de guerra y de la cerámica acordonada.

La inmensa faja esteparia que va de las orillas del Mar Negro hasta Mongolia vio desarrollarse en los tiempos prehistóricos un gran número de culturas basadas en la cría de ganado y en la caza y, donde la estepa lo consentía, también en la agricultura. Ya hemos hablado de las más occidentales (Tripolye, Cucuteni, Tumbas ocradas); de otras (Afanasievo, Andronovo, Karasuk), nos limitaremos a citar el nombre. Más al sur en una zona que no ha sido identificada con seguridad, pero que generalmente se sitúa entre el Mar Negro y el Turkestán, se habían organizado poblaciones cultural y lingüísticamente afines entre sí: los pueblos de la estepa, llamados protoarios, antepasados de los indoeuropeos ya que los arios son un grupo indoeuropeo.

Su civilización nos es conocida a través de las grandes tumbas principescas en túmulo (kurganes). Por su grandiosidad y por el hecho de que el rito fúnebre incluyera el sacrificio de esclavos y de animales se puede deducir que la figura del jefe revestía un carácter sagrado y que, en

consecuencia, la estructura social de la tribu era rígidamente *aristocrática*. Es difícil decir si su economía estaba basada en la agricultura además de en la caza y en el pastoreo. Ciertamente nos hallamos ante una aristocracia guerrera que basaba su superioridad en un arma de nuevo tipo (el hacha de guerra de uno o de dos filos) y luego más tarde en el uso del caballo y del carro de combate y que difícilmente sería adaptable a la vida sedentaria de la agricultura. Más bien preferirían imponer contribuciones a las pacíficas tribus ciudadanas.

El uso del metal estaba limitado al principio a las tribus del sur. Se trataba del metal mesopotámico que poseían los Kuban, quienes lo cedieron ahora en parte a sus belicosos vecinos. El metal no tiene un papel predominante en la economía de los protoarios, pero con ellos hace su aparición en la Europa oriental y pronto actuará como estímulo para la creación de una industria metalúrgica autónoma.

En la segunda mitad del segundo milenio (2500-2100) estas poblaciones se ponen en movimiento hacia el oeste. Su desplazamiento está favorecido por el uso de carros tirados por caballos (se ha encontrado un modelo en Uulski). La razón del desplazamiento parece ser el cambio climático que tuvo lugar hacia el fin del cuarto milenio. Una vez terminado el llamado optimum climático hubo un empeoramiento y el polo de hielo se estableció en Siberia. Las poblaciones mongola y tártara del nordeste asiático se desplazaron ahora hacia el suroeste, empujando a las tribus asentadas en la estepa rusoasiática y obligándolas a desplazarse a su vez. Se inicia así una especie de lenta oleada que se propaga en primer lugar a Mesopotamia (a través de los Gutos), luego a Grecia (los hombres de Dimini descienden hasta Tesalia) y finalmente a Europa, a la que llegan directamente. Muchas culturas (Tripolye, Cucuteni, Erösd) aparecen aquí truncadas de golpe, mientras asistimos a la lenta desaparición de la de los kurganes, del hacha de guerra, de la cerámica acordonada (una cerámica más bien tosca decorada mediante la presión de

una cuerda antes de la cocción) todo ello signo inconfundible de influencias de los pueblos de la estepa. Pero conforme se van acercando al Rin las hordas se van amansando, los signos de la conquista violenta se van convirtiendo en otros de infiltración pacífica. Entre las comunidades sedentarias danubianas, nórdicas y megalíticas surgen numerosas culturas locales, mezcla de elementos indígenas y protoarios.

Los megalíticos (hacia el 2000)

Los megalitos (griego *megas* = grande y *lithos* = piedra) son quizás los monumentos más conocidos de la prehistoria, pero siguen siendo aún algo misterioso para nosotros. No se conoce su origen: hay quien opina que nórdico, otros que ibérico, otros oriental. Tampoco es siempre fácil determinar su función. No se les puede considerar expresión de una cultura homogénea porque los restos que les acompañan varían de lugar a lugar y porque además no pertenecen a las varias culturas locales. Por otra parte no hay motivo para no considerarlos como fruto de un único movimiento espiritual. Esta es precisamente la hipótesis formulada por G. Childe: se trataría de una religión nueva (de la que por otra parte no conocemos los ritos) predicada por misioneros, movidos únicamente por motivos ultraterrenos, que terminaban por ser seguidos por bandas de pastores y de agricultores necesitados de nuevos pastos o terrenos. Todo ello dio pronto a este movimiento una impronta guerrera y a sus «santos» (o a sus continuadores) el ascendiente y el poder de verdaderos jefes militares. En efecto las tumbas megalíticas del primer período denuncian claramente una discriminación social: las más imponentes, evidentemente reservadas a los jefes, contenían pocos cadáveres con un rico ajuar fúnebre de objetos rarísimos en oro, ámbar, cobre y hasta bronce. Por ello algunos investigadores ven en los megalíticos a los campeones de la edad de los metales en Europa. En cambio en las tumbas de la gente

humilde se encuentran esqueletos por decenas y con ajuar fúnebre bastante pobre. En las tumbas de la última cultura megalítica (llamada SOM por haberse originado en la confluencia del Sena, Oise, Marne) jefes y pueblo eran sepultados juntos. Pero precisamente estas tumbas son las que nos han dado las pruebas de la degeneración de la civilización megalítica de religiosa a guerrera: prácticas crueles (un número increíble de cráneos trepanados, operación seguramente ritual) y signos de conquista a veces violenta, acompañan la expansión a través de Normandía, Bretaña, Bélgica, Alemania y Suiza. Tal expansión se realiza con frecuencia a expensas de otras poblaciones también megalíticas, asumiendo, tal vez, tonos de guerra religiosa.

Cultura Beakerfolk o del vaso campaniforme (hacia el 1800)

En la época en que las varias culturas neolíticas (danubianas, TRB, Baden, del hacha guerrera, megalíticas, etc.) estaban ya estabilizadas en lugares bastante precisos un nuevo pueblo cazador-pastoril-guerrero aparece en la escena europea. Es el Beakerfolk (inglés *beaker* = vaso, *folk* = pueblo) portadores de la primera y auténtica industria de los metales.

Sus signos distintivos son inconfundibles: un vaso en forma de campana invertida, decorado a rayas y cerámica de otras formas; un tipo humano especial, de cráneo redondeado, que ha sido tomado como perteneciente a una raza especial, un armamento en el que destacan el arco y un tipo de puñal característico.

No se conoce su lugar de origen que podría haber sido Africa, o Europa oriental o Portugal. La tesis hoy más acreditada les hace venir por mar desde el Próximo Oriente. Desembarcarían en la Península Ibérica y luego se dividirían en dos grupos, uno de agricultores (que se quedaron) y otro de guerreros, fabricantes y comerciantes

que se trasladaron hacia Europa central. En efecto, entre ellos había ya artesanos, cuya técnica de trabajar metales era de escuela oriental y comerciantes que ocuparon enseguida las vías europeas de mayor tráfico y crearon otras como la del Brenner, que es aún hoy insustituible.

Las poblaciones megalíticas europeas fueron sometidas, por lo menos hasta el Pirineo y su civilización se extinguió de golpe. Las tumbas megalíticas comienzan de hecho a albergar sepulturas Beakerfolk (quienes por mucho tiempo no construyeron sepulturas propias sino que se sirvieron de las de los pueblos sojuzgados o de las de aquellos que les habían aceptado).

Un contingente Beaker desembarca en Inglaterra y comienza, por así decirlo, su colonización. En el continente sin embargo se debilitó pronto su vigor inicial: en la cultura SOM apenas existen trazas de su paso (dos vasos en total). Lo mismo en Provenza. En el resto de Europa hallamos algunos signos de aceptación, tanto de los individuos Beaker, como de la nueva técnica en todas las culturas preexistentes y en especial en la del hacha de guerra. Se forman así grupos mixtos de cuyo seno parte una segunda oleada de invasores hacia las islas británicas (los *long barrows* ceden su puesto a los *round barrows* o túmulos redondos). También aquí la sociedad megalítica recibe el golpe de muerte, pero ésto resulta ventajoso para la economía de aquellas regiones. A la estática clase dirigente megalítica le sustituye una nueva clase emprendedora: se introduce la cebada, más resistente al clima, se comienza el aprovechamiento de los recursos metálicos locales (oro de Irlanda, cobre en Irlanda y en los High-Lands (Tierras Altas), estaño en Cornualles). Las bases económicas siguen siendo neolíticas: elaboración de sílex, cerámica, agricultura, caza y cría de ganado. En la fase final, sin embargo, la explotación minera se hace sistemática, la producción cada vez más esporádica conforme va aumentando la demanda, gracias a las nuevas corrientes de tráfico que hace tiempo fluyen del Mediterráneo, a través del Brenner hasta el corazón de Europa.

DESCUBRIMIENTO Y DIFUSION DE LOS METALES

El cobre

No es casualidad que el período o edad del cobre se llame eneolítico (latín *aeneum* = de bronce, griego *lithos* = piedra), calcolítico (griego *chalkos* = cobre, *lithos* = piedra) o cuprolítico: el descubrimiento del cobre no significó la declinación de la industria lítica, por el contrario, fue en este período cuando esta industria alcanzó su perfección para declinar luego en la edad de bronce. La razón puede haber sido porque el cobre es un metal de escasas aplicaciones por ser blando y de poca duración, o también porque la demanda del mercado era en muchas zonas casi nula, o quizá porque el metal mismo era raro y su posesión fue durante mucho tiempo privilegio únicamente de las clases dominantes: en una representación egipcia bastante tardía aparecen trabajadores usando instrumentos neolíticos.

El descubrimiento del cobre se realizó tal vez en Egipto o en la altiplanicie anatólico-iránica: este último lugar fue de todas formas el centro de irradiación tanto hacia el Próximo Oriente como hacia Europa. Hacia el año 4000 la cultura egipcia de Badar conoce ya el cobre. En Mesopotamia, Irán y la India el cobre se extiende hacia el 3500. En el Egeo y en China hacia el 3000. En Europa entre el 2500 y el 2000. La difusión del cobre en Europa siguió caminos muy diversos: el metal mesopotámico y anatólico que poseían los jefes kuban penetró con los pueblos de la estepa y de otras corrientes migratorias. Como consecuencia nace una primera industria balbuceante en estratos locales como hemos visto en las culturas Danubiana II, Tripolye, TRB, Baden etc. Una segunda corriente originaria de Asia Menor y de Chipre llegó a través de Creta a Sicilia, se difundió por Italia meridional y después de atravesar el Mediterráneo occidental, por España en la región cuprífera de Almería. De allí, por medio de las migraciones megalíticas (se trata de una probabilidad) y los Beaker, se difundió a Europa occidental, Inglaterra y Escandinavia.

El bronce

El bronce, aleación de cobre (85%) y de estaño (15%) no podía seguramente obtenerse más que en una zona rica en óxidos y carbonatos de cobre o de casiterita, el mineral de estaño.

Los minerales de cobre se obtenían en casi todo el occidente euroasiático (Irán, Sinaí, Anatolia, Chipre, Hungría, España, etc.). La casiterita, frecuentísima en el sureste asíatico no aparece asociada a los minerales de cobre mas que en Armenia. Los yacimientos europeos (Bohemia, Bretaña, Cornualles, España) y los africanos (Dahomey) no fueron aprovechados sino tardíamente. Por lo mismo parece fuera de duda que la cuna de la civilización o cultura del bronce fue Armenia. Esta aleación aparece casi simultáneamente en torno al 2800 en la India, Irán, Sumeria y Egipto; en torno al 2400 en el Egeo, de donde luego, hacia el 1700, se difundió a Europa.

El hierro

Se suele llamar edad del hierro al último milenio a. de C. porque en este período fue cuando se difundió en el Occidente euroasiático.

Este metal era conocido (y considerado como una preciosa rareza) ya en tiempos muy antiguos. Se ha hallado hierro en una tumba egipcia del cuarto milenio, en la pirámide de Keops, en Ur (tercer milenio), en Biblos (hacia el 2000). Pero los primeros objetos de hierro fundido pertenecen a un período que se calcula entre el 1.800 y el 1.500. Los primeros en trabajar el hierro en gran escala fueron los hititas (hacia el 1300) que lo exportaban sobre todo a Egipto y Asiria (en Khorsabad, cerca de Nínive, se han encontrado 160 toneladas, entre armas, objetos varios y lingotes). En Grecia el hierro entró con los dorios hacia el año 1200; en el resto de Europa la edad del hierro comenzó hacia el 1800 y alcanzó su máximo explendor hacia el 450, con la cultura de La Tène.

LA PREHISTORIA EN ESPAÑA

Paleolítico Inferior

Como no tenemos evidencia alguna de la existencia del hombre en el Terciario hemos de suponer que los primeros seres realmente humanos que habitaron la Península pertenecieron al Cuaternario, a una época que puede distar de nosotros algo más de 500.000 años. De hecho, en el Cuaternario, España presentaría sustancialmente la misma configuración actual, con el estrecho de Gibraltar separando la Península del continente africano, con las Baleares como islas sin unión con la Península. Naturalmente que las condiciones meteorológicas eran muy diversas y el trazado de las costas sería también muy diferente del que vemos actualmente en nuestros mapas. En todo caso las glaciaciones no debieron tener en España la importancia que tuvieron en el resto de Europa.

Sin embargo hubo glaciares en Sierra Nevada, en las sierras centrales (Gredos, Guadarrama, etc.) y en los Picos de Europa. Los ríos eran caudalosos y la fauna abundante y variada. Uno de estos grandes ríos que atrajo a los hombres primitivos fue sin duda el Manzanares. Los descubrimientos más recientes demuestran que este «aprendiz de río» como le llamó Lope de Vega, fue en otro tiempo no aprendiz sino un gran río junto al que pululaba la vida animal. Sobre todo en épocas de sequía las manadas de animales subían a las «terrazas» en busca de humedad y frescura y allí iba también el hombre primitivo al olor de la buena caza. Una vez terminada la «temporada» aquellos hombres levantaban su campamento y desaparecían. Esta es la razón por la que en estas terrazas apenas se encuentran restos humanos y sí en cambio abundantes restos de animales.

Las terrazas del Manzanares se hallan situadas cerca de Madrid (Vaquerías del Torero, Parador del Sol, Orcasitas, Villaverde Bajo, etc.). En otras estaciones del centro como Torralba (Soria) se han hallado también media

docena de elefantes, además de rinocerontes, toros, caballos, etc., que nos hablan de la abundante y variada fauna de la zona centro en el Paleolítico. El instrumental conservado se reduce a hachas de mano toscamente talladas. Estos yacimientos se hallan todos en terrazas fluviales al aire libre. Entre las cuevas de esta era merecen citarse por su interés la cueva del Castillo, que sirvió de habitación humana durante largos períodos que abarcan desde la cultura clactoniense con fauna fría (reno, oso de las cavernas) hasta la achelense y musteriense con lascas y bifaces y con fauna (rinoceronte, ciervo) que nos indica la existencia de un clima cálido.

Sin embargo, no hallamos restos humanos anteriores al musteriense, es decir, al hombre neandertal. El cráneo femenino de Gibraltar y la mandíbula fosilizada de Bañolas son los hallazgos humanos más primitivos de la Península y pertenecen a la raza neandertal. El hombre u homínido anterior a él en el suelo español es una incógnita para nosotros.

Paleolítico Superior

Con las primeras culturas del Paleolítico Superior (Auriñaciense) aparecen en España los primeros sapiens, es decir, los que pudiéramos llamar los primeros españoles, puesto que su raza no difiere sustancialmente de la nuestra. La cornisa cantábrica es la zona que contiene más riqueza en restos de esta época. El depósito más interesante es sin duda el de la Cueva del Castillo (Santander) donde se hallan hasta cuatro niveles distintos, el primero de los cuales enlaza con el Paleolítico Inferior. Las puntas de hueso con base hendida son testimonio fehaciente de la cultura auriñaciense. Otras cuevas en que aparece esta misma cultura son: las cuevas de Morín y Hornos de la Peña de Santander, Cueto de la Mina en Asturias y Santimamiñe en Vizcaya.

Fuera de la cornisa cantábrica hallamos restos de la cultura auriñaciense en Madrid, Burgos (abrigo de la

Aceña). Restos gravetienses se hallan en Seriñá (Gerona) y sobre todo en Valencia, en la extraordinaria cueva del Parpalló (Gandía).

También el siguiente período del Paleolítico Superior (Solutrense) se halla bien representado en la cornisa cantábrica. Bastones de mando, puntas de flecha con pedúnculo y aletas, agujas... forman sus características. Las cuevas del Castillo, Cueto de la Mina, Altamira... lo mismo que las terrazas del Manzanares, Can de les Goges (Gerona) y Parpalló (Valencia).

El último período del Paleolítico Superior (Magdaleniense) se caracteriza por las muestras de pintura rupestre que nos dejaron sus representantes. Seguramente que estos llegaron del sur de Francia en busca de mejor clima y de reservas más abundantes de caza y pesca. La primera muestra del arte humano que nos habla ya no sólo de las técnicas de caza, pesca o guerra sino de sus sentimientos, es el arte rupestre de estas gentes.

Altamira es un nombre universal porque demostró que era realidad lo que parecía imposible: aquellos hombres primitivos sabían hacer algo más que tallar piedras para hachas o huesos para arpones y agujas. Sabían dibujar y pintar y lo sabían hacer con una maestría extraordinaria. Fue en el año 1879 cuando el ingeniero santanderino Marcelino Sautuola llamó la atención sobre la existencia de las pinturas rupestres de Altamira. La cueva había sido descubierta años antes casualmente por un cazador que buscaba a su perro. M. Sautuola investigaba como otras veces el suelo del corredor de entrada, una hija suya había penetrado, mientras tanto, en lo que hoy se llama «gran salón» de 18 por 9 m. y que en aquel entonces tenía una altura de 1,20 m. y sólo en algunas partes llegaba a los dos metros. La niña podía moverse con facilidad por la cueva y comunicó a su padre lo que había visto en el techo. M. Sautuola quedó maravillado pero no dudó ni por un momento de que aquello era auténtico y de que se hallaba ante un descubrimiento sensacional.

Sin embargo el escepticismo de los prehistoriadores franceses y de los europeos en general, iba a suponer una barrera difícil de franquear. De hecho Sautuola moriría sin haber visto reconocido como auténtico su descubrimiento. Sólo después de que en La Mouthe, Marsoulas, Font-de-Gaume, Combarelles, aparecieron pinturas similares, E. de Cartailhac, y con él todos los prehistoriadores, aceptaron (1902) la realidad de la cueva de Altamira. Se trata de 150 representaciones de bisontes, ciervos, jabalíes, la mayoría en posición estática, figuras antropomorfas con cabeza animal y signos abstractos no identificados hasta el presente. Las pinturas polícromas del techo aprovechan a veces salientes de la roca para simular relieve.

Estas pinturas nos revelan una sociedad relativamente avanzada en la que la actividad estaba ya distribuida de un modo racional. Los que realizaban estas obras de arte (pinturas, esculturas e incluso ciertos objetos industriales y ornamentales) debían ser personas consagradas por entero, o casi exclusivamente al menos a estos trabajos. La misma perfección de los diseños fue una de las mayores dificultades para el reconocimiento de su autenticidad. Parecían obras de autores modernos y no faltó quien las atribuyera a soldados romanos que mataban así su ocio.

Una vez reconocida la autenticidad de estas y otras pinturas rupestres, la cadena de nuevos descubrimientos parece no tener fin. El «Mea culpa de un escéptico» de E. Cartailhac, fue como el clarinazo que llamaba a la búsqueda. La Sotarriza, La Hoza, Covalanas, Meaza, Castillo en Santander; la Loja, Pindal en Asturias; Santimamiñe, Arenaza en Vizcaya; Ekain en Guipúzcoa.

Se trata siempre de pinturas en el interior de las cuevas, a veces en lugares de muy difícil acceso. Si comparamos este arte franco-cantábrico con el de los abrigos mediterráneos saltan a la vista diferencias notables: en el franco-cantábrico las figuras son naturalistas, no forman propiamente escenas, sino que simplemente se hallan acumuladas y son relativamente de gran tamaño. Por lo demás, la abundancia misma de las cuevas descu-

biertas a ambos lados de los Pirineos nos habla de cierta densidad de población.

De todas formas esta cultura pasa también hacia el sur, aunque siempre perdiendo en intensidad: Barcina, Atapuerca en Burgos; Reguerillo en Madrid; Casares en Guadalajara; la Pileta y La Cala en Málaga.

A principios de siglo se descubren también pinturas rupestres de un estilo bien diverso en el Levante español.

Comienza por ser diversa la localización misma, ya que las pinturas no se hallan dentro de cuevas sino en abrigos abiertos al aire libre. Además, ya no se trata de un arte estático sino extraordinariamente dinámico, un arte que representa escenas en las que el centro de interés es el hombre y no el animal. Las figuras son más esquemáticas que las de las cuevas del Cantábrico pero mucho más expresivas. Las manifestaciones más importantes de este arte se hallan en Cogull (Lérida), Morella, Barranco de la Gasulla, Barranco de Valltorta (Castellón), Dos Aguas (Valencia), Alpera y Minateda (Albacete), Vélez Blanco (Almería). Es un arte que nos da ya noticias muy precisas de aquellos hombres primitivos: escenas de caza de ciervos, recogida de miel, guerras con arcos y flechas, vestimenta de las mujeres, etc.

Estos dos tipos de arte rupestre no dejan de presentar un problema agudo para el prehistoriador. ¿Cuál es la razón de estos dos estilos tan diversos? ¿Se trata de gentes distintas, unas nórdicas y otras de origen africano-cpasiense? ¿Pertenecen a épocas distintas? Es decir, las pinturas rupestres levantinas ¿son posteriores? ¿Pertenecen al mesolítico o al neolítico? Esta es la opinión que parece imponerse. Algunos detalles de las pinturas (por ejemplo, la existencia de perros y caballos domesticados) parece indicar que se trata de la época neolítica. Algunos restos de los abrigos señalan también al epipaleolítico o épocas posteriores.

Luis Pericot García supone que el arte mediterráneo se nos manifiesta como un largo período evolutivo que pudo

durar más de 5.000 años, comenzando contemporáneamente el arte rupestre voranco-cantábrico, pero evolucionando luego a la representación de escenas hasta terminar en la pintura esquemática. Por lo demás no parece probable que estas dos manifestaciones pictóricas puedan ser completamente independientes entre sí. Es evidente que el magdaleniense norteño llega hasta Levante, aunque luego adquiere aquí una evolución muy característica.

¿Cuántos años duró el Paleolítico? Para nostros que estamos acostumbrados a encerrar la evolución histórica humana en los últimos 4.000 años, resulta difícil dar rienda suelta a la imaginación para dejarle dar saltos mucho mayores. Pero el «homo sapiens» apareció en la Tierra hace algo más de 500.000 años y los 5.000 años de nuestra historia sólo suponen un momento, aunque ciertamente el más importante, en el lento caminar de la evolución humana. El mesolítico o epipaleolítico comienza 10.000 años a. de C. Pues bien, desde el primer destello de la inteligencia huamana hasta el pintor abstracto de los abrigos levantino hay un penoso camino de 490.000 años. La especie humana era como una oscura divinidad para la que «mil años eran un día».

El Mesolítico o Epipaleolítico (10.000-3.000 a.C.)

Se llama así un período, aún mal conocido de la Prehistoria que enlaza el Paleolítico con el Neolítico. La Cueva del Castillo (Santander) y la de Santimamiñe (Vizcaya), la de Urtiaga (Guipúzcoa), etc., contienen restos de la cultura aziliense (necrolíticos geométricos, pequeños raspadores, arpones). Sobre el aziliense, se encuentra, sobre todo en Asturias y Santander, otra cultura arcaizante que su investigador, Conde de la Vega del Sella ha denominado asturiense. Su característica principal es el pico de cuarcita, labrado bastante toscamente (Cuevas del Penicial, Balmori, etc.).

En el sur encontramos el mesolítico en la cueva de Hoyo de la Mina (Málaga) y dentro de la Península, en los

yacimientos de Muge (Portugal). En cuanto al hombre que desarrolló estas culturas, poco podemos decir de él. Se trata de todas formas, de un hombre que se preocupa ya de enterrar a sus muertos como lo demuestran los enterramientos hallados en Muge. Es la raza dolicocéfala que apareció ya en el paleolítico. Pero a finales del mesolítico convive con ella otra de tipo braquicéfalo (cráneo corto y ancho), que será protagonista en el neolítico.

La densidad de población con ser mínima para los conceptos actuales, no sería tampoco del todo despreciable. Pericot García supone que en el paleolítico superior y el mesolítico viviría en toda España un número de habitantes cercano al medio millón.

Neolítico (3000-2000 a.C.).

El neolítico llegó a España por dos caminos: por el camino europeo desde los Balcanes y el Danubio y por el camino africano que partiendo del Nilo pasó por el estrecho de Girbaltar. La presencia de la cerámica y de instrumentos de piedra pulimentada es lo que caracteriza al neolítico. Se trata de un período breve, si lo comparamos con el paleolítico, y sus yacimientos son escasos. En el sureste español hallamos yacimientos de lo que se ha llamado neolítico hispano-marroquí (Gibraltar, Hoyo de la Mina), Málaga, Los Murciélagos (Granada), La Sarsa, Valencia, Montserrat, Barcelona.

Edad de los metales (2000-500 a.C.)

La edad de los metales llega a España desde Oriente, pero adquiere enseguida tal prestancia que se coloca a la cabeza del Occidente europeo. Uno de los centros importantes de esta edad es Almería.

La cultura de Almería

La cultura de Almería ofrece una riqueza extraordinaria. El ámbito geográfico en que se desarrolla esta cultura

es bastante amplio. Por la costa mediterránea se extiende hasta Lérida y Gerona por el norte, hacia Andalucía por el sur y por Albacete hacia la meseta interior.

La cultura almeriense se desarrolla lentamente desde el neolítico hasta la plenitud de la edad de los metales. El apogeo de esta cultura se halla en Los Millares. Debió constituir un poblado importante bien situado estratégicamente sobre el río Andarax y fortificado hacia el interior contra las bandas nómadas. Cerca del poblado existía gran cantidad de sepulcros megalíticos, colectivos. La duración de siglos de esta estación hace que los restos hallados sean de una gran variedad: hachas de piedra, puntas de flecha, cerámica con ejemplares de vaso campaniforme, instrumentos de cobre (cuchillos, puntas de flecha), adornos (brazaletes de cobre, peines de marfil, botones de hueso, colgantes de ámbar) y hasta tejidos.

Además del de Los Millares, citaremos los yacimientos de Almizaraque y Cueva de la Roca, Serreta la Vella, Cueva de la Barsella, en Alicante; y otros muchos de Valencia y Cataluña que sería prolijo enumerar.

Vaso campaniforme

El vaso campaniforme se extedió por Europa a partir de Andalucía. De aquí partió hacia el centro (Madrid) y hacia el Levante por las vías comerciales cada vez más intensas, pasó a Sicilia y Cerdeña, luego a Italia, desde donde pasó los Alpes hacia el centro y oriente de Europa. Por Cataluña pasaría a Francia, Bélgica y Holanda y de aquí a Inglaterra, donde conoció un gran florecimiento y su máxima duración.

El estilo va variando y degenerando desde la esbeltez de los del Llano de la Atalaya (Purchena, Almería) hasta los más toscos de perfil más acusado de Centroeuropa o el ancho y bajo de la costa atlántica.

Construcciones megalíticas

Las construcciones megalíticas que se hallan extendidas en toda la Península con mayor o menor intensidad, no suponen una cultura común de los habitantes de toda ella. En realidad había poco de común entre los pastores de la costa vasco-cantábrica y los andaluces del sur que se dedicaban ya a la labranza. No es, pues, casualidad el que los mayores y más suntuosos monumentos megalíticos se hallen en Andalucía. Son universalmente famosas las tumbas megalíticas andaluzas llamadas «cuevas», a causa del largo corredor que precede a la cámara propiamente dicha. La «cueva» de Menga tiene una galería de unos 25 m. de longitud y 6 m. de anchura máxima en la cámara sepulcral. La «cueva» del Romeral tiene también un corredor de 23,50 m. de largo 1,70 de anchura y 1,85 de alto. Tiene dos cámaras, una de ellas de hasta cuatro metros de altura. Las dos cámaras están cerradas en forma de falsa cúpula a base de grandes losas. Las cuevas de Viera, de La Pastora, de Matarrubilla, etc., tienen las mismas características. Por desgracia, los restos no son demasiado abundantes; hachas de piedra, vasijas de cerámica tosca, cuchillos de sílex. Los cadáveres eran enterrados en cuclillas. Por lo demás, la construcción de las «cuevas» y el ajuar que les acompaña nos hablan ya de unas creencias en otra vida ulterior y también de una organización social lo suficientemente avanzada como para permitir obras de cierta complicación técnica.

En el centro, sobre todo en la zona de Salamanca y Zamora, se halla otro foco importante de dólmenes. Pero la región más rica en dólmenes, llamados *antas* es Galicia. Sin embargo, la ambición y la avaricia de gente importante hizo que la mayoría de ellos fueran profanados en busca de objetos de oro. Es de Portugal de donde viene la técnica megalítica a Galicia y también a Extremadura y Salamanca. En cambio, es Andalucía la que ejerce su supremacía en el centro. En Cienpozuelos se hallaron vasos campaniformes ricamente decorados, así como cazuelas, punzo-

nes, un puñalito de cobre, etc. Estamos en el alumbramiento de la edad de los metales.

En la región vascongada existen dólmenes en gran número, aunque se trata de construcciones pobres (generalmente un dolmen sencillo rodeado de una galga o túmulo) y de muy escaso ajuar. La región catalana depende en este aspecto de la cultura almeriense y por lo mismo su contenido es más rico. La cueva de Aiguas Vives, Solsona, es buen ejemplo de esta riqueza: anillos de plata, cuentas de collar, vasos campaniformes, botones de hueso, etc. En cuanto a los hombres que habitaban en la España de edad de bronce, existe ya una raza de origen africano, al menos en gran proporción, que será la base de la raza ibérica histórica y existe también sin duda ya formada la raza vasca cuyos orígenes es más difícil precisar.

Cultura de El Algar

Hacia el 1700 a.C. aparece en El Algar (Almería) una nueva cultura que corta la de Los Millares. Supone la plenitud de la edad de bronce en España. Como muestras de transición entre ambas pueden considerarse las estaciones de Fuente Bermeja y Lugarico Viejo. El Algar es un poblado sobre el río Antas, fortificado por la zona que no daba al río. Los crisoles y los moldes de arenisca nos hablan de la existencia de trabajos metalúrgicos, aunque los instrumentos de metal hallados son más bien escasos. La cerámica es variadísima, con vasijas frecuentemente de base ovoidal, copas de pie alto, urnas de barro para contener cadáveres, etc.

La necrópolis de El Algar contiene 950 tumbas y resulta de más interés que el poblado. Hay numerosos instrumentos de cobre (cuchillos, puñales, algunos de notable longitud, dos hojas largas de hasta 60 cm. de longitud, hachas de cobre, etc.); objetos de adorno como brazaletes de plata, pendientes de cobre, bronce y plata y, sobre todo, diademas de plata, etc.

Otros yacimientos importantes de esta región son los de Zapata, Gatas, El Oficio, Ifre y Fuente Alamo. Numerosos instrumentos de cobre y bronce, vasijas y otros adornos jalonan estos niveles, La cultura de El Algar muestra buena cantidad de collares con cuentas de dientes, huesos de fruta, conchas y también metálicas (oro, plata, etc.).

Baleares

En el período argárico de la Península encontramos en las Baleares otro tipo de cultura sin apenas conexión con ella. Tal vez los habitantes mismos eran mediterráneos, dedicados exclusivamente al comercio. En sus manifestaciones culturales encontramos elementos del oriente mediterráneo (hipogeos, culto al toro), que nos hacen pensar en Malta y Creta y también claras influencias de Cerdeña *(talayots).* De todas formas cabe afirmar que el hombre llegó tarde a las islas, cuando ya las embarcaciones eran capaces de dominar los mares. Son pocas las cuevas habitadas descubiertas en Baleares. Sus habitantes construyeron poblados de los que ya sólo quedan como testimonio algunos talayots y taulas.

Los talayots eran las torretas que dominaban flanqueando las murallas que rodeaban el poblado y servían de monumentos funerarios al igual que los nuraghes de Cerdeña. Son típicas de Menorca las *taulas,* una losa horizontal que descansa sobre otra u otras verticales. Seguramente la taula era el centro de un santuario donde se ofrecían sacrificios de animales a juzgar por las excavaciones realizadas. Cada poblado tenía solamente una taula lo que corrobora la idea de que constituía un santuario. Las *navetas* son edificaciones en forma de nave invertida que contenía las cenizas funerarias y el ajuar. La mayoría de ellas se encuentran en Menorca.

Mientras las islas baleares seguían sumergidas en su cultura megalítica, la edad del bronce florecía singular-

mente en Galicia, al igual que en otras regiones del litoral atlántico de Europa e islas británicas. Hachas de talón o palstaves, azuelas, espadas de bronce y los consabidos adornos en oro y plata forman lo más típico de esta cultura atlántica. Son notables también las insculturas gallegas. Las insculturas son inscripciones en forma de signos geométricos (círculos, herraduras y otras figuras de significado desconocido) cincelados en losas y que seguramente tuvieron un valor mágico o religioso.

Esta cultura, de cronología algo imprecisa, penetra seguramente hasta la edad de hierro, más o menos hasta el año 500 a.C.

Por esta época en el sur, Tartessos debió caer en manos de Cartago. Hoy es imposible separar la historia de la leyenda en lo que se refiere a esta ciudad. Ni siquiera sebemos con certeza su ubicación. Si es la Tarshish de la Biblia, comerciaba con oro plata y estaño que las naves de Tiro se encargaban de hacer llegar hasta Salomón. Tartessos estaba en algún lugar, isla, del río Guadalquivir, no lejos de Cádiz, ciudad que luego tomaría la supremacía del comercio de la región. Entre los reyes cuyos nombres conocemos están Theron, que puede ser el Gerión a quien venció Heracles; Habis que inventó la agricultura; Argantonio de legendaria longevidad, pues le atribuyeron 120 años de vida y 85 de reinado.

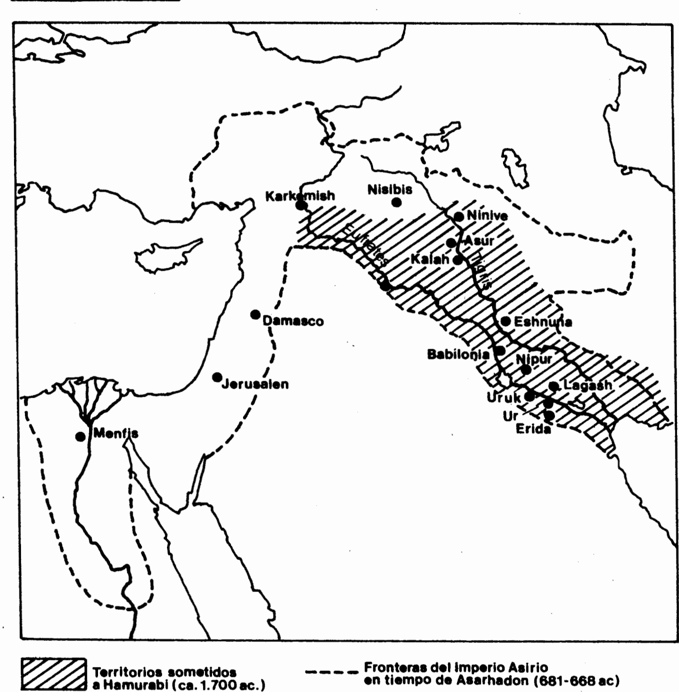
Tras la caída de Tartessos y la llegada de los fenicios, cartagineses, razas indoeuropeas y finalmente con la llegada de los romanos entramos decididamente en la época histórica.

II. MESOPOTAMIA

Mesopotamia (gr. *mesos* = medio, *potamos* =río) es el nombre que los griegos dieron al país comprendido entre los dos grandes ríos Tigris y Eúfrates. Es un conjunto de tierras bajas que actualmente se hallan sometidas a la soberanía política de Irak y en menor parte a las de Siria e Irán. Donde es posible el regadío, la tierra es de una gran feracidad. Donde no hay regadío se extiende el desierto o el semidesierto.

Los ríos de Mesopotamia son de lo más caprichoso. Sus vicisitudes y su caudal no son ni constantes ni previsibles porque dependen de demasiados factores: la consistencia de las precipitaciones y del deshielo en Armenia, las mareas del Golfo Pérsico, mareas que a veces alcanzan los tres metros y que con los fortísimos vientos del sur hacen más lento y a veces paran el curso de los ríos provocando su desbordamiento; de hecho, hace setenta mil años las aguas del Golfo penetraban en el continente por lo menos 200 km. más al norte y el Tigris y el Eúfrates desembocaban aún separadamente. De los dos, el Eúfrates (*Urudu* = río del cobre) es el menos peligroso y el más propicio a la navegación. El Tigris (*Idiglat* = veloz como la flecha) transporta una masa de detritus y de limo tan enorme que su lecho se eleva a ojos vista y en breve tiempo se ciegan esclusas y canales. Así en pocas horas las mismas aguas que traen la vida anulan el trabajo de generaciones enteras. Aun actualmente el constante peligro de crecidas imprevisibles y de inundaciones devastadoras hace que la extensión de las tierras cultivadas sea muy inferior a lo que en teoría podía ser.

Mesopotamia



En ese ambiente geográfico se desarrollaron varias de las más importantes civilizaciones de la humanidad. Sus protagonistas fueron los sumerios, los akadios, los asirios y los babilonios.

Las poblaciones que la aridificación del ambiente mesolítico había empujado a poblar las riberas de los ríos de Mesopotamia se encontraron con que tenían que luchar contra dificultades muy superiores a las de sus contemporáneos de Egipto, donde el Nilo se desborda a intervalos fijos y rara vez de forma desastrosa. Sin embargo, paradójicamente, la nueva era de la sociedad humana se iba a

abrir precisamente aquí, donde menos propicias parecían ser las condiciones. En efecto, fueron precisamente las dificultades ambientales las que aceleraron el ritmo de la revolución social: la misma necesidad del riego de las aguas, la misma falta de materias primas esenciales como la madera, la piedra, y los metales hacían inevitable, indispensable la formación de una clase dominante que se encargase de hallar y administrar aquellas materias primas, de coordinar las obras de presas y canalizaciones, distribuyendo las incumbencias y estableciendo los derechos de cada uno.

SUMERIOS Y AKADIOS

Los hombres de Sumer

Los sumerios eran un pueblo procedente probablemente de tierras situadas al este de Mesopotamia que antes de comenzar el tercer milenio a.C. se habían establecido en las regiones próximas a la confluencia del Tigris y del Eúfrates. Las condiciones ambientales no sólo pusieron en movimiento en ese pueblo el mecanismo de la revolución urbana, sino que determinaron también su desarrollo.

Las excavaciones han demostrado que la tierra de Sumeria estuvo muchas veces sujeta a inundaciones desastrosas. Kish, una de sus ciudades más importantes, fue destruida tres veces. Hacia el 3.000 junto con Kish perecieron Ur, Shuruppak, Jemdet Nasr y otros centros notables. El hombre de Sumeria, que después de cada inundación reconstruye las ciudades destruidas y reemprende su duro trabajo en los campos sumergidos y en las casas derruidas, no puede dejar de alimentar dentro de sí un profundo sentimiento de inferioridad y de angustia frente a las fuerzas de la naturaleza y los dioses que dominan aquellas fuerzas. El alma sumeria está transida de un profundo pesimismo: Enlil, el creador del género humano, según la mitología más antigua, hace salir hombres de la corteza

celeste para dárselos como esclavos a los demás dioses. En un texto más reciente, la Epopeya de la Creación, es Marduk quien crea el género humano con estas palabras: «Que sea cargado con las preocupaciones de los dioses para que éstos puedan respirar con más libertad». Por eso en Sumeria los dioses son invulnerables a las preocupaciones. Ya el hombre paleolítico había intuido la tragedia de la existencia y la propia nulidad ante las gigantescas fuerzas de la naturaleza. Ahora el hombre de Sumer toma clarísima conciencia de ello: establece relaciones con estas fuerzas ante las que se siente derrotado. Se trata de relaciones lúcidas, conscientes, profundamente religiosas. El hombre de Sumeria aparece así como heredero de un patrimonio espiritual que se había ido acumulando desordenadamente a través de centenares de milenios.

La sociedad sumeria

En una tierra en que los mismos hombres se consideraban propiedad de los dioses era casi inevitable que fuera la clase sacerdotal la que asumiera el poder para ejercitarlo en nombre del dios, administrándole su propiedad. Sólo mil años más tarde otra clase social se hará lo suficientemente fuerte para contrapesar su poder, pero también ella (a excepción de Sargón el Grande que no era sumerio) continuará ejercitando el poder en nombre del dios que seguirá siendo el verdadero señor y dueño de la ciudad.

A dios se elevan templos majestuosos levantados sobre terraplenes artificiales (*zigurat*) a veces gigantescos, en Uruk sólo el terraplén tenía 13 metros de altura y cubría un área de 37.000 metros cuadrados. Sobre él se levantaba el gran templo (o más bien la casa) del dios Han, cerca de otro de menores dimensiones consagrado a la diosa Innana. La torre-templo de Ur, cuyo zigurat consta de dos pisos superpuestos, medía a la base 65 por 63 m. Para inducir al dios a que se quedase a proteger la ciudad con su presencia era necesario ofrecerle una «casa» digna de

él, alta como la montaña sobre la que moraba habitualmente.

Este esfuerzo inmenso sólo se hace posible por el hecho de que toda la tierra es propiedad del templo, es decir, del dios. Las tierras del templo son administradas por el *sangu* o sacerdote y están divididas en tres partes: la principal (la *nigenna* o parte común) es cultivada por todos los miembros de la comunidad y sus productos se emplean para los sacrificios y para el mantenimiento de aquellos que no trabajan la tierra (sacerdotes, soldados, escribanos, etc.); una segunda parte llamada *kur* se asigna en lotes a los cabezas de familia, según su necesidad; la tercera, llamada *uru-lal* se da en alquiler. Todo ciudadano, desde el más humilde hasta el *sangu* pertenece al «pueblo de dios», como se llama la comunidad de un templo. El ciudadano presta su trabajo para el templo y recibe del templo, bajo diversas formas, lo que necesita para sustentarse y desenvolver la propia actividad. Todos son iguales ante el dios, su dueño: en la práctica cada uno recibe naturalmente en proporción a la importancia del papel que desempeña dentro de la comunidad. No en vano este sistema, fundado sobre la subordinación a la divinidad, sobre la desigualdad y sobre la ausencia de la propiedad privada, ha sido llamado socialismo teocrático.

Este sentido de profunda angustia y de sujección respecto de la divinidad en vez de ser un freno acaba por ser la verdadera fuerza motriz de la organización social. También en este aspecto el hombre de Sumeria nos aparece como el heredero de toda una milenaria tradición: ya el hombre paleolítico había comprendido que sólo en la colaboración y en el orden puede el género humano esperar sobrevivir en medio de tantas fuerzas hostiles. El hombre de Sumeria erige ahora aquella intuición en sistema social y le da fuerza de ley.

El sucesivo asentamiento de nuevas comunidades dentro del área ciudadana, cada una con sus propios dioses determinó que en cada ciudad se levantaran varios templos, cada uno con su dios particular, con sus propias

tierras y sus propias comunidades. Pero los nuevos dioses quedaban siempre subordinados al dios de la ciudad. El *sangu* del templo principal es generalmente el que coordina las varias actividades. Es elegido con el nombre de *ensi* (representante de dios) por la asamblea de los hombres libres (en realidad por los ancianos) y en tiempo de guerra puede ser sustituido por una especie de dictador, el *lugal* (gran hombre) o asume él mismo el mando de las tropas. Si resulta genial, valeroso y munífico hace prosperar la ciudad de tal manera que los *ensi* de las ciudades vecinas le están casi sometidos y le envían tributos y se reconocen como sus *patesi* o súbditos. En caso contrario la ciudad está rodeada de enemigos que sólo esperan el momento favorable para declararle la guerra, saquearla y destruirla. La historia de Sumeria es sobre todo una historia de odio y venganzas feroces entre las varias ciudades y ni siquiera los largos períodos de paz fueron capaces de hacer nacer un sentimiento de fraternidad nacional.

Imperios y culturas

Aunque se han podido reconstruir con cierta aproximación los hechos y el desarrollo de Sumeria gracias a la inmensa mole de hallazgos (sobre todo tablillas e inscripciones), su cronología absoluta está todavía en discusión. Se ha convenido en dividirla en períodos, haciendo referencia unas veces a una situación política y otras a un personaje, a una dinastía, una ciudad, según estén más o menos documentados.

Período El Obeyd (4200-3500)

Esta cultura, originaria del sur, se difundió bien pronto en Asiria, Elam e Irán, determinando en todas partes el fin de la siria Tell Halaf. Su base económica era esencialmente neolítica. Las estructuras políticas aparecen por el contrario profundamente modificadas: en Eridu (estratos

XIII-XVI) y en Tepe Gawrah (XIX-XIII) nace la arquitectura religiosa monumental, hecha posible por el descubrimiento del adobe. A este período corresponden también los estratos inferiores de Ur, hallados por Wolley en 1929 bajo tres metros de detritus aluvionales.

Período Uruk (3500-2900)

Esta civilización, cuya fase final (Uruk III) se llama también período de Jemdet Nasr, aparece como la continuación natural de la precedente, de la que hereda sobre todo la religiosidad especial que erige como norma de la vida social y política. El socialismo teocrático toca su cima. Como reflejo de ella se da el máximo florecimiento de la arquitectura religiosa (Uruk IV-III, Tell Asmar, Tell Brak, Tepe Gawrah XIII-VII). Al mismo tiempo se asiste a un notable progreso cultural: aparece el cobre, la cerámica se elabora al torno, las ánforas dedicadas al templo están selladas con sellos cilíndricos, para la contabilidad del templo se recurre a un sistema de símbolos (escritura pictográfica), para la división del círculo, del año y de la hora emplean un sistema sexagesimal.

Algunos especialistas explican este salto cualitativo repentino con la invasión de Mesopotamia por los sumerios, llegados tal vez de los Montes Zagros o venidos del mar tras haberse establecido durante algún tiempo en las islas Bahrein del Océano Indico. Apoyándose en su superioridad cultural, este pueblo, seguramente no semita, habría sojuzgado a las poblaciones de Mesopotamia, aceptando, sin embargo, su estructura política y llevando a sus últimas consecuencias la revolución ya iniciada.

Otros especialistas, por el contrario, prefieren suponer una lentísima infiltración iniciada ya en el período El Obeyd. Para estos las innovaciones del período Uruk representarían el fruto de una maduración favorecida por la evolución de las condiciones sociales y políticas.

En el estado actual de las investigaciones y supuesto que el examen de los restos humanos excluye una pre-

ponderancia de los sumerios, se admite que en su infiltración en Mesopotamia, que sucedió en tiempos muy remotos, los sumerios se establecieron en poblaciones semitas y que el altísimo nivel de la cultura Uruk representa un estado ya muy evolucionado de su civilización.

La cultura Uruk tuvo una influencia enorme no sólo en Mesopotamia (Kish, Ur, Laggash, Nippur, Nínive) sino también en el Elam y en Irán (Susa, Bakum, Tepe Hissar, Syalk III), en Siria (Hama) y en Egipto (Abydos). Su expansión significó, casi en todas partes, el comienzo de la edad del cobre.

El período protodinástico (2900-2370)

El período siguiente se inicia bajo el signo de un acentuado retroceso cultural, evidente incluso en el uso de un tipo de adobe menos funcional, almohadillado en vez de plano, introducido probablemente por los invasores semitas acostumbrados en el altiplano a construir en piedra y por tanto con tendencia a imitarlo también en los adobes. Esta tesis parece confirmarse por la aparición de la torre escalonada (en Kish y Nippur) que se convertirá en clásica en el período babilonio.

En este período entra en crisis la clase sacerdotal, que muchas veces queda desautorizada por una nueva clase política favorecida por el continuo estado de guerra en la ciudad. Aparecen los primeros palacios reales separados del templo y con ellos las primeras dinastías. Sin embargo, como ya se ha indicado, el dios sigue siendo el dueño y tutor de la ciudad, pero ya su *ensi* (es decir su representante y protegido) es el *lugal.* Casi como contraste asistimos a una acentuación del culto de Enlil en Nippur y al consecuente ascendiente de su clero. No parece sino que los soberanos mesopotámicos, para legitimar las propias conquistas, tuvieron por necesaria la consagración al *rey de las tierras* de parte del clero de Nippur, lo que exponía la ciudad a un número indefinido de ocupaciones por parte de los varios pretendientes al título.

La primera personalidad sumeria históricamente documentada es el rey Mesilim, probable constructor del palacio real de Kish (hacia el 2600). Luego (entre el 2500 y el 2370) surgen las figuras de Lugalannemundu de Adab, que redujo a obediencia a 13 príncipes rebeldes; de Mesannepadda de Ur, que fundó la primera dinastía y de Ur-Nanshe de Lagash, también fundador de otra dinastía. Durante el reinado de un sucesor suyo, Entemena, se consumó la rotura con la casta sacerdotal y la separación entre templo y palacio. Fue notable también en Lagash la figura de Urukagina, el primer reformador social de la historia, que eliminó y castigó los abusos del clero ya corrompido, publicó ordenamientos para mejorar las condiciones de los más humildes contra la opresión de los funcionarios y promovió al mismo tiempo una política de obras públicas y de mejoras populares y dirigió la conquista de Nippur. Después de siete años Urukagina fue vencido por Lugalzaggesi de Umma, el eterno rival de Lagash. El conjunto de las conquistas de Lugalzaggesi (Uruk, Ur, Larsa, Nippur, Kish y, finalmente, los territorios sirios hasta el Mediterráneo) constituyó el mayor imperio jamás visto hasta la época. Pero Lugalzaggesi no logró transformar este conjunto de ciudad-estados en una unidad orgánica. Ninguna ciudad de Sumeria se resignó jamás a la pérdida de su soberanía para integrarse en un organismo político más vasto.

El imperio akadio (2370-2150)

Para poner en situación crítica el imperio de Lugalzaggesi, bastaron de hecho las fuerzas de una sola ciudad, Kish, donde un oscuro funcionario semita, *Sargón,* luego llamado *el Grande,* había usurpado el trono.

En aquel tiempo el elemento semita que, como hemos visto, ayudó probablemente a la penetración sumeria, era preponderante en gran parte de Mesopotamia. Originarios tal vez de Arabia o tal vez del Neguev, en los albores de la historia, los semitas se habían instalado en el Amurru, en

Siria, donde había tenido su inicios su penetración hacia Palestina y Mesopotamia.

Sargón supo aprovecharse de los ideales de los semitas, fanatizándolos con una hábil propaganda racial y con el señuelo de un rico botín. Con su ejército armado con armas ligeras, con arcos y jabalinas dio fácilmente cuenta de las fuerzas de Lugalzaggesi, dispuestas en falanges con armamento pesado y lanzas muy largas. Así, en poco tiempo, se encontró dueño de toda Sumeria y de la Alta Siria. El anciano Lugalzaggesi fue encerrado en una jaula y expuesto en Nippur ante el templo de Enlil donde había recibido la consagración como rey de las tierras.

Sargón fundó una nueva capital, Akkad y nada omitió para vencer los particularismos de las ciudades y dar una unidad política y religiosa a su imperio. Lo dividió en pequeños distritos que confió, generalmente, a sus parientes; unificó el calendario y las fiestas religiosas; hizo del akadio la lengua nacional; quiso administrar directamente la justicia para corregir los abusos locales, concentró, por primera vez en la historia de Sumeria, todos los poderes en su mano, proclamándose dios a sí mismo. Todo esto era la quintaesencia de lo que Sumeria había aborrecido siempre. La revuelta se extendió pronto en el país y tuvo en jaque a los sucesores de Sargón, que además tuvieron que enfrentarse con las invasiones y razzias de las poblaciones montañesas. El más poderoso de ellos, Naram-Sin, emprendió expediciones periódicas a Asiria para proteger las vías comerciales a través de las cuales llegaba a Mesopotamia el metal de Asia Menor. Pero ni siquiera la utilidad general de este comercio pudo frenar la anarquía reinante.

Los gutos (2150-2050)

Del debilitamiento y de la confusión general se aprovecharon los gutos, ruda tribu de las montañas del Kurdistán, que hacía tiempo presionaban en las fronteras, sufriendo a su vez la presión de los pueblos de la estepa.

Estos, aliados con los elamitas, invadieron la región de Akkad, instalando la capital en Arapkha y cometieron una serie interminable de devastaciones. El movimiento de rebelión partió de Uruk. El rey Utukhengal, que había recibido de Enlil la orden de «aniquilar hasta el nombre de Gutium», derrotó a los invasores (hacia el 2060) y recibió del clero el título de rey de Sumeria, mientras Urbaba de Lagash y Urnammu de Ur se reconocían vasallos suyos.

La III dinastía de Ur (2050-1955)

Fue el propio Urnammu, fundador de la III dinastía de Ur, quien le destronó siete años después. Durante el reinado de Urnammu es cuando Sumeria emite los últimos vivísimos resplandores de su civilización: se abre un floreciente período de paz, el tráfico vuelve a prosperar a lo largo de las vías comerciales que han vuelto a ser seguras y nuevas ciudades surgen sobre las antiguas ruinas. El reino de Ur, territorialmente bastante inferior a los de Lugalzaggesi y de Sargón, fue gobernado por reyes que, aun atribuyéndose honores divinos como los sargónidas, tuvieron, sin embargo, la delicadeza de respetar la religión popular. El tesoro de la Confederación sigue en Nippur y allá afluyen los tributos de las diversas ciudades y de los reyes vasallos. Se repite así, a escala mayor, la primitiva organización ciudadana, basada en la centralización de los recursos y en la teocracia. Pero dificultades de todo género contribuyen a minar el ya exhausto esplendor de Sumeria. En el interior, infiltraciones masivas de elementos semitas, que hallan apoyo en sus afines establecidos en Mesopotamia, tenidos como ciudadanos de segundo orden. En el exterior la presión de los elamitas y de los montañeses de los Zagros. Mientras tanto los amorreos presionan desde el oeste. La situación resulta agravada por el hecho de que los bárbaros se aprovechan de la complicidad del elemento semita (dueño de centros como Mari e Isin) y de otras ciudades exclusivamente preocupadas de sus intereses. Documentos hallados recientemente

prueban que Eshununa (la actual Tell Asmar) apoyaba los ataques de los amorreos contra las ciudades vecinas que, una vez debilitadas, eran luego fácil presa para ellos.

Fin de los sumerios

Ibbisin, quinto y último rey de Ur III, luchó durante 15 lustros; por fin, elamitas y amorreos invadieron a la vez el país. Ibbisin, vencido, fue deportado a Elam. En Larsa y en Isin comienzan a reinar dinastías semitas. Semitas serán también desde ahora los reyes de Ur. Lentamente el pueblo sumerio se disuelve y desaparece, víctima del tiempo, pero también de los propios errores, dejando a los nuevos señores una soberbia herencia, que sólo en parte sabrían aprovechar y hacer fructificar sus sucesores.

BABILONIOS Y ASIRIOS

La primera dinastía de Babilonia

la historia mesopotámica del segundo milenio se desarrolla en cierto modo al margen de las grandes revueltas del Oriente Medio. Los pueblos mesopotámicos rara vez nos aparecen como protagonistas y siempre por breves períodos a causa de las luchas internas y de los conflictos con los vecinos que hostigaban continuamente el país.

Hacia el año 2000, después de la caída de la III dinastía de Ur, los príncipes de Larsa e Isin se lanzan a la lucha por la supremacía, favoreciendo la penetración del país de Amurru por tribus semitas que fundan Babilonia (Babel o puerta de Dios), a orillas del Eúfrates en la zona septentrional de la Baja Mesopotamia y se establecen en el territorio circundante. Vasallos, en un principio, pronto se hacen independientes y hacia el 1815 Sumu-Abum funda la I dinastía babilonia, llamada amorrita o amorrea, de la que debía salir, unos ochenta años más tarde, la gran figura de Hammurabi (1730-1670). Este rey es la única persona que

se impone a nuestra atención en todo este segundo milenio. Como pocos grandes personajes de la historia aunaba el genio militar y el político. El primero le sirvió para derrotar en poco tiempo a los príncipes rivales de Ashunna, Qatna, Yamkhad (Alepo), Mari, Larsa y para volver inofensivos a los asirios (cuyo rey era Yashmak-Adad); el segundo (su genio político) le sirvió para organizar el nuevo estado con criterios en los que fundía sabiamente novedad y tradición. La originalidad estaba ante todo en el espíritu por el cual Hammurabi ejercía el poder: según sus propias declaraciones, de las que no tenemos motivos para dudar, gobernaba para asegurar la paz, la justicia, para «satisfacer la carne» de sus súbditos, es decir, para procurarles el bienestar material y para impedir que el poderoso abusase del más débil. Esto, en la práctica, significaba renunciar al apoyo de la clase hegemónica y a la explotación de las clases inferiores. De este espíritu nuevo procede todo lo que encontramos de original en su famoso Código.

Para realizar este programa de gobierno Hammurabi debía necesariamente centralizar todo el poder en sus propias manos, ser la fuente viva de toda autoridad política y religiosa. Otra vez el rey se hace dios en Mesopotamia. Se rodea de hombres de confianza a los que encomienda el cometido de gobernar las provincias, ateniéndose estrictamente a sus directrices; se les obliga a dar frecuentes y detalladas cuentas sobre su modo de gobernar y se les envían frecuentes inspecciones por parte de funcionarios regios, lo que deja muy poco a su arbitrio. Como se ve, es un sistema que copia las líneas generales del egipcio y precede en dos milenios y medio al carolingio. Los archivos de Larsa y de Mari nos han conservado un número enorme de tablillas que contienen la correspondencia del soberano con estos representantes provinciales. Por el contrario, a las administraciones locales se permitía cierta autonomía: en cada ciudad la máxima autoridad era una especie de alcalde elegido por los más honorables del pueblo. Junto a estas novedades sobrevivían los órganos tradicionales: un nutrido ejército de

funcionarios proveía a la exacción de los impuestos y aduanas, al almacenamiento de las cosechas, al control de las ganancias de los templos, a la administración de la justicia, a las obras públicas, etc. Todas las actividades estaban reguladas por normas de ley y era como si se realizasen bajo la mirada vigilante del soberano. Los benéficos efectos no tardaron en dejarse sentir en todos los estratos sociales: el mismo palacio daba en fianza a los agricultores ganado de labor y de pasto, aperos y tierras; también el comercio había recibido las atenciones del legislador y se desarrollaba gracias a la extensión del bienestar general y a la seguridad del tráfico: un comercio que no estaba ya dirigido con métodos primitivos sino con sistemas avanzadísimos, como el contrato escrito y el préstamo a interés, concedidos por auténticos bancos de los que las empresas comerciales recibían financiaciones a largo plazo para empresas de gran alcance.

Que este esplendor fue obra de la gran personalidad del soberano más que fruto del sistema se vio pronto al morir Hammurabi. Su sucesor Samsu-Iluna (1670-1630) tuvo que rechazar primero una irrupción de los casitas (batalla de Kish, 1655), una tribu irania que hacía más de un siglo se había establecido en el Zagros, y luego tuvo que reprimir una sublevación general. Pero no consiguió restablecer la autoridad de los amorreos en Sumeria, donde Ilima-Ilum fundó una dinastía (la II), llamada «País del Mar» porque la guerrilla de los rebeldes tenía como base los pantanos costeros de Caldea. Poco después, el casita Agum I se establece en la llanura. Sigue un período de revueltas que nos es poco conocido, al fin del cual (1515) el hitita Mursil I conquista Babilonia y la saquea. De este hecho se aprovechan los casitas para instaurar una dominación que durará tres siglos y medio (1515-1160) pero sin intervenir nunca decisivamente en las vicisitudes del Oriente Medio. Entre 1250 y 1150 las vicisitudes de Asur y Babilonia se hallan estrechamente relacionadas: la caída de los hititas por obra de los moscos de Frigia favorece la subida de los asirios. Una vez sin antagonistas, el asirio Tukulti-Ninurta I (1240-1210) conquista Babilonia.

Atacado a su vez por los moscos es vencido y al fin muerto durante una sublevación provocada por su hijo Assur-Nadim-Apli. Ahora son los babilonios quienes invaden Asur. Pero en 1160 Babilonia es conquistada y saqueada por los elamitas. Asiria es liberada mientras los casitas ocupan definitivamente las montañas.

Una breve época de esplendor llega ahora a Babilonia bajo Nabucodonosor I (1140). Asur por el contrario atraviesa un nuevo período de crisis del que saldrá con Tiglat Pileser I.

El reino antiguo asirio

En torno al año 2000 los asirios, en parte semitas y en parte herederos de las culturas locales, se establecieron en la zona del Alto Tigris y del Gran Zab, con florecientes colonias comerciales en Capadocia (Kanesh). Asur su dios supremo da el nombre al país y a la capital. Desde su primera aparición la nación asiria se presenta con carácter rabiosamente imperialista y agresivo, a la base del cual están un rígido absolutismo y un despiadado militarismo. Vasallos de Ur al tiempo de la III dinastía, los asirios se aprovechan de la anarquía posterior para independizarse y someter a Akkad. Pero el joven reino queda aprisionado entre el expansionismo babilonio y el hitita (hacia el 1800 se pierde el control comercial de Capadocia). Después de un corto período de poder bajo Samsi-Adad (1750) cuyo imperio toca el Mediterráneo y comprende los montes septentrionales y la Mesopotamia hasta Mari, su hijo Yashmak-Adad (1700) se hace vasallo de Hammurabi. Las vicisitudes que siguieron son poco conocidas: turbulencias internas provocan el fin de la dinastía de Samsi-Adad; en el exterior el hecho más notable es el fortalecimiento de Mitanni, cuyo vasallo es Asur en la época de Shaushatar (1450).

El reino medio asirio

Hacia el 1400 comienza su renacimiento. Para liberarse del yugo mitánico, Eriba-Adad se alía con los hititas. El mitano Tushratta es derrotado y Asur liberado (1350), inicia una política de expansión en perjuicio de los casitas, a los que arrebata las provincias septentrionales (1280). Una decena de años más tarde Salmanasar I (1275-1245) invade el mismo Mitanni, desatando el temor de los hititas que se alían con los egipcios. En este período se traslada la capital a Kalakh (Nimrud). En Asur, sin embargo, continúa la capitalidad religiosa. De las vicisitudes posteriores entre 1250 y 1150 hemos hablado ya anteriormente.

El reino neoasirio

La crisis que azotó a Asur después de la breve dominación casita era consecuencia más de intrigas que de una real debilidad de la estructura estatal que había quedado sustancialmente fuerte. La solidez del estado asirio residía en la misma elementalidad de sus estructuras, por cuanto todos los recursos económicos estaban centralizados en las mismas manos que detentaban el poder económico y religioso. Esto hacía de Asur un bloque monolítico, un organismo immediatamente pronto a ponerse en movimiento. El verdadero dueño del estado era el dios de Asur (como Marduk lo era de Babilonia). El guiaba los ejércitos en guerra, en forma de sol alado y tenía derecho a una parte del botín. El rey, su vicario en la tierra, recibía consejo de él y a él solo rendía cuentas. Estaba investido de una autoridad también religiosa, era rey por derecho divino (una fórmula destinada a tener gran fortuna a través de la historia). Sus decisiones eran sagradas porque eran las del dios y la desobediencia era por lo tanto inconcebible. Esto nos ayuda a comprender la inhumanidad de las penas inflingidas al que osaba rebelarse: son conocidas las matanzas de Assurnazirpal II y de Tiglat Pileser III. A los rebeldes se les empalaba, se les quitaba la

piel, se les pasaba por las armas en masa, se les deportaba o se les empleaba en obras públicas y en la construcción de los inmensos palacios reales. Por lo demás no había clemencia ni para los asirios. Las penas establecidas, aun para los delitos comunes eran cruelísimas: al reo se le cortaban las orejas, o los dedos, o el labio inferior, o se le sumergía el rostro en asfalto hirviendo. Una sola falta era suficiente para marcarle para toda la vida con una mutilación permanente. También el código de Hammurabi preveía penas severísimas, pero por lo menos estaban acompañadas de las normas más civilizadas del código, dictadas por un legislador preocupado por el bienestar de su pueblo. Esta preocupación es completamente extraña al absolutismo asirio: el soberano no da un solo paso para acercarse al pueblo, ni por comprender o satisfacer sus exigencias. De su palacio real, donde vive aislado e inaccesible, no salen más que órdenes.

Asur es esencialmente un dios guerrero y la nobleza asiria, en su ciega convicción de ser un instrumento de la voluntad divina, dedica a la guerra todos sus recursos y todas sus energías. La guerra se convierte en una ciencia. El ejército está compuesto por soldados profesionales y por mercenarios extranjeros al mando de oficiales pertenecientes a la nobleza. El armamento se va perfeccionando continuamente, sobre todo después del traslado a Asur de los artesanos hititas. Al principio las fuerzas de choque están representadas, lo mismo que entre los hititas y los mitanos, por grupos de tropas montadas sobre carros ligeros rodeados de soldados de a pie defendidos con yelmo y coraza. Un cuerpo selecto de ingenieros acompaña a las máquinas de asedio. Con Assurnazirpal II aparece la caballería, ciertamente traída por los pueblos de la estepa. La superioridad de esta nueva arma basada en la rapidez de maniobra otorga a los asirios un largo período de imbatibilidad, a la que contribuyen también las innovaciones de Salmanasar III en las fortificaciones (doble fila de muros con torres a intervalos regulares).

Pero la despiadada represión y el continuo perfeccionamiento de la máquina de guerra estaban bien lejos de

asegurar a Asur una supremacía imperturbada. Tanto es así que, mientras inicialmente sólo se imponía a los vencidos un simple tributo y un juramento de obediencia, con Tiglat Pileser III se comenzó a sustituir a los jefes locales por gobernadores asirios. Los anales reales anotan entre los vencidos siempre a los mismos pueblos, signo de que la sumisión jamás era definitiva. Cada primavera el ejército partía a alguna expedición de castigo y a cualquier dificultad interna sucedía una sublevación general. De hecho la violencia asiria no obtenía otro resultado que el de abrir una espiral insidiosa y desgastadora: a la violencia respondía la rebelión, a la rebelión otra violencia, a ésta otra rebelión y así sucesivamente sin posibilidad de salida. Bien mirado, el imperialismo asirio tenía una precisa razón de ser: Asiria era una nación interior destinada a quedar económicamente sofocada si no aseguraba las vías comerciales y las desembocaduras al Mediterráneo y al Golfo Pérsico. Respecto a Zagros y Urartu, de hecho, los soberanos del reino nuevo se contentaron con realizar obras de defensa y contención. Con mayor razón deberían haberse esforzado en sacar provecho de sus victorias con una política de clemencia de largo alcance para transformar a los vencidos en colaboradores. Pero, por el contrrio, se mostraron tan inhábiles en el arte de la paz cuanto eran hábiles en el de la guerra.

Por lo demás las otras manifestaciones de la espiritualidad asiria son tristes, rudas y sin gracia. La cultura asiria era heredera de la mesopotámica, que siempre había sido utilitarista, atenta a la solución de problemas concretos, como convenía a una cultura nacida en enormes dificultades materiales.

Las vicisitudes del reino neo-asirio se reducen así a una serie de guerras expansionistas, de represiones y de conflictos internos con la otra gran metrópoli del imperio, Babilonia, cuyas tendencias separatistas eran alimentadas por una nobleza que no se resignaba al rango de comparsa. La primera figura de relieve es la de Tiglat Pileser I (hacia 1115-1075) que con una serie de victoriosas campa-

ñas contra Urartu, los reinos sirio-hititas, Biblos, Sidón y Babilonia, se aseguró el control de las vías comerciales de Anatolia, del Mediterráneo y del Golfo Pérsico. Durante su reino la capital fue trasladada a Nínive. Sus sucesores se encontraron en dificultades por la sublevación de los arameos y obligados a defender el territorio nacional. Con Assurnazirpal II (883-859) que luchó contra todos los pueblos colindantes, los asirios estaban ya en plena decadencia, decadencia que continuó con Salmanasar III (858-824), quien venció en Qarqar en el Orontes (853) a una fuerte coalición dirigida por Damasco y a la que se habían adherido algunas ciudades de Cilicia y de Fenicia y el rey Ajab de Israel; obtuvo también algún resultado contra Aram, rey de Urartu, y contra los medos y los persas, a quienes se menciona por primera vez en la historia de sus anales (835). Contra los medos tuvo también algún éxito su hijo Shamsi-Adad V (823-811), aliándose con Babilonia. Este breve paréntesis de colaboración entre los dos estados tradicionalmente rivales continuó después durante la regencia de la reina Shammuramat, la legendaria Semíramis de los griegos (810-806), que adornó a Babilonia con espléndidos monumentos y aseguró al reino una próspera paz. Pero cuando su hijo Adad-Nirari III (810-782) asumió el poder se vio obligado a emprender las acostumbradas series de guerras: contra Babilonia; los medos; Urartu y una coalición siropalestinense, capitaneada por Damasco y el reino de Israel.

De sus tres sucesores, todos ellos hijos suyos, sabemos muy poco. Más conocido es su sobrino Tiglat Pileser III (745-727), que venció a Sardur II de Urartu, conquistó Siria (723), recibió la obediencia de Tiro y Sidón y por fin se apoderó de Babilonia, donde reinó con el nombre de Pulu (729). Con el nombre de Ululai reinó en Babilonia su hijo Salmanasar V (726-723), que sometió a Tiro y luchó contra Israel. Mientras asediaba la capital, Samaria, fue asesinado, al parecer por discrepancias surgidas con la clase sacerdotal: es éste uno de los pocos episodios de la historia asiria en que aparecen disidencias entre el clero y la corona.

Le sucedió un soldado de profesión, Sargón II (*Sharrukin* = soberano justo), fundador de una nueva dinastía, quien reinó hasta el 705. Su primer acto de gobierno fue renovar los privilegios del clero y de la nobleza, fortaleciendo así su propio poder personal. Luego emprendió inmediatamente la política expansionista. Sin hacer caso de la consabida revuelta de Babilonia se volvió contra Urartu y luego contra los reinos siro-hititas y los redujo a obediencia. Luego una victoria contra Israel a la cual siguió una deportación masiva (722) provocó la reacción del faraón que fue vencido en Rafia. Sargón dirigió también otras victoriosas campañas contra los medos y contra pueblos de Asia Menor, hasta Chipre y Cícico, colonia griega donde hizo erigir una estela triunfal, casi como una advertencia para los griegos.

Por fin se volvió contra Babilonia y la sometió en el 710. Su hijo Senaquerib (704-681) estuvo sobre todo ocupado por el problema de la convivencia entre Nínive y Babilonia, cuyos príncipes se apoyaban ahora en los elamitas. Primero siguió una política conciliante, aun después de haber sometido a los elamitas; pero mientras estaba ocupado en asediar en Jerusalén a Ezequías, rey de Judá, en Babilonia se desencadenó la rebelión (701).

Entonces Senaquerib marchó contra la ciudad y la destruyó. Intentó luego volver a una política de paz enviando a gobernar Babilonia a su propio hijo Asarhaddon, notoriamente filobabilonio: era hijo de una princesa babilonia y casado el mismo con una babilonia. Esto provocó en Nínive la formación de un fuerte partido contrario a su sucesión y una revuelta en la que fue asesinado Senaquerib. Así, en el momento de tomar el poder Asarhaddon (680-669) tuvo que pacificar el país, presa de la guerra civil. Una vez vencidos los hermanos sostenidos por Nínive emprendió la reconstrucción de Babilonia. Primero rechazó a los cimerios (678) y luego a los escitas que habían sido, según parece, sus aliados contra los cimerios. Entre el 677 y el 671 sometió a Sidón y Fenicia, apoyadas por Egipto, donde reinaba Taharqa, ocupó el delta y

conquistó Menfis. Murió poco después dividiendo el reino entre Shamash-shur-ukin, al cual le correspondió Babilonia y Assurbanipal (668-626), que obtuvo Asur.

Este último prosiguió la conquista de Egipto hasta Tebas, pero una revolución surgida en Elam y las nuevas turbulencias de los arameos y akadios, fomentadas por su hermano, así como el peligro de una nueva invasión de los cimerios, le decidieron a resolver precipitadamente el problema egipcio y volver a su país. Vencido el hermano, Asurbanipal marchó contra Elam, destruyó su capital, Susa, y mandó esparcir sal en su territorio para que no volviese a fructificar.

El gobierno de Asurbanipal (el Sardanápalo de los griegos) está considerado como el más espléndido de toda la historia de Asiria. La milenaria cultura mesopotámica logró en este período la completa madurez: las letras y las ciencias alcanzaron su cima, como lo testimonian los millares y millares de tablillas que Asurbanipal hizo recoger de todos los rincones del imperio y que han sido descubiertas en la biblioteca de Nínive.

El reino neobabilonio

Mientras tanto en Oriente los medos estaban llegando al rango de gran potencia. A la muerte de Asurbanipal, la consabida rebelión general halló pábulo en la alianza entre el medo Ciaxares y el general caldeo Nabopolassar (625-604), que fundó en Babilonia una nueva dinastía (la XI), llamada neobabilonia. La resistencia asiria fue encarnizada: Asur no cayó hasta el 614, Nínive hasta el 612 y el último rey asirio, Assurballit II resistió en Harram hasta el 608.

El reparto del imperio asirio entre los dos vencedores se realizó sin problemas. Ciaxares obtuvo Asur y Urartu, así como el control de las vías comerciales de Asia Menor. Nabopolassar recibió Caldea, Elam, Siria, Palestina y las desembocaduras sobre el Mediterráneo y el Golfo Pérsico,

pero tuvo que hacer frente inmediatamente a la amenaza egipcia: aprovechándose de las dificultades internas de Babilonia, Necao II había avanzado hasta el Eúfrates y había hecho tributarios suyos al rey de Judá, al de Palestina y a los príncipes sirios. Nabopolassar envió a su encuentro a su hijo Nabucodonosor II (603-562), que le derrotó en Karkemish y le obligó a volver a Egipto. Nabucodonosor II sucedió a su padre, toma Jerusalén, depuso a Joaquín de Judá, lo deportó a Babilonia (597) y puso en el trono de Judá a Sedecías. Este le hizo acto de sumisión, pero enseguida comenzó a luchar contra él, aliándose con Egipto y con algunas ciudades de Fenicia. La reacción de Nabucodonosor fue violentísima: Jerusalén fue destruida (587) y un gran número de hebreos fue deportado a Babilonia. En el 573, después de un asedio de trece años, también Tiro reconocía la soberanía de Babilonia.

El reino de Nabucodonosor trajo un nuevo período de esplendor a Babilonia, cuya reconstrucción, ya iniciada por Nabopolassar se llevó a término. A la tranquilidad interna se juntaba una pacífica situación internacional, fruto de la habilidad diplomática de Nabucodonosor, que había sabido crear un sistema de equilibrio entre las grandes potencias con oportunas iniciativas diplomáticas y con una adecuada política matrimonial (por ejemplo, había tomado como esposa una hija de Ciaxares). Pero a su muerte, las intrigas de la corte aceleraron la decadencia del reino.

Su hijo, Awil Marduk (562-560) fue depuesto por Neriglissar (560-556), a quien los sacerdotes de Marduk, insatisfechos en sus demandas, sustituyeron por Nabonedo (556-539), un hombre culto, hijo de una sacerdotisa. Mientras tanto el persa Ciro II había sometido a los medos y destronado al rey de Lidia, Creso (546), y se había unido a Nabonedo con un pacto de alianza. Una vez completo el cerco de Babilonia, Ciro le dio el golpe mortal: Baltasar, el hijo de Nabonedo, fue derrotado en Opis y muerto (539). Nabonedo fue depuesto y enviado, a lo que parece, a

gobernar una provincia inferior. Ciro II prestó homenaje a los dioses de Babilonia y ganada la clase sacerdotal con algunas concesiones, fue coronado por los sacerdotes de Marduk. Así terminó la historia de la nación babilonia.

LA CIVILIZACION MESOPOTAMICA

La estructura económico-social

A pesar de las diferencias existentes entre los varios pueblos que en las diversas épocas tuvieron la hegemonía en Mesopotamia, cabe hablar de una civilización mesopotámica suficientemente coherente, con rasgos muy característicos. En contraposición a las civilizaciones egipcia y persa, que son civilizaciones de imperios unitarios, en Mesopotamia la unidad política no es premisa del desarrollo de la civilización que floreció con homogeneidad en las diferentes ciudades-estado, con frecuencia hostiles entre sí.

Desde el punto de vista económico los dos grandes ríos, Tigris y Eúfrates, fueron el elemento básico de la vida del país, pero con modalidades muy distintas de las del Nilo en Egipto. El régimen de crecidas del Tigris y el Eúfrates no tenía la periodicidad y regularidad de las del Nilo. Con frecuencia eran repentinas y catastróficas. En lugar de aportar limo fértil, podían recubrir los campos de arena y piedras y con frecuencia destruían las obras de irrigación y drenaje paciente y trabajosamente construidas.

La base de la vida económica la constituían el cultivo de cereales, hortalizas y frutales, en las zonas de regadío y el pastoreo en las zonas esteparias. Dentro de la vida económica de la ciudad-estado, el palacio real constituía un elemento básico. En él, además del rey y su familia, vivían multitud de personas, siervos, artesanos, administradores, artistas, escribas, empleados, agricultores, pastores, etc. Algo parecido ocurría con los templos, en los

que además de los sacerdotes propiamente dichos había escribas, artesanos y artistas, que aprendían técnicas que sólo podían practicarse en el templo. Los templos tenían grandes propiedades, de cuyas rentas vivía el personal adscrito.

Dentro de la población se distinguían tres categorías: los libres, los semilibres y los esclavos, generalmente de origen (al menos remoto) extranjero.

La propiedad rústica estaba muy dividida, pero existía una fuerte cooperación de todos, dirigida por el poder público, para la construcción y reparación de canales de riego y para la utilización del agua. En las zonas regadas la fertilidad era extraordinaria y se cultivaban cereales, hortalizas y palmeras. En las montañas, en cambio, la agricultura era pobre, mientras que la caza proporcionaba importantes ingresos. En las llanuras semidesérticas había numerosos ganaderos nómadas con sus cabras, corderos y camellos. La riqueza minera fue escasa.

La situación geográfica de Mesopotamia hizo que se desarrollase abundantemente el comercio interior y exterior con la práctica del préstamo a interés, depósito, prenda, fianza, arrendamiento, sociedad, comisión, corretaje, etc.

Antes de descubrir la moneda en las transacciones comerciales se utilizaban como unidades de pago las medidas de cebada y los trozos de metal todavía sin acuñar.

Organización política

El poder del rey sobre sus súbditos era absoluto y se extendía a todos los campos de la vida colectiva. El rey era, por naturaleza, jefe del ejército, que en determinados momentos de la historia de Mesopotamia constituía un instrumento de poder extraordinariamente fuerte. Los sumerios fueron los primeros en utilizar, entre los siglos

IX y VII a.C., los carros de guerra tirados por dos caballos y montados por tres guerreros (conductor, tirador y protector) y la caballería acorazada, en la que el caballo llevaba un arnés protector y el guerrero una coraza constituida de escamas metálicas. Tenían también una poderosa infantería pesada, con coraza y escudo y una infantería ligera de extremada agilidad de movimiento. Durante mucho tiempo este ejército fue invencible, hasta que aparecieron en Mesopotamia otros pueblos procedentes de las estepas, con jinetes ligeros más hábiles, que acababan agotando, con su rapidez de movimientos, al ejército acorazado sumerio.

La escritura cuneiforme

En Mesopotamia los sumerios comenzaron a utilizar la escritura a comienzos o mediados del IV milenio a.C. Se escribía sobre arcilla, en la que con un estilete de caña con sección triangular se hacían incisiones que tenían forma triangular de cuña por lo que este tipo de escritura se llamó cuneiforme. Originariamente se representaban los objetos materiales. Sin embargo, desde muy pronto la técnica seguida para hacer estas representaciones, mediante incisiones sueltas, llevó a que las representaciones se estilizasen y dejaran de evocar de manera intuitiva la forma del objeto o acción representada. Los signos dejaron de ser representaciones intuitivas de las cosas y pasaron a ser signos de palabras. Pero dada la insuficiencia de los signos existentes para representar todas las palabras en uso se utilizaron diversos sistemas suplementarios: adición de nuevos rasgos, que añadidos a un signo le daban una nueva acepción; yuxtaposición de dos signos existentes para expresar un concepto relacionado con ambos (por ejemplo, pájaro + huevo = dar a luz); adición de signos determinativos del género, número, etc.

Los akadios al obtener la hegemonía en Mesopotamia conservaron la lengua y escritura sumeria como sagradas

y utilizaron un sistema cuneiforme análogo al sumerio para escribir su propia lengua. En ambas lenguas la aparición de la escritura y la formación marcadamente conservadora de los escribas contribuyó a la fijación de los idiomas y a frenar su evolución. A mediados del segundo milenio el akadio fue lengua internacional en el Oriente Próximo, como lo prueban las más de 350 cartas escritas en akadio y halladas en las tabletas de arcilla descubiertas en Tell-el-Amarna (Alto Egipto), que constituían la correspondencia oficial de los faraones con los reyes de Babilonia, Asiria, Mitanni, Hititas, etc.

El arameo

Al lado de las dos lenguas mesopotámicas arcaizantes (sumerio y akadio) se desarrolló, con gran vigor, en el primer milenio a.C. la lengua aramea, hablada inicialmente por tribus semitas que se habían extendido por todo el Oriente Próximo y destacabn por sus actividades comerciales. La lengua era relativamente sencilla con un sistema de escritura alfabético tomado de los fenicios, mucho más sencillo que los cuneiformes. El arameo se hizo una especie de lengua común de todo el Oriente Próximo hasta el punto de que en las cancillerías reales de Mesopotamia a partir del siglo VIII a.C. los documentos redactados en akadio iban acompañados de un resumen en arameo y existían dos tipos de escribas: los que escribían sobre tabletas de arcilla en akadio cuneiforme y los que escribían sobre pergamino y luego sobre papiro en arameo. La destrucción, por factores ambientales, de los documentos escritos sobre pergamino y sobre papiro ha dado lugar a que para el estudio del arameo no exista una base documental comparable a la conservada para las lenguas de escritura cuneiforme, conservada en miles de tabletas. El arameo fue la lengua más extendida en el imperio persa y se desarrolló por todo el Próximo Oriente a nivel popular, junto a las lenguas autóctonas, con las que con frecuencia se contaminó, dando lugar a múltiples dialectos.

Las creencias

A pesar de que en Mesopotamia la hegemonía fue sucesivamente ejercida por diversos pueblos de lenguas y origen diferentes, la religión conservó siempre los rasgos fundamentales que desde el principio le imprimieron los sumerios. En la religiosidad mesopotámica jugaba, sobre todo al principio, un importante papel la creencia en la otra vida, por lo que los cadáveres se enterraban con un ajuar adecuado, más o menos rico y unas provisiones más o menos copiosas, según el rango económico-social del difunto. Así ocurre en las numerosas tumbas de hacia el año 3000 a.C. encontradas en las excavaciones de la antigua Ur. Más tarde se fue atenuando el realismo en la concepción de la vida de ultratumba y los grandes poemas mesopotámicos presentan el mundo de los muertos como un mundo de sombras donde se lleva una existencia fantasmal, poco atractiva, sin ninguna perspectiva de esperanza.

Respecto a los dioses la actitud del hombre mesopotámico es de plena sumisión: los dioses son la divinización de las grandes fuerzas naturales (el fuego, el rayo, el huracán, los ríos, los montes, la vegetación, etc.) ante las que no cabe otra actitud que doblegarse humildemente. Cada ciudad tenía su dios, pudiendo ocurrir que un mismo dios fuese venerado en varias ciudades. Entre esas divinidades destacaron Enki, Sin, Ann, Ishtar, Nergal, Enlil, Shamash, Utu, Inana, Nana y Marduk.

En cada ciudad mesopotámica se daba culto a diversas divinidades, pero había siempre una que tenía la primacía sobre las demás. Esa divinidad tenía el templo más rico y era considerada como la divinidad protectora de la ciudad. El rey de la ciudad era su representante y su sumo sacerdote, sin que la persona del rey quedase considerada como divina o identificada con la divinidad.

En la vida religiosa de las ciudades de Mesopotamia jugó un papel muy importante la magia. Las creencias populares veían el mundo lleno de genios malignos cau-

santes de enfermedades, plagas, sequías, y otras desgracias. Contra ellas se invocaba la protección de los dioses y se recurría a procedimientos mágicos, sortilegios, ritos purificatorios, salmodias, exorcismos, etc., sumamente extendidos. Estrechamente vinculada a la magia estuvo la práctica de la mántica o predicción del futuro, por procedimientos variados: observación del vuelo de las aves, de las entrañas de los animales sacrificados, de la posición y conjunción de los astros, etc. Los dos últimos procedimientos contribuyeron a un notable avance de la anatomía y de la astronomía en la civilización mesopotámica.

La literatura

En la producción escrita de Mesopotamia hay numerosas obras de carácter religioso (invocaciones, fórmulas, normas de observación del futuro, etc.), histórico (crónicas, anales, relatos, etc.), epistolar, documental (contratos, cartas, etc.), científico, jurídico y literario. En el campo científico los sumerios fueron los introductores del sistema sexagesimal, con el círculo dividido en 60 grados y el día en 24 horas de 60 minutos y éstos de 60 segundos.

Entre las obras de carácter jurídico destacan los códigos, sobre todo el de Hammurabi, cuyo texto en lengua akadia se conserva en una estela de basalto negro en cuya parte superior aparece la imagen del rey ante el dios Shamash. El código recoge una serie de disposiciones que regulan los aspectos sociales y económicos de la vida y constituyen una fuente inapreciable para conocer la situación de las clases sociales, la regulación jurídica de la propiedad inmobiliaria, de la irrigación, de los incipientes contratos bancarios, etc.

En literatura, propiamente tal, Mesopotamia produjo importantes poemas épicos de gran altura, entre los que destaca como el más representativo el Poema de Gilgamesh, que recoge el mito de un rey sumerio semilegendario que dio lugar a numerosos poemas en sumerio y más

tarde fue redactado en akadio en 12 cantos. Gilgamesh, el ambicioso rey y Enkidu, un ser salvaje y fuerte, que los dioses hacen nacer en el desierto, se reunen para emprender grandiosas proezas y vencen toda suerte de gigantes y monstruos. Con ello se engrandecen desmesuradamente e incurren en la ira de los dioses. Enkidu muere en brazos de su amigo, que con ello cobra conciencia de la fragilidad de la vida y recorre el mundo en busca de la fuente de la vida eterna, hasta conocer a Utanapishtin, el único sobreviviente del diluvio universal, al que los dioses le han concedido el privilegio de la inmortalidad. Vuelto sin lograr nada a su ciudad, Uruk, Gilgamesh se prepara resignadamente a su destino y el alma de su amigo, Enkidu, le revela al fin del poema el género de vida del más allá. El poema fue objeto de retoques posteriores.

Además del Poema de Gilgamesh la literatura mesopotámica recogió en poemas y otros escritos una serie de temas cosmogónicos, antropológicos y teológicos, como son el mito de Atrahasis sobre el diluvio, el poema de la creación, el de Anzu, el del descenso de Ishtar a los infiernos, etc. Son también importantes los poemas de fondo moral, que tratan los temas del justo que sufre, de la trascendencia e incomprensibilidad de las decisiones divinas, de la ética en la vida práctica, con un marcado dejo pesimista.

El arte mesopotámico

En Mesopotamia tuvo un gran desarrollo la arquitectura. En primer lugar con la finalidad funcional de defender las ciudades con murallas de ladrillo sobre sólido basamento de piedra. Las dimensiones podían ser gigantescas, como en el caso del muro de Sargón (Dur Sharrukin, junto a la actual Khorsabad), con un muro de ladrillo de unos 7 km. de longitud, más de 20 m. de altura y otros tantos de espesor; o en la muralla de Babilonia, de unos 18 Km. de longitud, con doble muro y numerosas torres de refuerzo.

Se construyeron también ciudadelas, acueductos, canales, templos y palacios.

Como el material empleado era el ladrillo para dar solidez a las construcciones había que seguir una técnica que da su peculiar carácter a la arquitectura mesopotámica. En primer lugar había que situar los grandes edificios sobre gigantescas plataformas, con frecuencia artificiales, inaccesibles a la crecida de las aguas. Para asegurar la solidez se reducían al mínimo las ventanas y se escalonaba el espesor de las paredes. La ventilación se hacía por las puertas y se facilitaba aumentando el número de patios interiores. Como en el país era muy escasa y cara la madera se empleó la bóveda, la cúpula y el arco en las pequeñas construcciones. Esta técnica no ofrecía suficiente solidez para la techumbre de las grandes construcciones, donde se empleaban las grandes vigas de madera traídas de muy lejos: en gran parte del Líbano, por la vía fluvial del Eúfrates.

Los templos fueron sólidos edificios con multitud de dependencias. Se ha discutido si tuvieron carácter de construcciones sagradas los *zigurats* o torres escalonadas de siete pisos, consistentes en varias plataformas superpuestas, de superficie cada vez menor. Entre los restos conservados hay algún zigurat de unos 90 m. de ancho y largo en la base y también unos 90 m. de altura en la plataforma superior.

Los palacios fueron amplios complejos donde además de la morada del rey y los salones reales había multitud de dependencias: archivos, oficinas, talleres, depósitos, caballerizas, cocinas y viviendas que daban a un inmenso patio amurallado. En un extremo se encontraba el palacio propiamente tal, con la morada del rey, con salones, baños y multitud de patios y las dependencias de la administración central. El ladrillo en estos edificios se recubría o bien de frescos pintados o de piedra esculpida.

La escultura no fue un mero elemento decorativo de la arquitectura. En las representaciones humanas no intere-

saba tanto la reproducción naturalista de los rasgos, sino que se acentuaban determinados rasgos: la cabeza llena de vida, el vestido con gran detalle (y con ausencia casi total del desnudo), los brazos poco expresivos. Las dimensiones eran relativamente reducidas, debidas en parte a que los materiales empleados no permitían el colosalismo. Además de las representaciones humanas abundaron las de seres mitológicos: toros con cabeza humana, animales varios (carneros, toros, leones, etc.), que simbolizan divinidades, etc. Particular importancia tuvieron los bajorrelieves con que se decoraron con profusión y maestría las grandes construcciones. La viveza y detalles con que en ellos se reproducen las escenas y tipos más variados han contribuido poderosamente a dar a conocer las condiciones de vida, la técnica, las costumbres y aun las creencias y mitos de Mesopotamia.

III. EGIPTO

Para comienzos de junio el Nilo está ya en estiaje. El campesino mira aquel hilo casi estancado de agua que se pierde en millas y millas hacia el sur, entre las dunas de arena. Luego día a día está esperando el milagro. Si el milagro no se repitiera significaría su ruina: el desierto le devoraría campos y pastos. El campesino no puede hacer otra cosa que rezar, prometer dones a los dioses y esperar. Una mañana una estrella brilla con gran lucidez en el cielo: es la estrella de Sothis, la mensajera de Isis, la diosa de la vida. Las aguas comienzan a subir. En todo el valle la alegría no tiene freno.

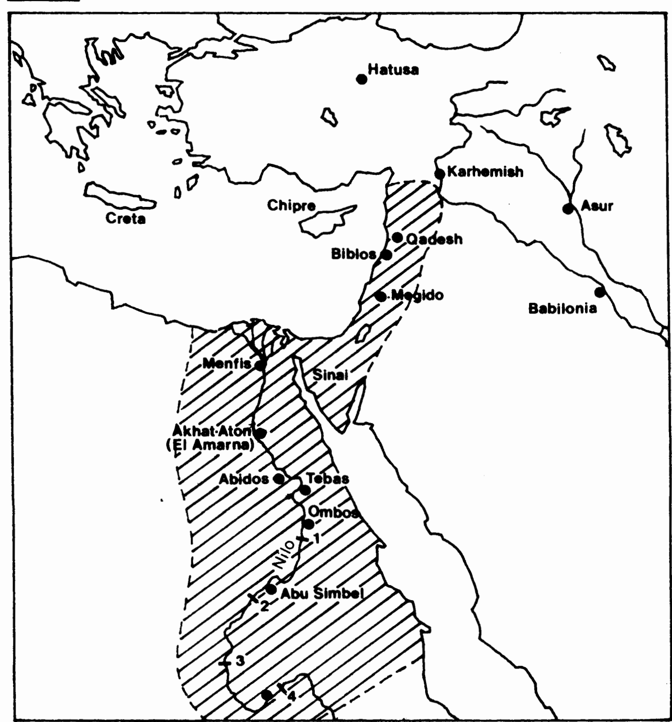
«Nuestra tierra, decían los antiguos sacerdotes de Egipto, es un don del Nilo». Una definición poética, pero a la vez científicamente exacta. Sin las crecidas del Nilo, de hecho, Egipto sólo sería un desierto, y lo es en parte, exceptuando el estrecho y larguísimo oasis que es la cuenca del río, nunca más ancho que veinte kilómetros y que sólo al final se abre en abanico en las «tierras negras» del delta, depósitos milenarios, a veces con una profundidad de hasta treinta metros.

PERIODO PREDINASTICO

El afortunado valle del Nilo fue ciertamente un irresistible reclamo para las poblaciones saharianas dedicadas a la caza y al pastoreo cuando su ambiente comenzó a aridificarse: allí abundaba la caza, cañas para construir casas, pastos, frutos silvestres. Sobre todo bastaba sem-

brar la cebada y el trigo sobre el limo y apretarlo un poco con el pie para asegurarse una buena cosecha de cereales. Así comenzó a dirigirse hacia Egipto una corriente migratoria cada vez más intensa. Inadvertidamente estas tribus pasaron de una economía nómada a una economía sedentaria, ya por la necesidad de esperar a que madurara la cosecha, ya porque el limo depositado por las crecidas impedía el empobrecimiento periódico del suelo.

Egipto



Territorio egipcio hacia 1470 ac.

1 (2,3,4) Cataratas del Nilo

Durante el cuarto milenio, mientras en el norte (Bajo Egipto) perduran las culturas neolíticas, primero de El Fayyum y luego de Merimda, en el sur (Alto Egipto) se desarrollan dos culturas sucesivas eneolíticas, la badariense (4) y la amratiense (5), fundamentalmente basadas en la agricultura, la cría de ganado, la caza y la industria instrumentaria lítica, pero notablemente refinada en los objetos de uso cotidiano. Los badarienses eran expertísimos en el arte de trabajar las pieles y en la cosmética y su cerámica era elegante si la comparamos con la de El Fayyum. Además explotaban ya racionalmente las crecidas del Nilo, con obras de embalse y canalización. Conocieron (los primeros en la historia) el cobre, aunque lo usaron muy parcamente. Por su parte los amratienses se revelan ya como artistas en algunos bajorrelieves y en el trabajo del marfil, de la madera y, sobre todo , de los metales (cobre, oro y plata), lo que significa que había habido ya una discreta importación de las minas de Nubia y del Sinaí. En un cierto momento de la sociedad amratiense fue ya posible liberar de las labores del campo a cierto número de mineros, mercaderes y de artistas, lo que supone ya una centralización de los recursos o al menos de los recursos sobrantes y como consecuencia, la existencia de una clase administradora de los mismos. Por lo demás, la misma obra de irrigación, que sólo se podía hacer colectivamente y a escala relativamente extensa debía exigir ya entre los badarienses una clase dirigente. El poder político nace, pues, también en Egipto no de una superposición, sino de una precisa exigencia social.

Como se ha dicho, la centralización de los recursos comporta la formación de una burocracia y un sistema de

---

(4) De El-Badar. Heredera de la cultura Tasiense, llegada del sur o del este, aportada por dolicocéfalos de piel oscura, cabellos ondulados y estatura media. Probable comienzo: hacia el año 4000.

(5)De El-Amrah. Llevada por dolicocéfalos mediterráneos de cabellos lisos largos. Probable comienzo: después del 4000 (hacia el 3800).

anotación, es decir, una escritura. Entre los amratienses la escritura está todavía en la fase pictográfica.

La *cultura gerzeense* (de El-Gerza, Bajo Egipto) desarrolla en la fase inicial (hacia el 3600) la cultura amratiense: en la fase final (desde el 3400) se difunde en todo Egipto unificando culturalmente las «Dos Tierras» y preparando así el camino a la unificación política. Lo que la contradistingue es su vitalidad y su prontitud en asimilar cualquier influencia exterior. Así a los productos típicos del artesano local (industria textil y de la mayólica; elaboración del hueso, de la piedra, de la madera, del cuerno, del marfil y del cobre) se añaden los vasos zoomorfos de derivación elamita, pero que reproducen animales indígenas, embarcaciones (que no pueden estar inventadas en Egipto, tierra pobre en madera), adaptadas a las especiales exigencias de la navegación fluvial y construidas con tallos de papiro; sellos, bajorrelieves, pinturas y construcciones con muros de derivación mesopotámica, que llevan, sin embargo, la impronta de la mentalidad egipcia. Una producción tan vasta y de tan alto nivel sólo puede desarrollarse admitiendo un perfeccionamiento de los instrumentos y modos de trabajo, es decir, el desarrollo de una tradición artesanal y verdaderas expediciones comerciales para el aprovisionamiento de las materias primas. Hay que admitir, por lo tanto, una potenciación de las clases no agrícolas con todas las consecunecias sociales ya conocidas de este cambio.

Mientras la cultura gerzeense iba unificando pacíficamente las dos Tierras, desde el punto de vista cultural, se desencadenaban furiosas luchas por la unificación política entre los principales cabecillas de los diversos clanes. Estos conflictos que ocupan todo el gerzeense tardío han dejado testimonios claros en la mitología, en la misma religión (con el predominio final de los dioses protectores de los clanes vencedores) y ciertas tablillas conmemorativas hechas esculpir, como es obvio, por los vencedores.

LAS PRIMERAS DINASTIAS

Menes

Por fin en torno al 3200 aparece por primera vez en la historia de Egipto la figura de un soberano unificador de las dos Tierras, es decir, de un faraón (6). Manetón en su Historia de Egipto (7) le llama Menes, pero hay por lo menos tres grandes personalidades que se disputan el honor de este nombre egipcio: el rey Scorpios, Narmer y Aha.

Cualquiera de estos jefes podría ser Menes. El rey Scorpios va pintado con la corona del Alto Egipto y parece haber sometido a los pueblos del delta; a Narmer se le suele pintar tanto con la corona del Alto como del Bajo Egipto, pero no con la doble corona. Por lo demás, tiene una sola tumba en Abydos. Aha por el contrario tiene una segunda tumba en Saqqara. Menes es, pues, por ahora, sólo un nombre convencional para designar al primer faraón.

Su política de sabio equilibrio está avalada por la fundación de Menfis, el punto donde se encuentran las dos Tierras recién reunidas. Aquí construyó un embalse en una rama secundaria del Nilo desviando las aguas al tramo principal y ganando así un amplio territorio en el cual construyó su propio palacio, el «Muro Blanco» (el color del sur). Sin embargo, siguió residiendo todavía en Thinis en el Alto Egipto: Menfis no se convirtió en capital

---

(6) Del término hebreo *Pharaoh* que deriva a su vez del egipcio *Per-ao* (gran casa), con el que se designaba no al soberano sino la residencia real.

(7) Menetón o Manethon un sacerdote greco-egipcio escribió la Historia de Egipto hacia el 280 a.C., dividiéndola en 31 dinastías. Esta división se sigue aún hoy. La obra no nos ha llegado ni completa ni en el texto original, sino sólo a través de citas de otros autores; sus datos muchas veces inexactos, han sido desmentidos frecuentemente por hallazgos, inscripciones, pinturas y pruebas al radiocarbono. La cronología del primer milenio histórico sigue siendo todavía bastante aproximativa.

hasta la II Dinastía, siendo mientras tanto una especie de ciudad santa. Aun después de la unificación Menes prefirió llevar una política conciliadora en los enfrentamientos de las poblaciones sometidas (siempre prontas a tornar a sus antiguas rivalidades) y no violentó la tradicional rivalidad de las dos Tierras. Su ejemplo fue seguido también por sus sucesores, aunque esto parezca estar en contradicción con el carácter fuertemente centralizador del régimen faraónico.

Esta rivalidad, de hecho, se mantuvo siempre viva aun en los momentos de una perfecta unidad nacional y resulta evidente, tanto en las atribuciones del faraón, como en el protocolo de la corte y en la administración estatal: el faraón es el rey de las dos Tierras. Entre sus cinco títulos oficiales el segundo es el de *Nebty* (= nombre de las dos damas: la diosa del norte Wadjet y la diosa del sur Nekbeth), de cuya divinidad él era partícipe. Recibía primero la corona blanca del Alto Egipto, luego la corona roja del Bajo Egipto. Se ceñía la doble corona en «el rito de la unión», sentado en trono adornado de flores de loto (símbolo del norte) y de papiro (símbolo del sur) y asistido de dos sacerdotes con la figura de Horus (sur) y Seth (norte). La entrada principal del palacio real tiene dos puertas y los asuntos del norte y del sur se tratan en ministerios de dos secciones distintas. Los primeros faraones se hicieron erigir casi todos dos tumbas, una en el sur (Abydos, Naqada, donde estaban en realidad sepultados) y otra en el norte (Saqqara), como si tuvieran necesidad de estar presentes en ambas Tierras incluso su segunda vida.

Dos vidas

De hecho en Egipto se viven dos vidas. Todas las fuerzas cósmicas entraron en el hombre con su nacimiento y ninguna de sus partes está abandonada de su benignidad: en el corazón, en el cerebro, incluso en el nombre y en la sombra del cuerpo se albergan principios vitales. Luego su espíritu es, por así decirlo, una suma de los

principios vitales: el *ba* (el alma), el *akh* (su fuerza divina) habitan en él aunque sea provisionalmente y al final volverán a sus sedes primitivas; pero el *ka,* su «doble», su segundo cuerpo espiritual, compuesto de materia evanescente e incorruptible, no abandona jamás su morada, siempre que se le conserve esa morada: el cuerpo momificado o incluso una estatua siempre que se le asemeje. Si la momia se destruye, el *ka* buscará albergue en la estatuta debidamente vitalizada a tiempo por el sacerdote con fórmulas mágicas. Las momias y las efigies son las anclas que retienen al *ka* y le impiden disolverse en la infinitud del cosmos.

Cada hombre tiene su *ka* y en forma de *ka* comienza su nueva existencia o, mejor dicho, alarga su existencia pasada; porque el *ka* no puede ni mudar ni mejorar, sino sólo continuar. En la tiniebla de su tumba el *ka* mira a sus siervas tejer, a sus siervos arar, cosechar, vendimiar, tejer canastos y tornear vasos o vender por él los productos en el mercado, mientras él goza de la sombra bajo una pérgola, escucha música o huele los aromas que existen fuera de la tumba.

Nada ha perdido de su vida pasada: incluso a todas las escenas pintadas en las paredes del sepulcro, el sacerdote les ha conferido vida con sus fórmulas mágicas, al igual que a las decenas y decenas de siervos que le acompañan en forma de estatuas. En la época de la I Dinastía, cuando aún no se habían descubierto esas fórmulas, era necesario inmolar a cierto número de siervos: en Abydos y en Saqqara, una serie de pequeñas tumbas rodean el sepulcro del faraón. En cada una de ellas estaba enterrado un siervo (un cocinero, un barbero, un escriba), con los objetos necesarios de su oficio. Tal vez había seguido voluntariamente a su señor, ganándose así para toda la eternidad el honor de servirle. De todas formas, es un hecho que la adopción de las fórmulas mágicas significó el final de este voluntariado.

Inicialmente, sólo el faraón y los privilegiados a quienes él otorgaba ese don, tenían derecho a la inmortalidad.

Hacia el fin del Antiguo Imperio, la revolución extendió este derecho a todos. Todo egipcio que se lo podía permitir, se preparaba su tumba ya en vida. Era inútil que hiciera esculpir estatuas de siervos que no hubiera poseído en vida o que se hiciese representar en posición más elevada. El *ka* no hubiera podido gozar de esas ventajas, porque ni siquiera hubiera reconocido su propia morada. Entre tanta incertidumbre he aquí una cosa cierta: una tumba egipcia jamás nos mentirá sobre la actividad, la posición social y el pensamiento de quien la ha construido. Esto, en el plano histórico, tiene una enorme importancia si pensamos que han sido las tumbas las que nos han revelado casi todo lo que sabemos de esta civilización.

El rey dios

En el principio era el caos; luego, los dioses separaron el cielo de la tierra y sobre la tierra hicieron correr ríos y la tierra tuvo vida; en el cielo pusieron el sol, para que con su caminar marcase el ritmo regular de los días y las noches, las estaciones y los años, de las crecidas del Nilo y de los meses. Todo esto lo hicieron porque los dioses aman el orden y el equilibrio y aborrecen el caos y quisieron que todo esto durase eternamente.

Pero el caos presiona continuamente con sus tinieblas ¿Quién resistirá sus asaltos? ¿Quién se asegurará la ayuda de los dioses comunicando con ellos, interpretando su voluntad y ofreciéndoles los debidos honores? Para mantener eternamente el orden establecido por los dioses alguien deberá dominar las fuerzas del cielo y de la tierra: obligar al sol a seguir su curso y al río a llevar sus aguas, a los animales a ser fecundos y a las simientes a salir del suelo. Habrá de enseñar a cada hombre su trabajo, porque no se puede obtener victoria sobre el caos más que con una lucha organizada y ordenada. Con la llegada de Menes este oficio supremo lo ejercía claramente la clase política. No sabemos si hubo lucha entre esta clase y la sacerdotal: tal vez Menes logró unir en sí los dos poderes

a fuerza de sabios compromisos, aceptando los dioses de las poblaciones sometidas y haciendo amplias concesiones al clero. Más probablemente los antiguos jefes eran ya, por tradición, hechiceros. De todas formas, es cierto que una sociedad tan radicalmente religiosa, habituada a ver en la realidad cotidiana una manifestación de la voluntad divina, el detentador del poder político no lo hubiese podido ejercitar, sin ejercitar al mismo tiempo el poder religioso. Unidad política y unidad religiosa son inseparables en el Antiguo Egipto, porque el que manda es algo más que un jefe: es el garantizador del orden universal, es decir, el ejecutor de la voluntad de los dioses. Debe por lo tanto ser el anillo de unión entre éstos y el género humano. Debe ser dios él mismo. Por eso el obedecerle será no solo un deber, sino también interés común y tendrá como recompensa —o más bien como natural consecuencia— el bienestar común. La serenidad del alma egipcia, la calma y la compostura que trasparentan todas sus manifestaciones, se basan precisamente en esta seguridad de tener un dios como guía, de vivir en una tierra que ya de por sí es un don de dioses. El hombre egipcio está bien lejos de considerarse nacido para quitar a los dioses sus afanes como el hombre de Sumeria.

Así, mientras Mesopotamia está continuamente sumida en luchas internas, en Egipto reina la paz de la unidad. No hay rivalidades entre las ciudades porque, si bien se mira, no hay ninguna capital propiamente dicha. La capital es el palacio del faraón que surge en las cercanías del lugar elegido por él para su sepultura y donde atiende a los negocios del estado y al culto de sus padres, mientras los arquitectos le preparan su segunda morada.

La II Dinastía

No se puede señalar ninguna causa precisa que explique el advenimiento de la II Dinastía. Los escasos elementos de que disponemos parecen indicar una momentánea preponderancia de Seth, el dios del norte, sobre Horus, el

dios halcón del Sur bajo cuya enseña se había unificado Egipto. Pero seguramente se trataba de una momentánea rotura del equilibrio interno.

En este período se concluye la transformación de la antigua sociedad rural en otra bien diferenciada en clases (soldados, comerciantes y artesanos), según las exigencias y la voluntad de la clase dominante: de hecho, tenemos noticias de sistemáticas expediciones militares a Nubia (oro y marfil), al Sinaí (cobre y malaquita); de regulares intercambios comerciales con el Líbano (coníferas para las tumbas reales), con Siria y Palestina (vasos, crateras y otros objetos de metal). La actividad artesanal fue también muy intensa.

EL ANTIGUO IMPERIO MENFITA

La III y IV Dinastía

El paso de la II a la III dinastía no estuvo determinado por una interrupción de la sucesión, sino por el traslado de la capital de Thinis a Menfis. El faraón más conocido de la III dinastía es Choser, cuya tumba, la pirámide escalonada de Saqqara, fue construida por uno de los genios más completos que la humanidad había producido, el ministro Imhotep, arquitecto, filósofo, sacerdote, escritor, astrónomo y médico, tan famoso como para ser venerado después de su muerte como dios de la medicina.

Las causas del cambio de la III dinastía a la IV nos son desconocidas. En lo que toca a acontecimientos históricos, esta dinastía es bastante poco conocida y está poco documentada. Sólo tenemos noticia de las gestas de Snefru contra los libios y los nubios rebeldes y contra las tribus nómadas orientales, que obstaculizaban el aflujo de minerales del Sinaí. En lo que atañe a la civilización y a la espiritualidad estamos, por el contrario, muy bien documentados. Es éste el período de las pirámides de Kefrén, Keops y Mikerinos, la culminación del arte de la piedra.

La administración piramidal del reino

Como toda época de esplendor, también ésta es fruto de una perfecta organización. El aparato estatal egipcio es como un aparato perfecto que rueda armónicamente en torno al eje que le imprime el movimiento y que es el faraón. Desde el primer ministro hasta el último ciudadano, desde el Gran Sacerdote al escriba del templo más lejano, toda actividad venía realizada bajo el influjo divino del rey; mejor dicho, es el rey mismo quien la realiza puesto que la realiza su voluntad que se sirve del funcionario como de instrumento o simple ejecutor material.

Ya desde los principios del período histórico la máquina estatal egipcia se presenta articulada en varios ministerios: el de obras públicas disponía de un verdadero ejército de funcionarios y técnicos y fue de una importancia capital en una tierra donde el control y la reglamentación de las aguas eran la base misma de la economía y donde era imprescindible el registro catastral porque todos los años la riada borraba los límites de las propiedades y a veces los movía en parte, de modo que era necesario medir cada año los campos y evaluar los eventuales daños a fin de tasarlos con exactitud. Luego estaban los ministerios del tesoro del que dependían los departamentos de la guerra, de los asuntos internos y del comercio exterior. Este último lo dirigía el tesorero, pero era siempre el faraón quien decidía sobre las expediciones comerciales. Naturalmente que el rey sólo envía sus mercaderes cuando no le es posible mandar sus tropas para abastecerse de materias primas.

Sin embargo los sacerdotes aparecen dotados de poderes especiales: también ellos son simples ejecutores de la voluntad del rey, fieles repetidores de un ritual fijo dirigido a rendir propicios a los dioses y asegurar a los mortales una feliz transición al reino de las sombras. No se les exige que guíen las almas. Su empleo está limitado a tres meses del año y a algunas otras circunstancias especiales. A pesar de todo la función sacerdotal es muy

ambicionada en ciertos períodos, sobre todo si se hace comercio, porque los tesoros de los templos y los patrimonios funerarios son abundantes. A los cargos no se accede por simple derecho de nacimiento. Al comienzo, en realidad, los puestos de mando se distribuían entre los familiares del faraón y de sus dignatarios. Incluso el primer ministro, que apareció en tiempos de la IV Dinastía era príncipe de sangre real. Pero también los nacidos en cuna modesta podían llegar a altos cargos. Además, ningún cargo fue hereditario, al menos hasta la V Dinastía. Y a los niños de la aristocracia, después de una severa educación en la corte, se les reservaba un duro noviciado. Las promociones desde escribas a superintendentes de pueblo, de ciudad, de provincia, no se realizaban por simple antigüedad. El ápice de la carrera era una sede en el Consejo de los Diez o Consejo de la Corona. Como se ve, se trataba de una clase dirigente atentamente seleccionada que dio a Egipto mentes muy elevadas. Sin embargo aun ella aparece a veces dedicada a la búsqueda de honores y prebendas.

La gran masa de los funcionarios menores y de los escribas (en número increíble) participa también de algún modo en el poder soberano: ellos controlan los límites de los campos, cobran los impuestos, inspeccionan los embalses, anotan los daños y las entradas... Son, por así decirlo, el brazo derecho del faraón. A ellos les debemos mucho porque fueron los que escribieron los textos que se han conservado; del mismo modo que debemos mucho a aquellos artesanos, a veces artistas admirables, que han sabido representar con tanta penetración la mentalidad de la civilización de su tiempo. Ellos constituían una clase en cierto modo escogida, nacida precisamente en virtud de sus propias cualidades creativas (sus componentes se llamaban de hecho *rekhit* (*rekh* = conocer). Pintores, escultores, ebanistas, alfareros, herreros, albañiles estaban seguramente recargados de trabajo: por eso mismo resulta más admirable la perfección de sus obras. Numerosos grupos trabajaban en las dependencias directas del faraón, muchas veces exclusivamente en su monumento

fúnebre. En la pirámide de Choser, por ejemplo, había decenas de millares de vasos: los había en piedras duras, como la serpentina y el alabastro y por lo tanto requerían un trabajo largo y difícil. Algunos artistas acumularon riquezas: es famoso el caso del enano Seneb, que obtuvo tanto favor que mereció la mano de una pariente del faraón.

El campesinado

Así hemos llegado a la base de la pirámide, al campesinado, que sostiene todo el peso de la pirámide. «La civilización egipcia, ha dicho acertadamente Cyril Aldred, es una rara flor que hundía sus raíces en los eternos campesinos egipcios, siempre ocupados en el campo y que junto con su ganado viven sólo para el momento material, siempre bajo la amenaza de la carestía, de las epidemias» y de los exactores, a los que deben entregar una parte de todo lo que producen, sean frutos del campo o trabajos de artesanía hechos en casa, sacrificando las horas de reposo.

Para ellos no existe una estación muerta porque tienen que prestar dias de trabajo gratuito para el templo, o para las canalizaciones o para las presas. Sólo tienen una defensa, la fuga, la primera forma de huelga en la historia. Si huye un campesino el superintendente estará en ascuas puesto que será azotado si no consigna a tiempo la recolección. El campesino puede también apelar al faraón. Funcionarios preocupados de dejar buena memoria de sí han dejado panegíricos en los que se glorían de haber protegido a «la viuda y al huérfano», es decir, a los pobres. Pero ésto no debía ser la norma general ya que constituía materia de alabanza.

Esta era, pues, la clase sobre la que recaían todos los males de la sociedad. Es cierto que en Egipto nadie era libre ya que todos estaban igualmente sujetos al rey-dios. También es cierto que ninguno era esclavo, puesto que

servir al mismo dios y rey no era esclavitud, sino garantía de orden y bienestar. Pero es improbable que el campesino, con el cuerpo fatigado, se pudiera consolar con estas consideraciones, cuando estaba frente al superintendente o frente al exactor que ordenaban azotarlo. Por lo demás la explosión de incontenible violencia que selló el derrumbamiento del Antiguo Imperio prueba que se había acumulado el odio y que este odio era de centenares y centenares de años.

La V y VI dinastías

La perfecta máquina egipcia sólo podía funcionar armónicamente a condición de que el centro motor no perdiese jamás ni una brizna de la propia energía, es decir, que el faraón no abdicase jamás ni de una parte de sus prerrogativas. Sin embargo, a partir de la V dinastía asistimos a voluntarias y peligrosas renuncias: junto al culto tradicional de Horus y de Osiris adquieren importancia el culto de Ra (el Sol) y el clero de Heliópolis (griego *helios* = sol y *polis* = ciudad), que probablemente recibía así la recompensa por la ayuda prestada en el momento de la toma del poder por parte del nuevo faraón.

El primer soberano, Weser-Kaf, antes sumo sacerdote de Ra, hizo llover donaciones, privilegios, inmunidades fiscales sobre los oficiales del nuevo culto. De los inmensos bienes de la corona se alienaron grandes extensiones de tierra. Casi automáticamente se redujeron las dimensiones de las tumbas faraónicas, mientras se alzaban los templos de los nuevos dioses.

Pero no sólo ésto: con la V dinastía aparecen los primeros cargos hereditarios. Bajo la VI dinastía muchos nomarcas (Egipto estaba dividido en 42 *nomos* o distritos) se arrogan títulos hasta ahora sagrados, tales como Iri-Pat (= príncipe, casi hijo de dios). A todos los niveles de la jerarquía se desencadena una carrera hacia los privilegios y todo nuevo título hereditario es un fragmento irrecupe-

rable que se desgaja de la pirámide faraónica. Esas consecuencias son desastrosas, aunque no fuera más que porque se van cerrando los caminos para los mejor dotados.

También en el plano del prestigio religioso se había iniciado el desmoronamiento de las prerrogativas faraónicas. Inicialmente solo el rey había tenido derecho a la inmortalidad. Luego algunos funcionarios más adictos habían obtenido el privilegio de servirle en el más allá, como lo atestiguan algunas tumbas de punta achatada (las llamadas *mastabas* o bancos) diseminadas en torno a las grandes pirámides. Cuando el cargo comienza a ser hereditario el dignatario prefiere ser enterrado en sus tierras. (Sea dicho como un inciso que nuestro conocimiento del ritual funerario egipcio y de las creencias conexas con él, está bastante documentado, gracias precisamente a la propagación de las sepulturas particulares: sólo las sepulturas reales no nos hubiesen aclarado suficientemente sus creeencias). Como en todo régimen feudal no tardaron en surgir rivalidades entre los nomarcas. El apoyo popular se obtenía con promesas e ilusiones y mediante la alianza de los cabecillas revoltosos, que habían agudizado en la plebe la conciencia de superioridad. Tenemos seguros testimonios de estos personajes, entre profetas y delincuentes, que recogían adhesiones predicando el derecho de todos a la inmortalidad y reservándose para sí las menos problemáticas ventajas materiales. La fuerte personalidad de Pepi I, segundo rey de la VI dinastía, devolvió un efímero lustre al poder faraónico. Pepi I emprendió campañas contra los nómadas del este y mantuvo intensas relaciones comerciales con Creta, Fenicia y Nubia y Punt (Somalia).

El primer período intermedio

Después todo cayó, de nuevo, en el caos. Para colmar la medida, a la inseguridad de las fronteras, a la turbulencia popular y a la insubordinación de la clase dirigente se

juntó la ineptitud del soberano. Pepi II, que subió al trono a la edad de seis años, reinó por 94 años, dando edicto tras edicto, pero sin acompañarlos con una política decidida. Un papiro del tiempo lo describe como ignorante de la verdadera significación de los hechos, aislado en su residencia, encerrado y controlado por un puñado de notables, mientras la revolución campaba por sus respetos. Se ataca a los funcionarios, se destruyen documentos y archivos, nadie paga ya impuestos, no se cultivan muchos campos ni se cuidan debidamente los ganados. Los templos son profanados y los textos sagrados divulgados, con lo que pierden todo valor. Incluso se violan las tumbas reales y se roban sus tesoros. La autoridad se desprestigia en todas partes. El anciano rey reconoció finalmente la realidad, pero no pudo mover ni un dedo. Sin embargo, la revolución respetó a su persona: en 1881 fue descubierta su tumba por Maspero, completamente intacta.

Poco sabemos de la segunda parte del Período Intermedio. La anarquía y la revuelta reinan por doquier mientras las tribus nómadas orientales y libias invaden el Delta. Se repiten, con desconcertante puntualidad las condiciones del período protodinástico: el poder pasa de mano en mano: Manetón nombra 70 reyes para un período de 70 días, exageración, sin duda, pero que refleja bastante fielmente la realidad. Continúan las luchas entre los clanes. La VII dinastía no existió seguramente. La VIII, menfita también, no tuvo ninguna autoridad. A continuación las grandes familias (lo mismo que los nomarcas de Coptos al tiempo de la IX dinastía) extienden cada vez más su influencia. El pueblo queda nuevamente sometido: únicamente se le mantiene el derecho a la inmortalidad. Los cabecillas, que ya no son necesarios, son eliminados. Lentamente se supera la crisis. Al final del período intermedio, el norte y el sur tienen de nuevo frontera entre sí: al norte, los príncipes de Heracleópolis (X dinastía) pacifican el Delta y el Medio Egipto; al sur, los Intef de Tebas extienden su poder hasta Abydos. Sigue un largo período de paz durante el cual cualquiera de las dos partes es demasiado débil para emprender la unificación. La histo-

ria de Egipto está para volver a comenzar en el mismo sitio del que había partido hacía doce siglos.

LOS IMPERIOS MEDIO Y NUEVO

El Imperio Medio (2000-1730)

La rivalidad entre los príncipes heracleopolitas de la X dinastía y los de Tebas para la reunificación de las dos Tierras no tardó en desembocar en una guerra. El artífice de la nueva unidad fue el tebano Mentuhopte (XI dinastía). Pero tanto él como sus sucesores debieron afrontar en bloque problemas graves como el de la reorganización del país y de la seguridad en las fronteras, además del de fortalecer su propia posición en el interior, a expensas, naturalmente, de los señores feudales, aliados de la víspera y cuya resistencia provocó seguramente la caída de la dinastía.

Con la XII dinastía (1930-1730) fundada por el tebano Amenemhet I, comienza una nueva época de esplendor: las tribus nómadas son vencidas repetidas veces y, a veces, también aceptadas: a esta época se suele hacer remontar la llegada de Abrahám a Egipto. La autoridad egipcia se restablece en el Sinaí; se realizan expediciones de castigo hasta la tierra de Canaán; se anexiona Nubia. Una línea de fortificaciones (la «muralla del Príncipe») protege ahora el Delta. También el Valle del Nilo se fortifica a la altura de la segunda catarata. Bajo Sesostris III el imperio comercial egipcio es vastísimo: desde Etiopía (esclavos, oro y marfil) hasta el Sinaí (cobre y piedras preciosas). El comercio exterior se extiende hasta Asia Menor, Creta, Chipre y Biblos.

Esta expansión territorial y comercial es posible gracias a la consolidación del régimen faraónico en el interior y del retorno al sistema de gobierno del Antiguo Imperio. El ejército, ahora permanente, está a las órdenes directas del soberano, al igual que la burocracia ministerial. Los

nomarcas son progresivamente desautorizados, atacados en sus ingresos (deben dar parte de sus ingresos a las arcas reales) y en sus derechos hereditarios (la sucesión no es válida sin el consentimiento del faraón). No les queda ya más que la administración de las provincias, lo que anula su peso económico y militar y, en consecuencia también, su importancia política. En cuanto a las clases inferiores, además del derecho adquirido de la inmortalidad, tienen ahora la posibilidad de acceder a los cargos públicos. Por el contrario, se declara toda actividad como pública: se instaura así una especie de socialismo teocrático de tipo mesopotámico. No tuvieron igual fortuna los faraones del Imperio Medio con el clero, al menos con el más poderoso, de Amón-Ra, que acompañaba la política de los soberanos desde posiciones casi de paridad.

Una vez más la centralización del poder y de los recursos permitió a los faraones destinar sumas enormes a obras públicas de extraordinaria monumentalidad: Sesostris I construyó un canal que llevaba el Nilo al Mar Rojo; Amenemhet III acabó el embalse del lago de Merimda en la depresión del Fayyum con el que regulaban las aguas del Nilo. En Abydos, en Heliópolis y en Karnak se levantaron grandiosos monumentos sagrados. La pintura y la escultura alcanzaron cimas muy altas. También la literatura, que nació en este período dio obras notables como las Enseñanzas de Amenemhet y la Historia de Sinué.

El segundo Período Intermedio y la invasión de los Hiksos (1730-1560)

Bajo los débiles sucesores de Sesostris III el poder político de los faraones padeció una lenta decadencia a causa del renovado poder de los nomarcas. La historia de Egipto retorna una vez más al punto de partida: en torno al 1730 una poderosa familia de Avaris usurpa el título real, treinta años más tarde desaparece la XII dinastía. Los príncipes tebanos de la XIII y de la XIV dinastías gobiernan más de nombre que de hecho sobre un país que está de

nuevo cayendo en la anarquía. Mientras tanto las tribus orientales presionan más que nunca en las fronteras, bajo el empuje de poblaciones septentrionales, puestas en movimiento por la presión hitita sobre Siria. Aunque a todos se les designa con un solo nombre (Hiksos de Heka-kesut, rey de países extranjeros), se trata en realidad de poblaciones racialmente muy heterogéneas: indoeuropeos con preponderancia de hurritas, egeos, semitas, pastores nómadas indígenas. Superiores en armamento y en técnica militar (usan el caballo y el carro de combate) irrumpen entre el 1700 y el 1650 en Egipto, conquistan fácilmente la región del Delta y establecen la capital en Avaris.

Parece que después de las primeras destrucciones los hiksos intentaron instaurar un régimen más civilizado, basado en el modelo egipcio, que evidentemente les había subyugado. Sin embargo, su poder se siguió basando en la fuerza militar y jamás consiguieron hacerse aceptar por el país, que siempre les siguió considerando como extranjeros y bárbaros. Tal vez para crearse una base popular en la que poder apoyarse su más grande faraón, Apofis (1630), favoreció una inmigración masiva de hebreos (entre los que estaban, tal vez, José y Jacob). Apofis eliminó también los focos más graves de resistencia, ocupando el valle del Nilo; pero cuando algunos decenios más tarde una familia tebana (XVII dinastía) promovió la insurrección, estalló una auténtica guerra de independencia. Sin embargo, la gloria de haber vencido a los extranjeros no le correspondió a la XVII dinastía, sino a otros dos príncipes tebanos, Kamosis y Ahmosis. Este último, después de una guerra de guerrillas que duró diez años (1570-1560), conquistó Avaris, persiguió a los hiksos hasta Palestina, haciendo millares de prisioneros que fueron empleados como esclavos en las obras de reconstrucción.

El Imperio Nuevo (1560-715)

Después de la muerte de Kamosis, Ahmosis fundó la XVIII dinastía (1560-1315), tal vez la más espléndida de

toda la historia de Egipto: la dinastía de los complejos monumentales de Karnak y Luxor, Abu Simbel, Qurna, Amarna y del «Valle de los Reyes».

Bajo la XVIII dinastía se opera un cambio radical en la política exterior egipcia. A la prudente defensa de las fronteras, a las expediciones de castigo, se sustituye una dirección decididamente imperialista, que pone a Egipto en contacto armado y pacífico, con todos los pueblos de Oriente. Amenofis I (1540-1525) y Tutmosis I (1515-1490) llevan las fronteras de Nubia hasta la tercera catarata y realizan expediciones a Siria, Palestina y hasta el Eúfrates. Las conquistas son, sin embargo, precarias y el estado de revuelta continúa, fomentado por un reino de reciente constitución, Mitanni. La política pacifista de la reina Hashepsut (1490-1480), mujer y hermana de Tutmosis III, que quedó relegado a segundo término, compromete la posición internacional de Egipto y favorece más aún a Mitanni, que lucha victoriosamente contra los hititas, somete a Asur y finalmente se enfrenta con Tutmosis III, que entretanto ha tomado el poder y reorganizado el imperio sobre nuevas bases (fortificaciones y guarniciones permanentes al mando de gobernadores). Una poderosa coalición llamada Qadesh, puesta en pie de guerra por Mitanni, es rechazada después de un asedio de siete meses a la ciudad de Meggido (1470). Poco después (1457) el irreductible estado de Mitanni organiza una nueva sublevación general, que, sin embargo, concluye con el paso de Siria y Palestina a la soberanía egipcia. Pero el nuevo faraón, Amenofis II (1433-1414) debe ceder a Mitanni una parte de Siria; mientras el mitano Artatama luchaba contra Egipto, el hitita Hattusil II aprovechaba la ocasión para quitarle el territorio de Aleppo. Artatama hace entonces un brusco cambio de alianzas y concluye un pacto de amistad con Egipto, pacto sellado con el matrimonio de Tutmosis IV y una hija suya que será madre de Amenofis III (1410-1375), conocido por haberse casado con Teie, mujer de estirpe no real. El reinado de Amenofis III fue relativamente pacífico y bastante próspero: Mitanni, Creta, Chipre, Asur, Babilonia, los egeos y los hititas mante-

nían regulares relaciones comerciales con Egipto, como lo prueban las tablillas halladas en Amarna.

El movimiento expansionista estaba naturalmente supeditado a la estabilidad de la situación interna: para eliminar de una vez por todas el peligro de una nueva anarquía, el imperio había sido dividido (por Tutmosis III) en dos provincias para hacer más difícil un golpe de estado, que hubiera dejado al usurpador dueño de una sola provincia. Todos los cargos se hicieron electivos. En los nomos, el poder efectivo lo ejercía ahora un gobernador nombrado por el rey y el nomarcado fue reducido a un título poco menos que honorífico. Pero para llevar a cabo esta obra los faraones tuvieron que obtener antes el apoyo o por lo menos la neutralidad de la gran fuerza que constituía el sacerdocio de Amón, sobre el que se había derramado una auténtica lluvia de oro: parte de los beneficios comerciales, o del botín de guerra, donaciones, templos, tierras. Al prestigio moral (a Amón se atribuía la victoria sobre los hiksos) se juntaba ahora el prestigio económico que hacía del sumo sacerdote una figura potentísima, casi un segundo soberano. En el plano político ésto no era tolerable para una mentalidad faraónica.

Las hostilidades fueron abiertas por Amenofis IV, el «faraón hereje» (1375-1352). Este intentó sustituir el culto de Amón (que incluso tal vez fue prohibido) por el de Atón, cuyo símbolo era el disco solar. Cambió su propio nombre por el de Ekhn-Atón (el amado de Atón) y trasladó la capital a Akhet-Atón (donde resplandece Atón), hoy Amarna. Compuso también himnos en honor de Atón para difundir así mejor su culto. El nuevo dios no era en realidad extraño a la religiosidad egipcia, ni siquiera a la de los pueblos sometidos, con los cuales, además de rebajar el clero de Amón, confiaba realizar una nueva unidad religiosa y mediante ella una mayor unidad política en el mosaico del imperio. Pero era esta unidad política la que precisamente no querían los egipcios, porque les hubiera puesto en pie de igualdad con los vencidos. Además la adhesión a la religión tradicional era muy

grande y el clero de Amón recurrió a todos los medios y a todas las intrigas para no sucumbir. Así que la revolución religiosa no pudo sobrevivir a su introductor. Apenas muerto él, la capital volvió a Tebas y al cabo de unos pocos años el culto de Atón estaba olvidado.

La autoridad faraónica quedó muy debilitada con este fracaso. La crisis interna había, por otro lado, favorecido el fortalecimiento de los hititas, que precisamente ahora iban recobrando nueva vitalidad bajo el impulso de su nuevo soberano, Suppiluliuma; ya se había perdido Siria y ahora se cernía la amenaza sobre Fenicia y Palestina. Después de un confuso período de desórdenes, al que pertenece el reinado de Tutankamon (1350-1343) (el soberano famoso por su tumba descubierta en 1922), un general suyo, Hor-em-eb (1340-1315) restableció el orden, llevó a término la contrarrevolución religiosa y pasó al ataque en Siria contra los hititas. A su muerte, un compañero de armas, Ramsés I, fundó la XIX dinastía (1315-1175). Los hititas fueron vencidos repetidamente, tanto por este faraón, como por Sestis I (1312-1290); pero se trataba de victorias efímeras. Así se llegó al gran encuentro entre el hitita Muwatalli y Ramsés II (1290-1234): una memorable batalla en Qadesh (entre el 1290 y 1284) que los anales egipcios registran como una gran victoria, pero que en realidad concluyó sin vencedor, tanto que la lucha continuó durante años. Finalmente (1269), tal vez por iniciativa del hitita, amenazado por el asirio Salmanasar I, que había invadido Mitanni, se llegó a un tratado que puede ser considerado como el primer tratado internacional de la historia con fines imperialistas, es decir, con miras a dividir el mundo en esferas de influencia. El texto, redactado en ambas lenguas (egipcio e hitita) ha llegado hasta nosotros: el límite se establece sobre el Orontes y las dos partes se comprometen a prestarse mutua ayuda en caso de dificultades internas o externas, a no apoyar a los propios aliados contra la otra parte, a entregar a los desertores y, naturalmente, a respetar las mutuas fronteras.

El nuevo entendimiento sólo dura pocos años. Una tercera fuerza, completamente imprevista aparece en el horizonte: los pueblos del mar. Tras haber destruido el imperio hitita penetran en Siria provocando incontrolables movimientos de pueblos que se les agregan o se aprovechan de la revuelta para afirmar su propia independencia. El faraón Merneptah (1234-1204), tras haberles rechazado, pasa a Palestina y reduce sus poblaciones a la obediencia.

A su muerte suceden 25 años de anarquía, tras los cuales Sethnakht funda la XX dinastía (1175-950). La capital se traslada a Tanis, mientras se nota una acentuación del culto de Seth: sin embargo, el clero de Amón había ganado ya en Tebas posiciones inatacables. Prosiguen los ataques de los pueblos del mar (entre ellos los filisteos) ahora aliados con los libios. Ramsés III (1170-1140) los derrota; es el último destello de la potencia faraónica. Bajo los otros numerosos Ramsés se agrava la inestabilidad interna a causa, sobre todo, de los mercenarios libios, estacionados en el Delta, mientras que el poder del clero se va haciendo cada vez mayor. A la muerte de Ramsés XII (1100?) Egipto vuelve a caer en el caos y su unidad queda otra vez despedazada: al sur, el sacerdote de Amón, Herithor, se proclama rey con el título de *profeta de Amón;* en Tanis, en el norte, el faraón (Smenedes) no lo es más que de nombre. De hecho el poder lo tienen los sacerdotes de Tebas y los mercenarios libios. Estos últimos tienen la mejor parte con Sheshong I, que funda la XXI dinastía (950). Parte del clero de Tebas emigra ahora a Nubia, donde dos siglos más tarde (750) fundará un estado teocrático, con capital en Napata. Después de Sheshonq, a quien se recuerda por una expedición a Palestina, con el saqueo de Jerusalén (920), Egipto cayó, de nuevo, en la anarquía.

PERIODOS SAITA Y PTOLOMAICO

Después de Sheshonq I, Egipto conoció dos siglos de decadencia. Se dio un cierto resurgir bajo los príncipes

etíopes de la XXV dinastía que llegaron hasta Tebas y luego intervinieron en los asuntos del Oriente Medio del tiempo de Sargón II (batalla de Rafia), fomentando más tarde las rebeliones sucesivas antiasirias en Palestina y Siria, hasta que Asarhaddon invadió Egipto (671) y tomó Menfis deponiendo a Taharqa. La resistencia de estos etíopes, además de otras dificultades surgidas en Asiria aconsejaron a Assurbanipal, que mientras tanto había conquistado también Tebas, atacar en Saisa Necao I (XXVI dinastía).

Durante el reino de Necao, los monarcas eran en la práctica gobernadores del rey asirio. La subsiguiente ruina de Assur favoreció la independencia de Egipto, que Psamético I (663-669) unificó, tomando medidas para limitar el poder de los monarcas y del clero de Amón. Se entablaron relaciones diplomáticas con los griegos y de este período procede la floreciente colonia de Naucrates, fundada por los mercenarios jónicos que habían combatido por Psamético.

Necao II (609-594) se aprovechó de las dificultades iniciales de Babilonia para someter a Siria y Palestina donde fue vencido por Nabucodonosor (batalla de Karkemish). Nada pudieron hacer sus sucesores Psamético II (594-588) y Apries (588-568) para salvar el reino de Judá (587) y Tiro (573). Egipto conoció un último período de florecimiento con Amasis (569-525), que había subido al trono como consecuencia de una revuelta.

Amasis dio un poderoso impulso al comercio e hizo de Egipto una potencia marítima, creando entre otras cosas una poderosa flota de guerra en previsión de un ataque persa, sobre todo después de la desgraciada alianza con Creso de Lidia. Como se sabe Cambises llegó por tierra.

Amasis murió mientras Cambises ponía pie en Egipto y su hijo Psamético III, derrotado en Pelusio, capituló poco más tarde en Menfis. Egipto se convirtió así en provincia de Persia (525 a.C.).

La pérdida de la independencia fue definitiva. Al ser vencidos los persas por Alejandro Magno (331 a.C.) Egipto

fue integrado en el Imperio Macedónico. Al desmenbrarse éste a la muerte de Alejandro (323 a.C.) Egipto quedó bajo el poder de su general Ptolomeo, que fundó una dinastía cuyos miembros llevaron todos el mismo nombre. Durante todo este período el centro político, cultural y económico de Egipto pasó a ser la nueva ciudad de Alejandría, una de las ciudades más importantes del mundo helenístico, con uno de los mejores puertos y biblioteca de la antigüedad. Los monarcas helenistas de la dinastía ptolomaica participaron con diversa fortuna en las luchas con las otras poténcias helenísticas (Siria, Macedonia) que caracterizan toda la época helenística. Al final de ella hubieron de enfrentarse con los romanos y el año 30 a.C. Egipto quedó sometido al poder de Roma.

LA CIVILIZACION EGIPCIA

La vida económica

La idea del faraón-dios, concreción sobre la tierra de los grandes dioses, implicaba en la práctica un absolutismo marcado en el que el faraón era el propietario directo de toda la tierra y quien asignaba a cada uno con autoridad absoluta su trabajo, su forma de vida y sus recursos. Es verdad que en momentos de debilidad del poder real en la práctica hubo sectores de la población que gozaron de una iniciativa y cierta libertad de movimientos, pero en general la vida egipcia destacó por su minucioso ordenancismo.

La agricultura fue el recurso básico de la vida de Egipto, y el acontecimiento básico era la crecida del Nilo (hasta 13 metros sobre el nivel normal) que a mitad del verano y ante la alegría general inundaba las tierras de labor y al retirarse dejaba sus huellas de humedad y limo fertilizante que las transformaba en inmensamente feraces. La mano de obra humana contribuía con trabajo duro e inteligente a la riqueza en cereales, hortalizas y frutos. La ganadería (bueyes, asnos, cerdos, corderos, cabras y aves

de corral) tuvo un gran desarrollo. Hubo un importante comercio de importación de materias que no producía Egipto: sobre todo hierro y maderas de construcción. Hubo también explotaciones mineras en los desiertos de Nubia y Sinaí: oro, cobre, plata , piedras preciosas. Los transportes eran fáciles a lo largo del Nilo, y hacia el interior de los desiertos existían pistas caravaneras que habían de ser objeto de continua protección. La moneda apareció relativamente tarde: al principio en forma de lingotes no acuñados y sólo mucho más tarde con los Ptolomeos en forma de moneda acuñada.

La religión

Los egipcios tuvieron una marcada inclinación a los aspectos religiosos de la cultura. El panteón estaba constituido por una gran multitud de dioses, pero los teólogos establecieron jerarquías entre esas divinidades, acercándose a veces a concepciones monoteístas: un solo dios principal y una multitud de divinidades secundarias subordinadas. El pensamiento religioso partió de lo concreto y sensible y jamás se perdió en abstracciones. En general su concepción del mundo fue optimista, aunque no pudo ignorar la existencia de poderosas fuerzas sobrehumanas hostiles, a las que trataba de aplacar.

Un rasgo primitivo característico de la religión egipcia fue la zoolatría. Determinados animales como el toro Apis eran considerados heraldos e imágenes vivientes de un dios al que por ello se daba culto. Entre los grandes dioses destaca Osiris que según el mito fue muerto y desplazado por su hermano Set, llorado, buscado y encontrado por su hermana-esposa Isis, y vengado por su hijo Horus. Osiris era una típica divinidad agraria que con su muerte y resurrección reproducía el proceso natural del crecimiento, siega y siembra de las plantas. Hubo otros grandes dioses apoyados por los teólogos y sacerdotes de determinados templos y tomados como protectores por determinados faraones que difundieron e impusieron su culto.

Tales fueron por ejemplo Amón, Thot, Ra, Atón, que a veces se fundieron en uno solo, como Amón-Ra.

Además de los grandes dioses los egipcios tuvieron dioses locales relacionados con tradiciones particulares de un lugar; dioses cósmicos que personificaban fuerzas de la naturaleza; dioses populares y muy venerados por el pueblo aunque muchos no hayan pasado a la posteridad porque no fueron objeto de culto especial por parte de los faraones que eternizaron en sus monumentos a los grandes dioses oficiales de su devoción.

El arte

En el arte egipcio se deja sentir fuertemente el absolutismo de su estructura política: es un arte fomentado por el faraón y creado para el faraón y por tanto sus épocas de esplendor y decadencia coinciden con las de la realeza. Entre los restos artísticos más importantes de la monumental arquitectura egipcia destacan las pirámides y los templos. Las pirámides están íntimamente relacionadas con la preocupación muy acusada que existió en la religión egipcia sobre la vida más allá de la muerte. Las pirámides recubren monumentalmente la cámara sepulcral y otras dependencias de la tumba, unidas de multitud de corredores complicados que llevan a una salida al exterior en la fachada oriental con un templo funerario. El esfuerzo técnico y mecánico necesario para levantarlas fue inmenso: la más grande, la de Kheops cubre más de 5 hectáreas de terreno con 230 m. de lado en la base y una altura de 146,6 m.

Los templos egipcios más antiguos estaban dedicados al dios-sol y por tanto estaban construidos a cielo abierto. Dentro del recinto sin techumbre se hallaba un símbolo piramidal del dios-sol, que fue el precedente del obelisco. Sin embargo los más importantes templos son de época posterior ya que en el Imperio Nuevo se llegó a un tipo clásico de templo que aparece patente en los grandes

conjuntos artísticos de Karnak y Luksor en las cercanías de Tebas. Al templo propiamente tal se llegaba por una grandiosa avenida de pavimento empedrado, jalonada de esfinges. Al final de la avenida se levantaban dos obeliscos de una sola pieza dedicados al dios-sol. El recinto del templo propiamente tal estaba rodeado de grandes murallas. A los lados de la puerta principal se hallaban con frecuencia adosadas las estatuas colosales del faraón que había construido el templo. Por la puerta se llegaba a un patio descubierto con pórticos de columnas al que tenía acceso el pueblo. Del patio descubierto se pasaba a una gran sala hipóstila con techo sostenido por hileras de columnas: sus dimensiones solían ser grandiosas, por ejemplo en Karnak: 103 × 50m. de superficie; 134 columnas de 20 metros de altura y 3,40 m. de diámetro. Por otra parte la técnica arquitectónica entonces conocida obligaba a que las columnas estuviesen cercanas entre sí y a que dejasen una fuerte impresión de grandiosidad maciza. El acceso a los recintos interiores quedaba progresivamente restringido a personas cada vez más calificadas. Las salas eran cada vez menores, se encontraban a un nivel cada vez más alto y cada vez con menos luz, a medida que se penetraba hacia el interior. En el recinto más profundo, al que sólo tenía acceso el faraón o su delegado, se hallaba en total oscuridad la estatua del dios.

Paralelamente a la arquitectura los egipcios llegaron a un extraordinario desarrollo de la escultura. En ella se manifiesta también la tendencia hacia la grandiosidad mayestática representando imágenes de dioses y faraones de dimensiones gigantescas y de impresionante hieratismo. Destacan las gigantescas esfinges, las estatuas colosales de dioses y faraones en las entradas y en las columnas de los templos, a veces esculpidas directamente en los acantilados. Además de esas estatuas colosales hubo una imaginería de dimensiones más reducidas de refinada técnica y de menos hieratismo, sin llegar nunca sin embargo a representar gestos y actitudes espontáneas.

La pintura alcanzó también un gran desarrollo y perfección, aunque es mucho menos conocida al ser muchos menos los restos que actualmente se conservan. En ellos el dibujo es marcadamente convencional ya que no se utiliza la perspectiva y se representa el cuerpo humano siguiendo siempre normas tradicionalmente preestablecidas. A través de la minuciosidad de detalles de la pintura y del bajorrelieve egipcios ha sido posible recontruir con gran detalle muchos aspectos de la vida cotidiana.

La literatura

La vida intelectual del antiguo Egipto fue siempre más modesta que la religión y el arte. Los egipcios conocían y usaban la escritura desde finales del cuarto milenio a.C. La habían inventado ellos. Su base era el jeroglífico figurativo cuyo nombre deriva del griego *hieros* = sagrado *glyptein* = grabar, que a su vez traducía la designación egipcia que concebía la escritura como algo sagrado, ya que inicialmente sólo se escribieron textos religiosos. Los jeroglíficos (unos 700-800) eran figuras en las que primariamente las cosas quedaban representadas por su dibujo. Pero al mismo tiempo ese mismo dibujo figurativo de una cosa servía también secundariamente para expresar por escrito la acción realizada por ese objeto, las ideas que ese objeto evoca e incluso para expresar otras cosas distintas pero cuyo nombre coincide o es muy próximo al del objeto representado. Además esos signos tenían un sonido silábico y otro alfabético. Con ello los egipcios lograron un complicadísimo sistema de escritura que no simplificaron como hicieron otros pueblos que partieron de puntos de arranque parecidos. La única simplificación de la escritura lograda por los egipcios a lo largo del tiempo fue la estilización de los jeroglíficos. Originariamente se escribió sólo en los monumentos. Cuando más tarde se empezó a escribir sobre papiro con signos simplificados surgió la escritura hierática cursiva, con trazos continuos que unían los jeroglíficos estilizados, y la demótica (o popular) todavía más simplificada en sus signos.

En el campo científico los egipcios destacaron por la observación de los fenómenos del cielo y pusieron los cimientos de la astronomía científica que propiamente comenzó a desarrollarse en Egipto en la época Ptolomeica subsiguiente a la conquista de Alejandro Magno. Gran desarrollo tuvo también la medicina, de forma que los médicos egipcios fueron admirados y consultados por importantes personajes de otros pueblos.

En el campo de la filosofía y de la literatura el antiguo Egipto gozó entre otros pueblos, sobre todo entre los griegos, de una forma probablemente muy superior a la realidad. La producción literaria se centró en escritos de carácter político y moral llenas de consejos de elevado sentimiento. Se conocen también numerosos himnos religiosos de alto valor poético y cuentos llenos de fantasía y realismo.

IV. ASIA MENOR

Asia Menor es una inmensa Península que coincide aproximadamente con el territorio asiático de la actual Turquía. Los griegos la llamaron Anatolia (de *Anatole* = salida del sol), nombre que su forma turca de Anadolu se sigue conservando actualmente para designar los territorios asiáticos del estado de Turquía. Los romanos llamaron a esas tierras *Asia minor.*

La gran península anatólica está constituida por una inmensa meseta interior, de altura media superior a los 1.000 m., que se va elevando hacia el este y que está bordeada por importantes sistemas montañosos. La meseta interior constituye una región de grandes llanuras onduladas, de clima continental seco y escasa vegetación, con escasos ríos y abundantes lagos y lagunas endorreicas. Las costas y las cadenas montañosas adyacentes son muy accidentadas (sobre todo en el Egeo) con clima mediterráneo y abundante vegetación en las montañas. Hacia el este la tierra se va elevando de nivel y se va haciendo cada vez más accidentada, hasta terminar en los grandes montes de Armenia. En esa región oriental nacen y decurren, en su curso superior, los dos grandes ríos de Mesopotamia.

Asia Menor, situada entre Asia y Europa, con costas a tres mares, unida por el este a las tierras del Caúcaso, de Armenia, de Mesopotamia y de Siria, ha sido a lo largo de la historia una tierra a la que han afluido los más diversos pueblos, en la que se han desarrollado importantes civilizaciones y de la que han irradiado en todas direcciones migraciones y culturas.

LA APARICION DE LOS INDOEUROPEOS

Las primeras culturas de Asia Menor

Hacia el final del tercer milenio prosperaban en Asia Menor seis o siete culturas del bronce, entre ellas las de Troya, la de Cilicia y la de la llanura de Konya. Las ciudades de Troya, Yortan, Halaç Hüyük, Dorak, Horoztepe, Mersin, Beycesultan, donde las excavaciones han sacado a la luz objetos refinados y construcciones admirables, eran sedes de civilizaciones nada provincianas, abiertas a todas las influencias, incluso egipcias. De aquí irradiaban hacia Europa las innovaciones del Oriente. De este período y desde el punto de vista histórico nos interesan, sobre todo, Troya, de la que tratamos en otro lugar y la serie de pequeñas colonias de mercaderes asiáticos, llamadas *karum,* que desarrollaron una importante función de comunicación cultural. Ya Sargón I de Akkad había intervenido para defender a los mercaderes de Capadocia. Hacia el año 2000 Asur era lo suficientemente poderosa como para garantizar una cierta seguridad a estos mercaderes, que ejercitaban su menester con el permiso de los príncipes locales contra el pago de un peaje. Las colonias o *karum* no eran simples almacenes de mercancías, sino que tenían también el cometido de fijar los precios de intercambio, ya que parece que los pagos se hacían en piezas de plata. El karum más importante fue, sin duda, el de Kanesh (hoy Kultepe), cuyos archivos se encuentran intactos y constan de una gran cantidad de documentos: nada se confiaba a la memoria y todas las operaciones de carga y descarga se anotaban y archivaban cuidadosamente. La escritura cuneiforme era de derivación mesopotámica.

Las primeras invasiones

Mientras estas colonias prosperaban se iniciaba en Asia Menor la penetración de los pueblos indoeuropeos,

cuyos primeros representantes fueron los luvios. Hacia el 2000 encontramos principados luvios junto a otros no indoeuropeos, como el de los hatos, con capital en Hattusa, el de Kussara, el de Nesa, el de Purushanda (Cesarea) y otros más de los que hablaremos más adelante. Es la primera aparición de los indoeuropeos en la historia de Occidente y ese hecho tiene un extraordinario valor simbólico, ya que en siglos futuros los pueblos indoeuropeos marcarían durante mucho tiempo los destinos de la humanidad. Europa se limitará a absorber, durante siglos, un aflujo continuo de estas nuevas gentes, que cambiarán radicalmente su aspecto étnico y cultural, de tal modo que el Occidente eurasiático será al final totalmente indoeuropeo.

Desde el centro del área mediterránea un pequeño pueblo itálico, los romanos, inició una organización político-militar que acabó en un vastísimo imperio euroasiático-africano en torno al Mediterráneo. Veremos a los romanos contener y repetidamente ahogar en sangre la constante presión de otras gentes, incluso indoeuropeas, hasta que las defensas del imperio caigan un día. El Occidente se verá de nuevo sumergido y nacerá una nueva civilización indoeuropea del esqueje de la reciente barbarie inserta en el viejo tronco de la antigua civilización. La nueva civilización será el resultado de una fusión y participación de elementos latino-germánicos y de espiritualidad cristiana: su área será Europa. En fin, cuando la ciencia y la audacia les abran el camino de los Océanos los descendientes de los originarios indoeuropeos poblarán y colonizarán inmensos continentes e impondrán su superioridad técnica y cultural, se puede decir que al mundo entero. A la luz de estas consideraciones, es efectivamente difícil quitar la razón al que considera que la aparición de los indoeuropeos es el hecho histórico más importante que se ha producido en nuestro planeta de cinco mil años a esta parte.

Las lenguas indoeuropeas

Un número impresionante de pueblos ha hablado y habla indoeuropeo: a los idiomas extinguidos como el sánscrito (antiguo indio), el avéstico (antiguo iranio), el hitita, el luvio, el véneto, el tocárico, el frigio, el tracio, el ilírico, el griego antiguo, el latín, es necesario añadir las lenguas aún en uso , como el armenio, el iranio y todas las lenguas neolatinas, germánicas, bálticas, eslavas, celtas. Hoy en Europa, sólo los vascos, los hugrofineses y pequeños grupos caucásicos emplean idiomas no indoeuropeos. Esta afinidad lingüística es un descubrimiento relativamente reciente, de los últimos decenios del siglo XVIII. Con anterioridad el mundo cultural indoeuropeo no había tenido conciencia clara de sus orígenes comunes. En 1786, William Jones, sobre la base de estudios realizados también por otros muchos filólogos, expuso, por primera vez, la sorprendente teoría de que todas las lenguas europeas, así como el antiguo sánscrito y las lenguas iránicas, descendían de una lengua matriz común, prehistórica, que nunca nos será ya posible conocer. Se acuñó el término *indoeuropeo* para sintetizar esta parentela lingüística (8). Luego los «arios» fueron llamados impropiamente indoeuropeos, porque se supuso que descendían de los antiguos conquistadores de la India, que en el libro del Veda se llaman a sí mismos «arios» y que en realidad no fueron sino un grupo más de los indoeuropeos.

---

(8) En el seno de las lenguas indoeuropeas se distinguen dos grandes grupos, que se contradistinguen por la pronunciación de la primera letra de la palabra «Centum», cien. El grupo «Kentum» (pronunciación clásica de centum) occidental y el grupo «Satem» oriental. El grupo occidental ha conservado las guturales simples (latín: centum; griego: hekaton; gótico: hund; alemán: hundert; inglés: hundred); el grupo oriental las ha tranformado en sibilantes (avéstico: satem; sánscrito: sata).
En cuanto a la formación de las diversas lenguas las causas son todavía bastante oscuras. Desde luego fueron determinantes las migraciones (que agravaron la división ya existente de «centum» - «satem», dificultando las relaciones entre los grupos) y los influjos de las poblaciones sometidas, cuyo lenguaje adoptaban en gran medida los indoeuropeos.

El equívoco racial

Al comienzo del siglo XIX las ciencias que hoy constituyen el soporte indispensable de los estudios históricos (la arqueología, la antropología, la lingüística) estaban apenas en sus inicios y no existían como ciencias. Así que era natural que se supusiera una unidad racial allí donde se veía una afinidad lingüística. De este equívoco nació la teoría de una raza «aria», superior a todas las demás, deteriorada a través de muchos cruces, pero mantenida «pura» en el tipo nórdico rubio (J.A. Gobineau. Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas, 1852); esta teoría hizo fortuna, como es natural, en los pueblos interesados y alimentó por más de un siglo toda una estúpida propaganda nacionalista y racista, en nombre de la cual se hicieron padecer sufrimientos indecibles a millones de hombres.

Hoy está ampliamente probado que si se puede hablar de una civilización y de una lengua indoeuropea, no se puede hablar de una «raza indoeuropea» y menos de una «raza aria», por la sencilla razón de que no han existido jamás. Ya desde su primera aparición, de hecho, los pueblos de la estepa se presentan étnicamente híbridos. Parece que el primer cruce advino cuando se realizó la fusión, más o menos violenta, de los nómadas dolicocéfalos de las estepas con los cultivadores braquicéfalos del Turkestán. A continuación se dieron cruces casi continuamente, sea porque la enorme movilidad de los indoeuropeos los ponía en contacto con los otros pueblos, sea porque siempre manifestaron una fuerte propensión a aceptar elementos extraños.

Aspectos de la civilización indoeuropea

Esa prodigiosa facultad de asimilación constituye tal vez la característica más notable de la civilización de los indoeuropeos y al mismo tiempo su gran mérito histórico.

Sus invasiones casi nunca estuvieron acompañadas de destrucciones totales. Acostumbraban a someter a los pueblos vencidos y sobreponerse a ellos por un derecho de conquista cosa más que natural en la mentalidad de aquellos tiempos (y no sólo de ellos); pero recogían de los pueblos vencidos, con avidez, el idioma, los usos, las costumbres, la cultura material y la religión, salvando así y continuando todo lo que encontraban de más valioso. Por otra parte esta receptividad contribuía a diferenciarlos cada vez más entre sí y nos ayuda a comprender la total ausencia de un sentimiento de raza, que es otra característica constante de su mentalidad. De hecho acostumbraban a someter a todos los habitantes de la región conquistada, sin excepción, tanto si eran autóctonos, como si estaban ya mezclados con otros indoeuropeos (y cuyo lenguaje estaba ya, a veces, tan profundamente modificado que era ininteligible a los nuevos dominadores).

Todo esto no significa, naturalmente, que al día siguiente de la invasión la horda conquistadora cambiaba de mentalidad propia y el propio sistema de vida: la asimilación era fruto de un largo trabajo, pero llegaba puntualmente. En el campo cultural, por ejemplo, era casi inmediata; en el campo religioso, más prudente, ya que debía transcurrir un razonable lapso de tiempo para que el dios vencedor no tuviese ya nada que temer de los dioses vencidos, entonces estos últimos eran también asumidos, si bien como subordinados, en el panteón donde reinaban Indra, Mithra y Varuna. Por el contrario eran lentísimos los cambios sociales, por motivos bien comprensibles. Como todos los conquistadores, los indoeuropeos querían conservar la propia supremacía, su idea de sociedad era elemental pero clara: los guerreros defienden y conquistan, los sacerdotes atraen el favor divino y garantizan así el feliz éxito de la guerra y de las cosechas, los productores consiguen todo lo que se necesita para vivir, los esclavos son el elemento material necesario para producir. Las mutaciones sociales se realizaron, por lo tanto, bajo la presión de fuerzas nuevas, puestas en acción al cambiar las circunstancias históricas.

La acción de los nuevos llegados no tardará en hacerse sentir en las áreas de diversas civilizaciones, primero cerca y luego incluso a grandes distancias. Al comienzo del segundo milenio todavía las antiguas civilizaciones, por ejemplo la egipcia, seguían su curso.

LOS HITITAS

El reino hitita

Hacia el año 2000 aparecieron en Asia Menor central los hititas, de origen indoeuropeo. Su primera capital es Kussara, donde reina Pithanas. Luego su hijo Anittas la traslada a Nesa. Finalmente los hatos son derrotados y Hattusa (hoy Boghazköy) es la nueva y definitiva capital. En este período no se puede hablar de un reino unitario, sino más bien de una confederación de príncipes que declaraban jefe al «Gran Rey», como era tradición entre los indoeuropeos.

Gracias a los millares de tablillas hallados en los archivos de Boghazköy (listas de reyes, tratados, una constitución, un código e incluso un manual de hipología), la historia hitita ha sido ya bastante bien reconstruida. Es verdad que más que lista de los reyes nos interesaría conocer el desarrollo real de los hechos, pero los relatos de los archivos hititas (como todos los boletines oficiales) son de tono nacionalista. Sin embargo, el confrontamiento con otras fuentes nos ha permitido reconstruir la exactitud de los hechos y la concomitancia cronológica de los acontecimientos. De la frecuencia misma de los boletines de victoria, que da a entender la existencia de un continuo estado de guerra, es fácil deducir que los hititas no consiguieron jamás dominar por completo a muchas de las poblaciones anatólicas: establecieron pactos con los hurritas y Tudhalyas IV se casó con una princesa hurrita; impusieron su soberanía al estado de Kizzuwatna, que se hallaba en la vía comercial hacia Siria. Pero jamás dominaron el principado luvio de Arzawa (capital Beyce-

sultan) ni tampoco el de Ahhijawa. Capadocia fue conquistada hacia el 1800. Más tarde, después de un momentáneo florecimiento asirio, en tiempo de Shamsi-Adad, el expansionismo hitita se dirigió, de nuevo, hacia Siria (1750-1700), provocando el movimiento de los hiksos.

El período siguiente (1700-1550) es poco conocido. En los ciento cincuenta años que siguieron, los reyes hititas estuvieron ocupados en guerras contra Mitanni. El hecho más notable es, sin embargo, la incursión de Mursil I (1540-1500) en Babilonia, que allanó el camino a la dominación casita. Hattusil II (1420-1400) conquistó, al fin, Aleppo, arrebatándoselo a Mitanni, que por entonces estaba ocupado en la lucha contra los egipcios. Esto provocó el conocido pacto de alianza egipcio-mitánnico, que lejos de volverse contra los hititas, desencadenó en Mitanni turbulencias internas de las que se aprovecha el más grande rey de los hititas, Suppiluliuma (1390-1350), para imponer a Mitanni su propia supremacía. Luego la crisis interna de Egipto permite a Suppiluliuma conquistar Palestina, Fenicia, casi toda Asia Menor y Armenia, hasta los confines de Asur. En este período los hititas son árbitros de la situación en el Oriente Medio. El subsiguiente resurgir de Egipto (1320-1310), que con Horemeb y Setis I reconquista Palestina, Siria y Fenicia, anima a Muwatalli (1315-1280) a poner en pie la coalición que hemos visto concluir con ocasión de la batalla de Qadesh, en 1284. Su hijo Hurri Teshup fue casi inmediatamente destronado por su tío Hattusil III (1280-1250), que selló la alianza con Asur contra Mitanni. Pero cuando el asirio Salmanasar invadió Mitanni (1270), el hitita se siente amenazado y sella con Egipto el pacto de alianza que hemos descrito como primer ejemplo de tratado internacional con fin imperialista. Mientras tanto iba tomando consistencia la amenaza de los Pueblos del Mar. A la muerte de Hattusi el reino cayó bajo los golpes de los moscos de Frigia. Los últimos reyes (Tudhalyas IV y Arnuwanda) están muy poco documentados. El imperio se fracciona en una miriada de pequeños principados.

Función histórica y cultura de los hititas

La importancia histórica de los hititas, muchas veces infravalorada, aparece cada vez más evidente, conforme se hacen nuevos descubrimientos arqueológicos. El hecho mismo de hallarse en la gran vía de comunicación entre el Oriente y Europa le asignaba una gran función de intermediario y le exponía a toda suerte de influencias. En Boghazköy se han hallado auténticos diccionarios en varias lenguas (hitita, sumerio, akadio) que el trabajo de desciframiento ha demostrado ser interesantísimos. La cultura hitita es de por sí una cultura compuesta, nacida de la fusión de elementos mesopotámicos e indoeuropeos: por ejemplo, la lengua es de la misma cepa del griego antiguo, pero escrita en caracteres cuneiformes. También la técnica de la construcción presenta notables afinidades con la troyana y la griega: el hacha de dos filos, el ornamento frecuente en los palacios cretenses, es el arma del dios hitita.

Gran mérito de este pueblo fue la difusión de la metalurgia, por el impulso dado a la industria del bronce y más aún a la del hierro, muy raro al principio y usado, por ello en joyería. Enormes cantidades de manufacturas hititas han sido halladas un poco por todas partes en el Oriente Medio. También la orfebrería fue florecientísima, tanto que los faraones recurrían a los joyeros de Hattusa para que les realizasen sus joyas de oro.

En el panteón hitita, junto a la acostumbrada trinidad aria, Indra-Mithra-Varuna y a otras divinidades indoeuropeas, como Teshup (dios del rayo, de la lluvia y de la vida, representado siempre en pie sobre un toro) y Hepa (diosa de la fertilidad), encontramos a Istar (diosa de la fecundidad) y muchas otras divinidades autóctonas menores.

LOS HURRITAS

La expansión hurrita

Establecidos originariamente en torno al lago Urmia, en Armenia, los indoeuropeos hurritas comenzaron a

emigrar hacia el oeste hacia el año 2000 y pronto ocuparon el Alto Tigris y la Alta Siria. Esto les puso en continuo contacto con los hititas, establecidos en el norte, con los asirios y los egipcios. Como todos los indoeuropeos se impusieron como clase dominante sobre los vencidos, dedicada a la caza y a la guerra (los guerreros se llamaban *marjani,* del sánscrito *marja* = héroe). Poco sabemos de sus vicisitudes: jamás alcanzaron la unidad política, sino que permanecieron siempre fraccionados en ciudades-estado y sólo en algunas ocasiones se presentaron como una fuerza unitaria capaz de influir en la balanza internacional. Con más frecuencia les encontramos como vasallos inquietos de los faraones o aliados de los hititas o de Mitanni (la base de los defensores de Meggido, por ejemplo, estaba constituida por 300 príncipes hurritas). En resumen, eran el clásico vaso de barro entre recipientes de hierro.

Su importancia histórica debió, sin embargo, ser bastante mayor de lo que dan a entender las escasas noticias que de ellos nos han llegado. Documentos redactados en lengua hurri (escritos en caracteres cuneiformes asirios, pero con vocablos diferentes) se han hallado hasta en Zagros y Ugarit, lo que es índice de una gran difusión.

En religión, junto a la trinidad indoeuropea Indra-Mithra-Varuna, veneraban también a Teshup y Hepa, lo mismo que los hititas; también el culto del sol, de origen egipcio, tuvo algún derecho de ciudadanía. En el arte existen también evidentes influencias de todo orden, incluso cretenses.

El reino de Mitanni

Hacia el 1600 una rama hurrita fundó el reino de Mitanni (capital Washshuggani) que en su breve pero intensa existencia supo, al menos por intervalos, dar una cierta unidad a las fuerzas hurritas. Pero la unidad se debilitaba apenas pasado el peligro y por lo mismo no

podía constituir una fuerza política duradera. El mismo Mitanni no debía ser mucho más que una coalición entre grandes casas nobiliarias, porque sabemos que muchos soberanos tuvieron dificultades en imponerse cuando sus decisiones no eran gratas a la clase dominante.

La vitalidad del joven reino se hizo evidente de pronto en un encuentro victorioso contra los hititas por el control de la Alta Siria (1550); la decadencia temporal de los hititas favoreció aún más su fuerza y les puso en contacto directo con los egipcios, contra los cuales Mitanni fomentó continuamente rebeliones (coalición de Qadesh y toma de Meggido, 1470; revuelta general de 1457). Contra hititas y egipcios (Tutmosis III y Amenofis II) lucha también Shaushatar (1450-1420), bajo el cual logra Mitanni su máxima expansión (desde Zagros al Mediterráneo y desde Asiria al lago Van). El avance en Siria, en perjuicio de Egipto, fue proseguido por su hijo Artatama (1420-1400), a quien el hitita Hattusil II arrebata Aleppo mientras estaba entregado a aquella empresa. Entonces Artatama concluye una paz y alianza con Amenofis II. Una hija suya, dada como esposa a Tutmosis IV, será la madre de Amenofis III. Este pacto, que comporta una alianza con el tradicional enemigo, es mal recibido por la nobleza. Surgen desórdenes de que se aprovechará más tarde Suppiluliuma para reducir a vasallaje a Mitanni (1380). Pero tal vasallaje no comporta la pérdida de la independencia y de la soberanía; tanto es así que en este período Mitanni domina a su vez sobre Asur. El último soberano de relieve, Tushratta, sigue en política filoegipcia y antihitita. Hacia el 1360 los hititas les arrebatan Alepo, Ugarit, Karkemish. Poco más tarde (1350-1345) también Asur se rebela. Comienza la agonía de Mitanni que hacia el 1270 es invadida por los asirios.

El reino de Urartu

Durante el siglo XIII en las tierras que rodean el lago Van en Armenia, los urarteos (un grupo en el que domina-

ban elementos hurritas) fundaron una serie de pequeños reinos unidos al principio en una especie de confederación que dejaba amplia autonomía a los reyes locales. La zona era de por sí muy fértil: propicia a la agricultura, rica en metales, dominaba las vías comerciales de Mesopotamia hacia el mar Negro. Pero precisamente por eso no podía pasar desapercibida para las grandes potencias mesopotámicas, y además, estaba expuesta a las incursiones de los pueblos de la estepa que descendían del Cáucaso. Todo esto, junto con la veleidad expansionista de sus reyes hizo que fuese bastante atormentada la vida de Urartu y son prueba de ello las ruinas de muchas fortificaciones roqueñas que constelan el país. La primera expansión de los urarteos fue hacia el Irán y a continuación, durante una fase de decadencia asiria, en dirección a Siria. Desde este momento el estado de querra con los asirios fue permanente. Entre el 1250 y el 1800 los anales asirios hacen referencia a un gran número de victorias sobre Urartu, pero los asirios no llevaron hasta el final la lucha porque todavía las vías comerciales hacia el mar Negro no revestían una importancia vital para su economía. El más notable soberano de esta época es Sardar I (835-825) que intentó dar un sólido asentamiento al estado eliminando a los feudatarios y sustituyéndolos por gobernadores. Bajo Sardur II (760-733) el reino de Urartu alcanza su máxima extensión territorial. Sus confines fueron el lago Urmia, Asiria, el Eúfrates y el Orontes. Pero precisamente en este período comienzan las incursiones de los cimerios (750) y se hace más decidida la ofensiva asiria: Tiglat Pileser III derrotó a Sardur y ocupó la capital Tushpa. Rusas I, hijo de Sardur, fue derrotado por Sargón II (714). Así se inicia la decadencia de Urartu que concluirá con los ataques de los escitas (650) y en el 610 con el sometimiento a los medos. Diez años más tarde el país fue invadido por otro grupo indoeuropeo, los armenios.

La civilización de Urartu es un hallazgo bastante reciente. En el 1890 fueron descifradas ciertas inscripciones cuneiformes en una roca fortificada en las cercanías de Van: eran los anales de los reyes de Urartu. Así fue posible

identificar a este pueblo con los nairos de las inscripciones asirias y los Alarid-ioi de las fuentes griegas y el país con el bíblico Ararat (en cuanto a los urarteos, se llamaban a sí mismo bianeos, del antiguo nombre del lago Van).

El aspecto más interesante de la cultura urartea está representada —además de la técnica constructiva monumental— por notables progresos realizados en la metalurgia: influjos urarteos aparecen en Europa céltica y, a lo que parece, incluso en Etruria.

NUEVOS PUEBLOS DE ASIA MENOR

Los frigios

Originarios de Macedonia y de Tracia, los frigios (en griego *fryges)* tras haber destruido el reino hitita y vencido a los asirios, se establecieron en la región de Anatolia que tomó su nombre de ellos y pusieron su capital en Gordias a orillas del río Sangaris (Sakarya). Sus principales recursos eran el pastoreo y la agricultura y su economía debía ser bastante floreciente ya que en la antigüedad su legendario rey Midas (que probablemente sólo era un nombre genérico para designar al soberano) fue sinónimo de opulencia. (Sin embargo aunque sea en forma de inciso, debemos decir que en una tumba real descubierta en 1957 no se ha hallado oro sino sólo bronce). El reino de Frigia desapareció en el espacio de medio milenio, víctima primero del expansionismo asirio (709) y poco después (695) de los cimerios.

Los cimerios

A partir del 900 a.C. da comienzo en las estepas del Asia Central un nuevo y basto movimiento de pueblos, provocado, o al menos favorecido por la formación de tribus nómadas de guerreros a caballo. El uso del caballo como montura es un invento del Próximo Oriente, pero

fueron los nómadas de las estepas quienes desarrollaron sus posibilidades en el ataque y en la retirada. Bien pronto fueron imitados como hemos visto por los asirios. Contra las razzias de los jinetes, no les quedaba a los pastores y a los campesinos otra defensa que convertirse ellos mismos en jinetes. El uso del caballo se generaliza enseguida en las comunidades agrícolas porque el pastoreo de los grandes rebaños requiere grandes espacios para pastos. Esto acentúa por una parte el nomadismo y por otro favorece la formación de grandes grupos de pastores, las llamadas Hordas en perpetuo movimiento y por lo mismo también en perpetuo conflicto con otras Hordas.

De todos estos imperios nómadas, el primero en moverse fue el de los cimerios que dominaban las estepas a orillas del mar Negro al norte del Cáucaso, en el territorio que ya hemos visto que estaba ocupado por las poblaciones Kuban. Se pusieron en movimiento hacia el 800, tal vez ante la presión de los escitas que era otra horda.

Pasaron el Cáucaso y atacaron a Urartu (hacia el 750) ocupando su parte septentrional; luego se aliaron con los urarteos contra los asirios y con ellos se lanzaron hacia occidente destruyendo el reino de Frigia (695). Hacia el 700 los cimerios dominaban la Anatolia central. Rechazados por Asarhadon (678) asaltan el reino de Lidia (652), saquean Sardes y las ciudades griegas de la costa (Efeso, Esmirna, Magnesia); atacan Media y son rechazados por Fraorte y por Ciaxares. Vencidos también por Aliates, rey de Lidia (605-560), se vuelven contra Cilicia entrando nuevamente en conflicto con los asirios para ser por fin sometidos por los escitas.

Los escitas

Tras asentarse en los territorios abandonados por los cimerios, fuertes grupos de escitas habían seguido sus huellas hacia Asia sudoccidental. No es fácil describir las visicitudes de estos movimientos pero las noticias que de

ellos poseemos nos hablan de un pueblo atento únicamente *al máximo* botín. Los encontramos unidos al principio con los asirios contra los cimerios (678), luego en lucha contra los asirios (676) y los urarteos (650), más tarde aliados de los cimerios contra los medos (625) y finalmente aliados de los asirios. Se quedaron durante algún tiempo como huéspedes en el imperio asirio aunque no se sabe hasta qué punto eran huéspedes gratos, puesto que se entregaron a ciertos saqueos. En Siria, en Palestina y en Fenicia tuvieron establecimientos duraderos y realizaron incluso algunas incursiones hacia Egipto. Para tomar Nínive Ciaxares tuvo que vencer su resistencia. Tras la caída de Asur los escitas volvieron a las estepas del Ponto sin haber sometido de camino a los cimerios (hacia el 600).

Desde el punto de vista cultural e histórico fue de gran importancia la penetración de los cimerios y de los escitas en Europa.

Los lidios

Bien documentado históricamente está el reino de Lidia, por lo menos en el período de su mayor poderío, que siguió a la ruina de los frigios.

El origen de los lidios no está aún esclarecido: se sabe que no eran semitas y que su idioma, aunque estaba escrito en caracteres griegos, no era indoeuropeo. En los primeros tiempos estuvieron sometidos a la influencia hitita y frigia, contenidos hacia el este por los urarteos y asirios, los soberanos de Lidia concentraron sus esfuerzos en la dirección de las costa egea que por lo demás, constituía la salida natural del comercio del país. Hacía tiempo que florecían ya aquí las colonias jónicas y los reyes de Lidia intentaron ejercer su soberanía sobre ellas aunque sin recurrir nunca a una guerra a ultranza. Cuando la fuerza no era suficiente no dudaban en sellar pactos, dando así prueba de una inteligente moderación que no

dejó de tener efectos beneficiosos para ambas partes: para los monarcas porque cobraban pingües impuestos sobre las mercancías y no hallaban dificultades para intercambiar sus propios productos, y para las ciudades griegas porque llevaban sus mercancías hacia el interior sin riesgo alguno por caminos de caravanas bien protegidas. La moneda introducida en el siglo VII imprimió a los intercambios un impulso como jamás se había conocido antes.

Hasta el siglo VII reinó en Lidia la dinastía de los sardónidas, el último de los cuales, Candaulo, fue muerto por Giges (680-652), que situó la capital en Sardes y dio comienzo a la dinastía de los mermnadas. Giges tomó Colofón y estableció contratos con las demás ciudades griegas. Murió combatiendo contra los cimerios. Esta invasión a pesar de ser desastrosa, no frenó el progreso del imperio. Tanto es así que el hijo de Giges, Ardys, pronto estuvo en situación de reemprender la política de expansión hacia el Egeo conquistando Priene. Bajo Aliates (605-560) el reino de Lidia se afirmó al fin como una gran potencia: resistió a los ataques de los medos y se adueñó de Esmirna (575). En la época de Creso (560-546) (otro personaje que ha quedado como legendario por sus riquezas) todas las ciudades griegas a excepción de Mileto, ligada con un pacto de alianza, reconocían ya el protectorado lidio, que en verdad no era nada gravoso pues en nada disminuía su autonomía, salvo la obligación de suministrar tropas.

Por otra parte estaba ampliamente compensado por la actividad comercial y por filohelenismo del rey, pródigo en donaciones a los templos griegos. La misma Sardes se convirtió en ciudad medio griega.

La estrella de Creso comenzó a declinar con la destrucción de los medos cuyo rey Astiages era su cuñado. Como ya hemos dicho, los estados amenazados por el expansionismo de los persas (Egipto y Babilonia) sellaron con Creso una coalicción que llegada la ocasión se mostró ineficiente y a la que también Esparta se adhirió pero

luego no envió ayuda. Parece que Creso, animado por una respuesta del oráculo de Delfos, inició las hostilidades traspasando el Halys. Rechazado fue asediado en Sardes, fue hecho prisionero (546) y enviado a Persia donde murió de muerte natural, y no de muerte violenta como quiere la leyenda.

Con la ruina del reino de Lidia, Asia Menor quedó sometida al imperio Persa, y de manos de los persas pasó a las de Alejandro Magno. A su muerte (323 a.C.) Asia Menor quedó sometida a los sucesores de Alejandro y se desarrolló en ella con pujanza el helenismo. Desde el siglo II a.C. comenzaron a intervenir en Asia Menor los romanos, que acabaron conquistándola.

V. SIRIA Y PALESTINA

LOS SEMITAS

Amorreos y cananeos

En el segundo milenio Siria, Palestina y Fenicia estaban habitadas por poblaciones principalmente semíticas reunidas en aquella zona como fruto de frecuentes migraciones iniciadas ya en el cuarto milenio. De aquí, en varias ocasiones, habían partido movimientos de gran alcance cuyas principales directrices conducían al Mediterráneo y a Mesopotamia. La ciudad sumeria de Mari tenía una población mayoritariamente semita. Semita era también Sargón de Akad y semitas los soberanos de la casa de Hammurabi, fundadores de Babilonia.

El hecho determinante en la historia de estos pueblos fue un gigantesco desplazamiento hacia occidente que se verificó hacia finales del tercer milenio (hacia el 2350 a.C.) y el ponerse en comunicación seguramente con la civilización akadia en Mesopotamia. No se sabe si la ocupación fue violenta, ni si fueron conquistados todos los numerosos centros ciudadanos que prosperaban en aquella región. Biblos, por ejemplo, era ya un antiguo centro comercial hacia el año 3000 a.C.: sabemos que en tiempo de Snefru (hacia el 2700 a.C. había enviado a Egipto 40 naves cargadas de troncos de cedro).

Al comienzo del segundo milenio se distinguen dos grandes grupos, ambos de estirpe semítica: los *amorreos* (nombre que en sumerio significa occidentales) estableci-

dos al norte y los *cananeos* (del akadio *kinanu* = habitantes de la llanura, o tal vez tintoreros de púrpura) establecidos en el sur. Un grupo de mayoría amorrea se había introducido mientras tanto en la estrecha faja costera comprendida entre el mar y los montes del Líbano y de Galilea: tal vez fueron estos los directos progenitores de los fenicios. Tiro y Sidón se hicieron ciudades amorreas.

La inicial afinidad cultural y lingüística de estos grupos se fue debilitando poco a poco a causa de las diversas influencias a las que estuvieron expuestos: en el norte prevalecieron las influencias hurritas y mesopotámicas y en el sur y en la costa las egipcias y mediterráneas. Esta diferenciación estuvo luego favorecida por las diferencias ambientales existentes entre las zonas irrigadas y costeras propicias para la agricultura, y las estepas del interior, aptas para el pastoreo. Aquí perduraron la organización tribal y el nomadismo. Muchos reyes pastores hycsos llevan nombres cananeos. En los primeros tiempos las varias potencias imperialistas habían mirado a la zona sirio-palestina como un simple campo de expansión territorial, contentándose con establecer su influencia al menos sobre algunos de los innumerables principados que habían surgido; pero cuando el aprovisionamiento de materias primas y de minerales adquirió una importancia capital para su economía, el control de aquel neurálgico centro de irradiación del tráfico comercial se hizo indispensable. Desde este momento la independencia de las poblaciones levantinas estuvo continuamente amenazada a causa de su misma privilegiada posición geográfica.

Inicialmente la navegación debió ser una actividad esporádica y principalmente costera; fueron los cretenses los que enseñaron a los amorreos el arte de la navegación. Entre el 1800 y el 1600 en Ugarit existió una fuerte colonia minoica y ciertamente los intercambios con Creta eran intensos y regulares. Más tarde también los micénicos tuvieron su propia colonia en Ugarit e hicieron de esta ciudad la base de su penetración comercial hacia el interior. Fue el período (1500-1300) de máximo esplendor

de Ugarit. Mientras tanto se sucedían los enfrentamientos y las dominaciones extranjeras: hurritas, hititas, mitanos, luego los egipcios a partir de Tutmosis III; nuevamente los hititas en tiempo de Suppiluliuma. En vísperas de la invasión de los pueblos del mar el tratado hitita-egipcio de 1269 reconocía la influencia egipcia sobre la zona.

Los arameos y los reinos siro-hititas

Después de la invasión de los pueblos del mar y el derrumbamiento del imperio hitita el orden político y étnico del Oriente aparece revolucionado. A los antiguos grupos seminómadas de amorreos y cananeos se les añadieron otros (todos de estirpe semítica, a excepción de los filisteos), que no sólo buscaban un espacio vital sino que dieron vida a formas políticas más evolucionadas y organizadas.

En la zona interior de Siria (valle del Alto Eúfrates, llanura de Amuq, zona de Aleppo, llanura de Marash y valle del Ceyhan) la mayoría estaba representada por los hititas y por los arameos (grupo superviviente de los amorreos). Por doquier surgieron ciudades-estado, los llamados reinos siro-hititas, con preponderancia unas veces aramea (Sinjerli, Karatepe, Malatya, Damasco) y otras veces hurrita e hitita (Karkemish, Marash, Aleppo). Estos principados, algunos de los cuales duraron medio milenio, tuvieron una existencia bastante difícil, siempre en ebullición, bajo la amenaza del expansionismo asirio, como ya hemos visto. Su economía era, por el contrario, bastante próspera, porque su posición, en el cruce de las vías caravaneras entre el Mediterráneo y Mesopotamia y entre Asia Menor y Egipto, les convertía en camino natural e indispensable del comercio fenicio hacia el interior. Damasco, por ejemplo, fundó colonias comerciales casi por doquier.

La importancia cultural de los arameos fue enorme: baste recordar que el arameo (basado en un alfabeto de

derivación fenicia) fue lengua internacional del Imperio Persa y de todo el Medio Oriente, hasta la época cristiana.

LOS FILISTEOS

Establecidos en la franja costera de Canaán, entre el monte Carmelo y Gaza, los filisteos dieron vida a una confederación de ciudades-estado (Ecron, Asdod, Ascalon, Gat, Gaza) y entraron inmediatamente en conflicto con los israelitas, que estaban ocupando el interior y con los egipcios, contra los que organizaron correrías. En sus embarcaciones típicas de alta proa embarcaban carros y bueyes, mujeres y niños: así al menos se les representa en los relieves de Medinet Habu que Ramsés III hizo esculpir para celebrar su victoria. Su armamento más característico consistía en grandes escudos redondos y en cortas espadas de hierro.

Su aportación más interesante es, precisamente, la difusión del hierro en las regiones palestinas, ya que mantuvieron durante mucho tiempo el monopolio de este metal, mejoraron su técnica y elaboración. Sólo después de la aparición de los filisteos en Palestina se hizo el hierro de uso común. Es de recordar que Canaán recibió el nombre de Palestina por referencia a los filisteos (*Pelishtim).* Ese nombre lo generalizaron los romanos después de la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C. Tal vez quisieron con ello humillar aún más a los hebreos, imponiendo al país el nombre de sus tradicionales enemigos.

LOS FENICIOS

Origen y condiciones ambientales

Mientras al sur los cananeos eran atacados, simultáneamente, por los filisteos y hebreos, las ciudades de la costa siria continuaban con su lucrativo comercio. Ya en este tiempo hallamos establecidos en ella a los fenicios.

No es posible determinar exactamente su procedencia, salvo que eran de origen semita. Tal vez eran descencientes directos de los amorreos o tal vez se habían reunido allí en compañía de arameos y hebreos. El origen de su nombre es también oscuro: el término *phoinix* usado por Homero indica un color rojo oscuro. Enseguida el nombre se dio a los cananeos, tal vez porque eran los productores de la púrpura roja, o más probablemente por el color de su piel. Los romanos, latinizando el término griego, llamaban *phoenices* a los fenicios orientales y *poeni* a los de Cartago y otras colonias occidentales. De hecho es cierto que ellos eran los herederos de la tradición comercial y marinera de los antiguos amorreos y que después de la caída de los micenos, fueron momentáneamente dueños del Mediterráneo, dominio que sólo les disputaban los filisteos, que tenían en Ascalon su centro comercial.

De Mesopotamia, de Siria, de Arabia, de Egipto llegaban mercancías preciosas para ser intercambiadas por manufacturas y materias primas. Las varias ciudades-estado (Arado, Biblos (hoy Subail), Simira, Berito (Beirut), Sidón (Saida), Accho (San Juan de Acre) y sobre todo Tiro (Sur) se convirtieron en florecientísimos centros de intercambio. Los fenicios supieron mantener esta privilegiada coyuntura potenciando al máximo su producción artesanal (tejidos, marfil, manufacturas metálicas, vidriería) y mejorando la técnica naval (vela, timón) o explotando los recursos naturales como el múrice, del que extraían la púrpura, y la madera, como el cedro, muy apreciado para carpintería y la construcción de edificios, aunque no para la construcción naval, para la que no sirve y para la que utilizaban el abeto.

Organización socio-económica

Toda esta vitalidad de iniciativas no podía menos de influir en la estructura socio-económica de las ciudades fenicias. Subsistía siempre la antigua concepción monárquica, pero la clase empresarial, que detentaba el poder

económico, no tardó en presentar al rey e influir en sus decisiones. Eran frecuentes los golpes de estado y muchas colonias estaban fundadas por dinastías expulsadas de la madre patria. Estos golpes de estado acabaron por corroer el prestigio de la monarquía fundado sobre la autoridad y la continuidad dinástica, y allanaron el camino a los oligarcas. Finalmente, en el período de la dominación persa la monarquía desapareció y se modificó profundamente, como ocurrió en Tiro y Cartago, donde se instauró el sistema de la doble monarquía, según el ejemplo griego.

También el orden social se dejó influenciar naturalmente por la situación económica. Aunque el elemento semítico vino a sobreponerse a los otros elementos más heterogéneos y aunque las excavaciones testimonian una gran variedad en el modo de vida de las diversas clases, no tenemos noticias de revueltas sociales. La clase artesana estaba protegida por ser indispensable y la desocupación era ciertamente muy pequeña dado el volumen del tráfico comercial. Los libres no fenicios y naturalmente los esclavos vivían en duras condiciones de explotación. En el plano de la política internacional, por el contrario, debido a su particularismo crónico agravado por las continuas rencillas entre cuidades, los fenicios estaban condenados a no significar nada o casi nada, y a sufrir las influencias de las potencias hegemónicas, puesto que ningún gran estado se podía permitir ignorar una zona tan importante desde el punto de vista tanto estratégico como comercial.

Vicisitudes históricas

La historia de los fenicios es de hecho una historia de dominaciones extranjeras más o menos gravosas que los gobernantes de las ciudades aceptaban sin quedar demasiado subyugados porque con ellos quedaba reforzada su función de mediadores comerciales. En efecto, las revueltas fueron relativamente pocas en relación con las dominaciones, y la resistencia sólo fue encarnizada contra los

sirios, faltos de tacto político. Por ello los fenicios preferían a los egipcios, menos codiciosos y más dadores de trabajo que dominadores. Arados, Biblos y Sidón fueron conquistadas por Tiglat Pileser I hacia el año 1106. Inmediatamente después asistimos a un encumbramiento de Tiro, cuyo rey Hiram el Grande (970-940), fue amigo y aliado de Salomón, le dio técnicos y materiales para la construcción del templo de Jerusalén y organizó con él expediciones comerciales periódicas hacia el Mar Rojo y a Tarshish (tal vez Tartessos en España). Esta amistad entre Tiro e Israel, que nacía de la común aversión a los filisteos, fue más tarde sancionada con el matrimonio de Jezabel, hija de Ittobaal, y el futuro rey de Israel, Ajab (hacia 860).

A partir de 780 el esplendor de Tiro fue declinando a causa de los repetidos ataques de los sirios que iban imponiendo su pesado yugo a toda Fenicia, Tiro, Biblos, Sidón y Arados, pagaron tributos a Asurbanipal II; Arados fue conquistada por Salmanasar III (853). Más tarde Tiro dominaba también sobre Sidón y el señor de ambas ciudades pagó tributo a Tiglat Pileser III. En tiempo de Salmanasar V mandaba en las dos ciudades *Luli* que se alió con los egipcios y tuvo que luchar contra Sargón II y Senaquerib. Este le obligó a huir a Chipre, sometió Fenicia, pero no llegó a apoderarse de Tiro.

En tiempo de Asardahon, Tiro era aliada de los faraones de la XXV dinastía y no se resolvió a pactar con los asirios, sino después de años de lucha (677-671). Luego fue asediada, aunque en vano por Asurbanipal (668). También Nabucodonosor la asedió durante 13 años (585-573), pero tuvo que contentarse con recibir rehenes. Con la crisis de Asur, Fenicia estaba bajo la hegemonía del faraón Necao II. Tiro no fue jamás conquistada hasta los tiempos de Alejandro Magno; pero todas estas luchas con los asirios y babilonios favorecieron el florecimiento de Sidón (para Homero todos los fenicios eran sidonios). Después de la caída de Babilonia, Fenicia pasó a formar parte del Imperio Persa y los fenicios fueron activos y magníficos colaboradores de los persas, entonces dueños

absolutos del Próximo Oriente. Ellos constituyeron, en efecto, el nervio de la flota persa en las guerras contra los egipcios.

Las colonias fenicias

Los fenicios devolvían así a los griegos el daño que estos últimos les habían causado con sus invasiones. Habían visto desvanecerse su hegemonía en el Mediterráneo oriental (a causa también de la hostilidad de los filisteos) y su penetración comercial hacia el norte a lo largo de las costas de Asia Menor había sido prácticamente nula. Aquí, como en Creta y como en Gaza, existieron seguramente establecimientos fenicios, pero no ciertamente colonias. Rodas estaba ya en manos de los griegos desde los comienzos del siglo VI.

A la expansión fenicia sólo le quedaba libre el Mediterráneo occidental. A lo largo de la costa norteafricana surgieron establecimientos que de simples bases de escala llegaron a ser con el tiempo ciudades importantes: Utica (1100), Leptis Magna, Hadrumeto, Oea, Sabratha, Hippos, Tingis, Lixos, Cartago (814). Pero en Italia los fenicios no fundaron colonias. Su establecimiento en Malta y en Sicilia (Palermo, Soli, Mozia) se inició seguramente cuando se hizo necesario frenar la invasión griega y no antes del siglo VIII. Por el contrario, en Cerdeña, se establecieron desde el siglo IX (en Nora, Tharros, Sulci, Cagliari) en concomitancia con los etruscos que estaban entonces ocupando el norte de la isla de Córcega.

A continuación crearon colonias también en España: Cádiz (Gadir), Málaga, Sexi, Abdera y en las Baleares (Ibiza, hacia 654-653), aunque no fueran colonias en el verdadero sentido de la palabra, sino más bien escalas, puntos de abastecimiento y de reunión, bases de partida para las expediciones hacia Cornualles y las costas atlánticas de Africa, aunque la circunnavegación del continente africano por los fenicios es completamente legendaria.

Por lo demás su intención no era criar colonias del tipo de las griegas: su fin era comerciar, no dominar. Sólo Cartago es una excepción de esta regla.

Aportación cultural de los fenicios.

La posición geográfica y las vicisitudes históricas condicionan profundamente la cultura fenicia. Situado en el cruce de todas las influencias, perennemente en contacto con las más diversas civilizaciones, los fenicios no estaban en las condiciones ideales para crear una civilización propia original: su cultura es pues necesariamente mixta. Pero no por esto es pequeña su aportación cultural, ya que fueron ellos los que pusieron en contacto las culturas más diversas; fueron no sólo los mediadores comerciales, sino también los «correos culturales» del mundo antiguo. No olvidemos además las innovaciones aportadas por ellos al arte de la navegación y el otro gran invento, fundamental para el desarrollo de la humanidad, que fue la escritura alfabética, el medio más sencillo y práctico que existe para transmitir el propio pensamiento a través del tiempo, del espacio y que él sólo bastaría para gloria de un pueblo.

También en el campo religioso los fenicios fueron ampliamente deudores de las poblaciones vecinas. En particular asimilaron los cultos agrarios basados en los ritos de la fecundidad con divinidades masculinas como El Baal, Adon, Moloch, y femeninas, como Ilät, Balaat, Astarté, Milkat.

LOS HEBREOS

Orígenes y primeras vicisitudes

Los orígenes del pueblo hebreo no están todavía perfectamente esclarecidos. El Génesis los hace originarios de Caldea; después de una estancia en Harran, habrían

llegado a Canaan para luego pasar a Egipto. Su patriarca Abrahán había llegado en el tiempo de la XII dinastía (hacia el 1900).

La otra fuente la constituyen las tablillas de los archivos reales de Mari (hacia el 2000) y otras tablillas halladas en Nuzzi (Alta Mesopotamia) que nombran entre las tribus semíticas de la zona a los *Habiru* (de donde deriva el nombre hebreos), dando indicaciones sobre sus instituciones y sus costumbres, que en parte coinciden con las de la Biblia. Tal vez Abrahán perteneció precisamente a alguna de estas tribus Habiru.

Más tarde, como ya hemos visto, otras tribus semíticas entraron en Egipto en tiempo de Apofis, el gran hikso que favoreció su instalación para asegurar las bases del propio poder político. Por esto los hebreos fueron perseguidos por los faraones de la XVIII dinastía que, aunque a disgusto, se resolvieron a dejarles partir, porque constituían un óptimo baluarte de defensa de la zona oriental del delta, donde estaban establecidos y tal vez porque eran también una magnífica reserva de mano de obra barata. Los testigos egipcios contemporáneos llaman *abiru* a ciertos esclavos extranjeros y el término *apiru* designó el estrato social más bajo. Si la coincidencia de nombres fuese exacta, deberemos ver en el Exodo, no una simple fuga, sino un auténtico movimiento de emancipación social.

El Exodo

Cronológicamente el Exodo se puede situar entre el 1300 y el 1250. Hacia el 1227 (probable fecha de la «estrella de Israel», hecha inscribir por Merneptah) era ya un hecho realizado.

El Exodo, realizado bajo la dirección de Moisés, fue sin duda un hecho fundamental en la historia de los hebreos, puesto que les dio una fe, una ley y una organización política. En suma, hizo de aquel conglomerado de tribus un pueblo, que se consideró asimismo como el pueblo

escogido del único Dios verdadero, Yahvé, que se convertía así en su «aliado». A la luz de estas consideraciones, la figura del hombre que realizó esta radical transformación adquiere una estatura histórica excepcional: primero agitador social y liberador de su pueblo, luego jefe y legislador, y finalmente, pensador religioso revolucionario.

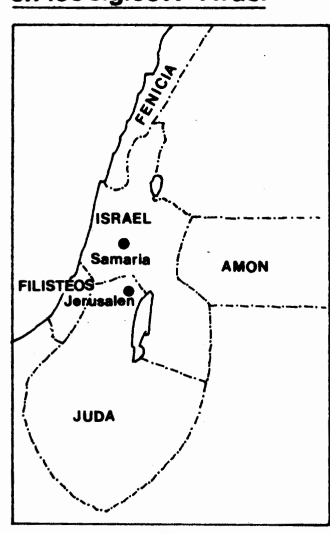
Los primeros reyes

Moisés murió sin haber podido poner pie en la Tierra Prometida. La lenta infiltración en Palestina se realizó bajo la guía de los Jueces, jefes religiosos y militares al mismo tiempo, y sin duda, exigió mucho tiempo y muchos sacrificios. De hecho, algunas tribus, descorazonadas, abandonaron la empresa. Finalmente, para vencer la resistencia de los cananeos, las doce tribus se unieron en una confederación (1200-1000). Mientras tanto, también los filisteos habían penetrado en Palestina. Contra ellos (y también contra los amonitas de Jordania Oriental) hubieron de sostener los hebreos durísimas luchas. Finalmente, para organizar mejor la defensa, recurrieron al nombramiento de un rey a pesar de la violenta oposición de los jueces.

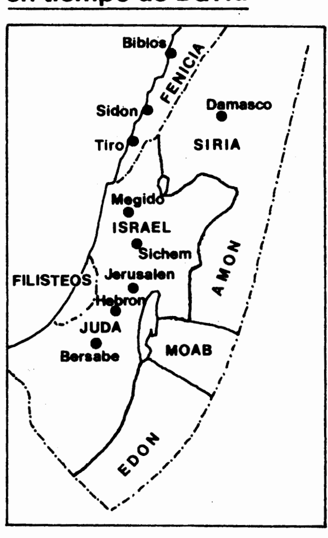
El primer rey, Saúl (hacia 1020-1005), consiguió algunos triunfos sobre los amonitas y sobre los filisteos y murió combatiendo contra estos últimos en Gelboé, en la llanura de Jezrael. Pero antes había tenido que enfrentarse con la revuelta de su yerno David (hacia el 1004-966). Tras luchas e intrigas, David fue ungido rey en Hebrón, conquistó Jerusalén (1003) e hizo de ella la capital religiosa y administrativa del reino. En una serie de batallas venció luego a los arameos de Damasco, a los amonitas, a los edomitas y a los moabitas. La alianza con Hiram de Tiro le supuso una valiosa ayuda contra los filisteos. Con David se llega a la creación de un gran estado palestino, con una administración centralizada, dividido en provincias que estaban regidas por gobernadores. Este programa encon-

tró la furibunda oposición de las tribus, celosas de su autonomía, y la revuelta encontró un jefe en el propio hijo del rey Absalón.

Palestina en los siglos X-VII ac.



Palestina en tiempo de David



Fronteras del reino de David

La obra de centralización la llevó a cabo otro hijo de David, Salomón (hacia 966-926), que dividió el reino en doce provincias, a cada una de las cuales incumbía el deber de mantener la corte durante un mes del año. La economía estatal se basaba en tributos y en prestaciones gratuitas de trabajo.

Salomón invirtió sumas ingentes de dinero en edificar el palacio real y el templo de Jerusalén, sumas que provenían de las expediciones que el rey organizaba, en colaboración con Hiram de Tiro. Eran muy buenas también las relaciones diplomáticas con Egipto, ya que Salo-

món era yerno de un faraón. No fue tan afortunado en la política interior y así tuvo que resignarse a perder las provincias arameas y el reino edomita.

Los dos reinos

A la muerte de Salomón el reino se dividió: Roboam vio cómo su hermano Jeroboam, apoyado por Sheshonq I le despojaba de las provincias del norte y en el 920 entraba a saco en Jerusalén. Surgen así dos estados: al norte el reino de Israel bajo Jeroboam, con capital en Siquem (luego Thirza y Penuel y finalmente Samaria); al sur el reino de Judá bajo Roboam, con capital en Jerusalén.

En el Reino de Israel (926-722) el poder pasó bien pronto a los militares con Amri (878-871) fundador de Samaria. En tiempo de su hijo Ajab (871-852), marido de la fenicia Jezabel, asistimos a una nueva aproximación al reino de Judá (Joram se casa con Atalía, hija de Ajab). El culto de Yahvé, mientras tanto va perdiendo terreno mientras se asienta la idolatría y se infiltran en el país los cultos fenicios. Se rebelan los devotos de Yahvé dirigidos por Elías. Más tarde la revuelta lleva al trono a Yehu (845-817) apoyado por el profeta Eliseo. Los amridas fueron exterminados y quedó abolido el culto de Baal. Pero la presión asiria se fue haciendo cada vez más fuerte: Israel se hace tributario de los asirios y sus tentativas de independencia resultan siempre fallidas. Ya Ajab había sido vencido en Qarqar (853) por Salmanasar III; Joacaz fue vencido por Adad-Nirari III (hacia 790); Oseas fue asediado en Samaria por Salmanasar V (724) y finalmente en el 722 Sargon II tomó y destruyó Samaria. Los mandatarios fueron deportados a Media y Mesopotamia e Israel se convirtió en provincia asiria.

No menos movida y accidentada y tampoco mucho más prolongada fue la vida del Reino de Judá (926-587). Después de casi un siglo de luchas con Israel el matrimonio de Joram (852-845) con Atalía acerca temporalmente a los dos reinos. Después de la muerte de Joram, mientras

en Israel fue ungido rey Jehú, sube al trono la sanguinaria y ambiciosa Atalía (845-839), extermina a todos los pretendientes de la casa de David, instaura un gobierno despótico e introduce el culto de Baal. Al final fue asesinada. Le sucedió Joás. El reino se debilita cada vez más. Amasías es tributario de Damasco y es vencido por los israelitas. Poco después Judá cae bajo la influencia de los asirios. Ezequías (725-697), que trató de rebelarse, fue asesinado en Jerusalén por Senaquerib (hacia el 701). También su hijo Manasés fue tributario de los asirios.

Mientras tanto, a la decadencia política se había unido una progresiva decadencia religiosa que ni siquiera la predicación del profeta Isaías, que vivió en tiempos de Amasías, había podido impedir. Bajo el gobierno de Josías (639-609) hay un vigoroso retorno a la pureza de la antigua religión. Se destruyen todos los templos, a excepción del de Jerusalén. Por breve tiempo el horizonte internacional parece también aclararse. Pero la caída de Asur favorece el resurgimiento de Egipto: Necao II invade el reino y derrota a Josías en Meggido (609).

Poco después toma consistencia la contraofensiva babilonia. Vencido Necao en Karkemish, Nabucodonosor se enfrenta a la inesperada resistencia de Joaquín (587), lo derrota e instala a Sedecías en el trono de Judá. Como ya hemos visto, Sedecías, después de haber jurado fidelidad a Nabucodonosor, se adhirió a una alianza antibabilonia en la que tomaban parte Egipto y algunas ciudades fenicias. Ante esto Nabucodonosor atacó a Jerusalén (587) y la arrasó completamente. Sedecías fue cegado después de hacerle contemplar el suplicio de su propio hijo. Los poderosos del reino, los notables y un gran número de artesanos (preciosa mano de obra especializada) fueron deportados a Babilonia. En Jerusalén solo quedaba una miserable turba desorganizada.

Esta «cautividad de Babilonia» duró hasta el 538, año en que Ciro II se adueñó de Babilonia y envió a los hebreos a su patria, mientras Palestina se convertía en provincia persa.

Vicisitudes posteriores de los hebreos

La dominación persa en Palestina fue benigna: se permitió la vuelta de los desterrados y la reconstrucción del templo de Jerusalén. Sin embargo, con la victoria de Alejandro Magno sobre los persas (332 a.C.) Palestina quedó sometida al Imperio Macedónico, y al desmembrarse éste a la muerte de Alejandro (323 a.C.), el reino helenístico de Siria regido por los Seléucidas (descendientes de Seleuco, uno de los generales de Alejandro). A partir de esta época se generalizó el nombre de judíos (originariamente miembros de la tribu de Judá y luego habitantes del reino de Judá) para designar a todos los hebreos. Algunos de estos monarcas, sobre todo Antíoco IV Epífanes (175-164 a.C.) se empeñaron en helenizar Palestina, como el resto de sus territorios, desarraigando de ella los usos, tradiciones y prácticas peculiares de los judíos. Aunque la helenización fue efectiva en amplios sectores de la población, chocó con la resistencia encarnizada de otros importantes sectores nacionalistas al frente de los cuales destacaron los hermanos Macabeos. La lucha fue durísima y llegó a una gradual independencia de los judíos respecto a Siria, que coincidió con la gradual decadencia del poder de los Seléucidas acosados por los romanos.

Esa época de independencia judía bajo la dinastía hasmonea (descendiente de los Macabeos) (168-37 a.C.) terminó con la conquista romana realizada por Pompeyo (37 a.C.). Inicialmente los romanos controlaron Palestina por medio de reyes vasallos, como fueron los varios Herodes. La situación interna fue de constante tensión, que culminó en las dos Guerras Judías. El levantamiento popular de la primera (66-70 d. C.) acabó aplastado por Vespasiano y Tito y llevó a la destrucción del templo de Jerusalén, símbolo de la tradición y de la religión judía. La segunda rebelión se produjo en tiempo del emperador Adriano, que la reprimió drásticamente (132-135 d.C.). Adriano desarticuló la vida judía de Palestina e hizo de Jerusalén una ciudad pagana. Desde entonces Palestina

fue una simple provincia, en gran parte desjudaizada del Imperio Romano. Entre tanto se había producido el importante fenónemo de la dispersión o *diáspora* (del griego *diasporein* = sembrar, diseminar): además de los judíos desterrados coactivamente a Nínive y Babilonia por los asirios y los babilonios, numerosos judíos emigraron voluntariamente desde el siglo III a.C. a Egipto, Mesopotamia, Siria, Asia Menor, Islas del Mediterráneo, Norte de Africa. Resultado de esa dispersión fue que multitud de ciudades de las regiones mediterráneas y del Oriente Próximo contaron con comunidades judías más o menos prósperas, pero casi siempre muy cerradas respecto al ambiente circundante, y muy aferradas a sus tradiciones y a su ley, con frecuencia abiertamente opuesta a la dominante en la región. Estas comunidades de la diáspora judía fueron más tarde (siglo I d.C.), un importante punto de apoyo inicial para la difusión del cristianismo.

Un segundo fenómeno estrechamente relacionado con las peculiares características de la diáspora fue la formación y difusión de lo que a partir del siglo XIX se ha llamado antisemitismo: una prevención hostil hacia los Judíos, cuyo modo de vida cerrado y exclusivista resultaba extraño y ofensivo y a los que la imaginación popular hostil atribuía toda suerte de atrocidades. Ese antisemitismo, que data al menos del siglo III a.C., ha dado lugar a lo largo de la historia a multitud de conflictos y brutales represiones.

Aportación cultural de los hebreos

Las vicisitudes que hemos narrado no bastarían por sí solas para asignar a los antiguos hebreos un puesto considerable en la historia. Pero es que además hicieron a la humanidad una aportación que es imposible de calcular porque está íntimamente unida al tejido mismo de la historia: la religión. Y no tanto por su monoteísmo cuanto por la esencia misma de ese monoteísmo, por su original modo de entender las relaciones entre Dios y el hombre,

no ya como de señor a siervo, sino como un pacto de alianza dictado por Dios mismo en su ley. Este pacto hace que la misión del hombre sobre la tierra sea una misión sagrada. La religión se convierte así en una fuerza histórica, porque determina la acción humana. Por lo demás, el estado hebreo permaneció siempre fundamentalmente teocrático, incluso después de que el poder pasara de los jueces a los reyes.

Es difícil precisar cuándo quedó plenamente configurada la religión en sus rasgos esenciales que luego le caracterizaron definitivamente. En ese proceso fue decisiva la acción de los profetas (siglos XI-V a.C.), que en su predicación explicitaron y acentuaron esos rasgos diferenciales que ya antes existían de forma más difusa.

La religión de Israel queda sustancialmente recogida en los libros sagrados que constituyen lo que en Occidente cristiano se conoce como Antiguo Testamento. En él se distinguen tres partes: la ley *(tora),* los profetas *(nebim)* y los libros sapienciales e históricos *(ketubim).*

La ley está constituida por los cinco libros (Pentateuco) atribuidos a Moisés en los que se narra la creación del mundo, la primitiva historia de la humanidad, la elección del pueblo y su vida en tiempo de los patriarcas, la estancia en Egipto, la liberación y migración del pueblo a través del desierto. El Pentateuco contiene también diversos códigos legales primitivos y la ley que según la tradición dio Yahvé a Moisés en el Sinaí.

Los profetas fueron hombres de personalidad sobresaliente que durante varios siglos y con intermitencias hablaron al pueblo en nombre de Yahvé: predijeron sucesos, realizaron prodigios, anunciaron un futuro feliz tras graves desdichas, fustigaron los vicios y las desviaciones. Con frecuencia tuvieron graves conflictos con la autoridad real y algunos de ellos pagaron con su vida la libertad de palabra con que actuaron ante la autoridad. Entre los profetas destacan las figuras de Elías, Eliseo, Isaías, Jeremías, Ezequiel, etc. En los escritos de los tres últimos la

pureza del monoteísmo y la profundidad religiosa de las enseñanzas éticas llega a límites no superados en la historia de la humanidad.

Los libros sapienciales del Antiguo Testamento recogen unos una literatura típicamente oriental que da normas morales basadas en la experiencia, llenas de sensatez, pero con frecuencia de menos elevación moral que las de los profetas. Hay también libros poéticos de gran elevación lírica: el Cantar de los Cantares es un delicado poema erótico; los Salmos son 150 composiciones líricas de contenido religioso, donde con frecuencia la formulación lírica del sentimiento religioso es de una elevación, vigor y belleza insuperables.

La religión de los hebreos fue radicalmente monoteísta y cerrada. Yahvé era el dios de Israel, pero no en el sentido henoteísta de ser el único dios de Israel, pero un dios que coexiste simultáneamente con los dioses de otros pueblos, sino en el sentido de ser el Dios único del universo, mientras que los presuntos dioses de otros pueblos son simples espíritus malignos secundarios o meras creaciones de la imaginación humana. Ese Dios único es personal, creador de todo y está perfectamente separado de las fuerzas cósmicas de la naturaleza. Por otra parte, a pesar de ser Señor del universo, está estrechamente vinculado a Israel, al pueblo elegido por Yahvé. Entre Yahvé e Israel hay un pacto de mutua fidelidad la Alianza o Testamento *(berit)* por el que Yahvé se compromete a asistir y salvar a su pueblo y su pueblo se compromete a ser fiel a Yahvé. La historia de Israel se interpreta en los libros sagrados como la sucesión de fidelidad, infidelidad y arrepentimiento de los grandes personajes de Israel y del pueblo como unidad colectiva. A todo ello corresponde el bienestar o las calamidades personales y colectivas del pueblo y las intervenciones salvíficas de Yahvé para ayudar, castigar, corregir y salvar a su pueblo.

La implantación de la nueva religión no fue fácil ni entre los mismos hebreos: muchas veces, como ya hemos visto, se introdujo la idolatría e incluso Salomón cedió

ante ella en los últimos años de su reinado. Pero siempre surgieron del pueblo hebreo hombres inspirados, los profetas, que salvaban la genuinidad de la fe y vigilaban para que se observara la ley pura e inalterada. En esta ley se contenía otra novedad explosiva. No era simplemente un código únicamente válido para el pueblo hebreo, sino que sus normas tenían valor universal. Sobre este principio de universalidad se fundaría más tarde el mensaje cristiano.

VI. EL IMPERIO PERSA

EL PAIS

Irán es una inmensa región limitada por el norte por el Mar Caspio y las estepas del Turkestán, por el oeste por Armenia y Mesopotamia, por el sur por el Golfo Pérsico y el mar Arábigo y por el este por la India. El país está formado por una alta meseta esteparia e irregular, con zonas desérticas, sin ríos importantes y de clima continental. Esas altas tierras iranianas están enmarcadas por altas montañas que parten de los montes de Armenia: en dirección Sureste el Zagros (que le separa de Mesopotamia) continuado por el Fars y el Laristán, y en dirección este los montes Elburz.

Los primeros restos humanos descubiertos en Irán tienen una edad aproximada de 80.000 años y responden a una época en la que el clima de Irán era más cálido y húmedo que en la actualidad. Hasta mucho más tarde en Irán central hubo lagos, que más tarde se secaron. En el país había ricos yacimientos de cobre y estaño; en las estepas abundaba el ganado caballar. Por otra parte el territorio era paso obligado para los mercaderes, que de la India, o Turkestán iban a Mesopotamia.

A lo largo de los siglos penetraron y se establecieron en Irán multitud de pueblos. Entre ellos se impusieron las lenguas arias de algunos de ellos. Durante mucho tiempo esos pueblos estuvieron, más o menos sometidos a los grandes reinos de Mesopotamia en sus momentos de expansión imperialista. De entre esos pueblos hay que

destacar a los medos, establecidos en la zona central del Zagros y a los persas, establecidos más al centro del país, al sureste del lago Rezaye. Estos dos pueblos consanguíneos, indoeuropeos, entran oficialmente en la historia con la mención que se les hace en los anales de Salmanasar III (835) , que refieren que el rey «llegó a la tierra de los medos» y «recibió el homenaje del rey de Parsua».

Las circunstancias que les llevaron a establecerse, en el curso del segundo milenio, en la vertiente oriental del Zagros permanecen oscuras, como oscuras y fragmentarias son también las noticias respecto a los primeros siglos de sus vicisitudes, que debieron ser de luchas entre los clanes por la supremacía interna. Su sociedad, esencialmente dedicada al pastoreo nómada, no favorecía, ciertamente, la centralización de los recursos y la creación de un estado unitario. Los asirios, de hecho, no tuvieron dificultades en contenerlos y Sargón II infligió una grave derrota a Daiakku en el 715. En este período los persas se habían establecido ya más al sur, en el actual Fars y estaban consumando su unidad bajo la dirección de los Aqueménidas, todavía demasiado débiles, sin embargo, para sustraerse al vasallaje medo. Un centenar de años más tarde el proceso de unificación debía ya estar en un buen punto, ya que *Fraorte* (647-625) logró reunir fuerzas suficientes para rechazar un ataque de los cimerios y de los escitas, combatiendo a los cuales encontró la muerte.

EL DOMINIO DE LOS MEDOS

Fue su hijo Ciaxares (625-585) quien logró dar unidad compacta al pueblo medo. Rechazados los cimerios y los escitas se aprovechó de la debilidad asiria para aliarse con Nabopolassar, se adueñó de la Alta Mesopotamia y de Urartu, entró después, inmediatamente, en conflicto con Aliatte, rey de Lidia, que le cerraba las salidas del Egeo: cinco años de guerra (590-585) no llevaron a ninguna solución (la batalla final fue interrumpida por un eclipse de sol) y se estableció el límite entre Lidia y Media en el río

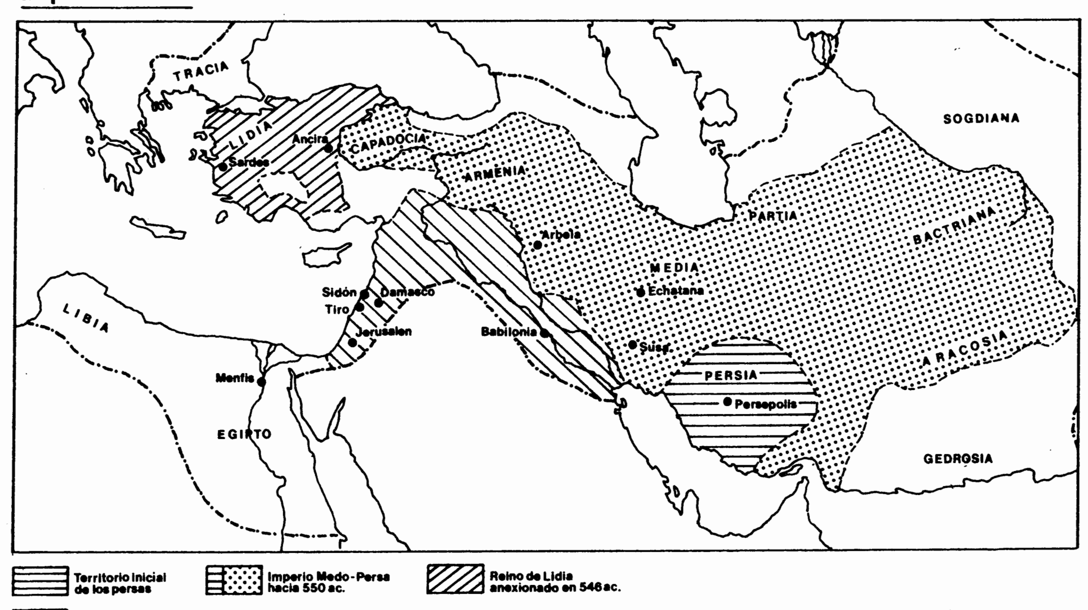
Halys (actual Kizil Irmak), en Asia Menor central. A *Ciaxares* le sucedió su insignificante hijo Astiages (585-550), cuya debilidad favoreció la subida de los persas, que se habían ido organizando cada vez mejor bajo la dirección del rey de Azan, Cambises I y luego de su hijo Ciro II el Grande.

EL IMPERIO PERSA

Rebelándose contra Astiages, Ciro II (559-529) le hizo prisionero e impuso la propia soberanía incluso a los medos. La amenaza persa, que rompía el equilibrio de Oriente Medio, provocó la coalición de Babilonia, Egipto y Lidia. Pero en el momento de la lucha (546) Creso de Lidia quedó solo y Ciro pudo dar cuenta de él en poco tiempo. El Imperio Persa entraba así en contacto directo con las colonias griegas de Asia Menor que, a pesar de la moderación demostrada por Ciro, se lanzaron a la rebelión, ofreciéndole así pretexto para continuar sus conquistas. En este período fue cuando los focios emigraron a Córcega y Marsella (Massalia o Massilia). A los colonos jonios se les impuso la obligación de pagar tributo y de servicio militar. Hacia el 540 toda Asia Menor reconocía ya la soberanía de Ciro y, al año siguiente, también Babilonia entraba a formar parte del Imperio Persa. Los últimos años del reinado de Ciro los empleó en campañas militares al oriente del Irán, con el fin de contener a los pueblos de la estepa y asegurar las vías comerciales. A su muerte, su hijo Cambises II (529-522) recibía la herencia de un estado bien protegido hacia oriente y con capacidad para concentrar su esfuerzo imperialista hacia occidente, donde Egipto era la única potencia que podía disputar todavía a los persas el imperio del mundo.

Apenas subido al trono, Cambises tuvo que eliminar a su hermano Bardiya (en griego Smerdi) y luego se volvió contra Egipto. En vez de ir por mar se dirigió allí por el desierto, siendo surtido de agua por los beduinos. Batió en Pelusio a Psamético III, recién subido al trono: lo asedió

Imperio Persa



en Menfis y tomó la ciudad. Egipto se convirtió en provincia persa. Estando aún en Egipto un asceta iranio, Gaumata, apoyado por la nobleza, le usurpó el trono, haciéndose pasar por Smerdi. Mientras volvía a la patria Cambises murió accidentalmente en Siria: sin embargo Gaumata fue eliminado poco después por causas no bien conocidas, por la misma nobleza que le había elevado al trono (521).

El poder pasó al jefe de los conjurados, Darío I (521-486), también de la estirpe de los Aqueménidas y yerno de Ciro II. Darío empleó cuatro años en reprimir las revueltas de los varios pueblos del imperio y en reducir a los sátrapas (gobernadores) que se habían declarado independientes: los más renitentes fueron castigados con atroces suplicios públicos. Luego se dedicó a organizar el estado sobre la base de un absolutismo que en ciertos aspectos recuerda el de los asirios: también el gran rey de los persas es soberano por derecho divino; recibe el poder de Ormuz, el dios de la luz y sólo a él rinde cuentas; todo el territorio del imperio, incluyendo sus habitantes, es propiedad suya.

Así como Ormuz está rodeado de los siete espíritus de la luz, el emperador está asistido por un consejo de siete ministros. Los generales y funcionarios de grado elevado se escogen entre los pertenecientes a siete estirpes privilegiadas (comprendida la real). La flor de la aristocracia guerrera (mil hombres llamados inmortales) protege a la persona del soberano. Este escucha el parecer de sus ministros y de sus funcionarios, pero las decisiones sólo le corresponden a él y a sus inapelables. Sus órdenes vienen emanadas directamente de la cancillería real, que siempre sigue al rey y a la corte, en invierno en la cálida Babilonia, en verano en Ecbatana (la capital de Media, bastante elevada sobre el nivel del mar) y en primavera en Susa. La lengua oficial del imperio era el arameo. La rapidez de los mensajes estaba asegurada por una eficiente red de caminos con frecuentes estaciones de posta para el cambio de caballos y que al mismo tiempo constituía la espina

dorsal de la economía del imperio, al favorecer el intercambio de productos entre las regiones más lejanas.

En la práctica, el absolutismo regio está atemperado con una amplia grandeza de miras; se respetan los cultos, costumbres e incluso las instituciones políticas de los varios pueblos del imperio (donde sobrevive la ciudad-estado). Lo importante es que los súbditos no regateen sus obligaciones, como la del pago de impuestos, del servicio militar y de la prestación gratuita de trabajos. En la administración de las provincias o satrapías (instituidas por Ciro y aumentadas por Darío a 20) intervienen los sátrapas (virreyes que ejercen todos los poderes, excepto el militar que ejerce directamente el soberano). También sus poderes judiciales están limitados por los varios usos locales y su actuación está constantemente vigilada por los funcionarios reales, llamados «ojos y oídos del rey». El papel principal de los sátrapas consiste en la exacción de los tributos y en el reclutamiento de soldados exigidos por el soberano de cada una de las satrapías, evitando los retrasos, puesto que son estos tributos y estos soldados los que garantizan el poder e invencibilidad del Gran Rey.

Una vez realizada la obra de reorganización, Darío emprendió la obra expansionista. En el 513 sometió (o tal vez volvió a someter) los territorios indios hasta el Indo; al año siguiente organizó una gigantesca expedición contra los escitas establecidos en Rusia meridional, cuya economía había alcanzado un cierto grado de prosperidad gracias al comercio con las colonias griegas del mar Negro. Darío les atacó desde el oeste: pasó el Bósforo sobre un puente de barcas y recorrió Tracia hasta el Danubio, pero sin llegar a tomar contacto con los bárbaros que, evidentemente, adoptaban una táctica de retirada. De todas maneras quedó dueño de Tracia y de Macedonia (512). Ahora la amenaza del inmenso Imperio Persa se centraba únicamente en la península helénica. La lucha entre los persas y griegos constituye las llamadas Guerras Médicas (490-479 a.C.), uno de los acontecimientos fundamentales en la historia de Grecia. El poderío persa quedó

debilitado en Occidente y tras una época decadente acabó sucumbiendo ante Alejandro Magno (331 a.C.)

ULTERIOR EVOLUCION HISTORICA DE PERSIA

A la muerte de Alejandro Magno (323 a.C.) Irán quedó en poder de Seleuco, uno de los generales de Alejandro. El año 247 a.C. Arsaces I, jefe de los partos, pueblo de origen escita, procedente de Turkestán e instalado al noreste de Irán a principios del siglo III a.C., dominó Irán, lo hizo independiente de los seléucidas y creó el reino de los Partos o de los *Arsácidas,* en el que se fundieron las culturas persas y helenística. Durante mucho tiempo los partos estuvieron en casi continuo conflicto con el Imperio Romano, con el que disputaban los territorios de Armenia y Mesopotamia.

El año 227 d.C. Adrashir, jefe de la familia de Sasán, destronó al último rey arsácida y creó el Reino neopersa de los Sasánidas, más orientalizado y más fiel a las viejas tradiciones persas que el de los arsácidas. Los sasánidas continuaron sus casi constantes luchas con Roma y luego con Bizancio, disputándose Armenia, Siria y Mesopotamia. El año 637 d.C. terminó esa fase de la historia persa al ser conquistado Irán por los árabes.

LA CULTURA PERSA

Medos y persas eran arios establecidos en las grandes estepas del Irán donde se dedicaban preferentemente al nomadismo trashumante. Su organización básica era la tribu, dividida en clanes y familias. Los vínculos de fidelidad personal dentro de cada grupo eran intensos y su estructura política, monárquica, se basaba en esas relaciones personales de fidelidad. Aunque medos y persas habían tenido, desde antiguo, contactos con los asirios de Mesopotamia, conservaban rasgos culturales muy diferenciados en su religión, su estructura social y su arte.

En el campo religioso tuvo extraordinaria importancia la reforma religiosa de Zoroastro (*Zarathushtra)* oriundo de Bactriana (en el actual Afganistán), que a partir de hacia el año 600 actuó como profeta. En el año 588 convirtió a un importante príncipe a su doctrina religiosa, que tuvo al mismo tiempo un marcado sentido social de defensa de los pobres y oprimidos, de la paz y del trabajo. Sus doctrinas quedan recogidas en los cantos de Avesta (en persa = tradición), compilados en forma definitiva mucho más tarde (siglo III d.C.) La doctrina es denominada mazdeísmo, porque se centran en la adoración de Ahura Mazda (= señor sabio), divinidad suprema en la que se funden las personalidades divinas de Varuna y Mitra. Como concreción de sus sentimientos hay un Spenta Manyu (= espíritu del bien) rodeado de otros espíritus buenos menores (*amesha spenta* = espíritus inmortales) a los que se opone el espíritu del mal (Angra Manyu), acompañado de los demonios (*daevi).* La doctrina de Zoroastro es marcadamente escatológica y promete a los buenos recompensas y predice una próxima purificación del universo mediante un cataclismo general que pondrá de relieve la victoria final de Ahura Mazda.

El mazdeísmo fue difundido por predicadores ambulantes, a los que se dio el nombre de magos y que introdujeron, poco a poco, algunas modificaciones. Se acentuó el dualismo por la radical oposición de Ormazd (nuevo nombre derivado de Ahura Mazda) y Ahriman (antes Angra Manyu). El dualismo moral pasó a ser dualismo teológico.

Después de la desaparición del Imperio Persa hubo dos importantes corrientes religiosas de origen persa, derivadas del mazdeísmo: el culto de Mitra, que obtuvo un desarrollo autónomo y logró gran difusión en el Imperio Romano y el maniqueísmo, corriente herética y perseguida en Persia, pero ampliamente difundida en el Imperio Romano. La religión de Zoroastro fue durante siglos religión oficial del Imperio Persa; sobrevivió a la conquista de Alejandro; siguió siendo religión oficial de los Arsáci-

das y Sasánidas y sólo fue eliminada por la dominación *islámica* en la Edad Media. Quedan restos de ella en la religión de la minoría parsi (= persa) en la India en la región de Bombay.

En la práctica popular de la religión se desarrolló ampliamente la magia para aplacar y bloquear la acción maléfica de los espíritus de las tinieblas al servicio de Ahriman.

Por otro lado los persas al dominar a otros pueblos con ideas y prácticas religiosas muy distintas a las suyas fueron extraordinariamente tolerantes y respetaron y fomentaron los cultos de los pueblos sometidos. Lo mismo ocurrió con la cultura de esos pueblos, que lejos de extinguirse se siguió desarrollando bajo el dominio persa. Tal fue el caso de la astronomía babilónica.

El monoteísmo persa no admitía estatuas divinas. Las ideas persas sobre la mortalidad no llevaron tampoco a la construcción de tumbas. Por ello el desarrollo del arte persa fue tardío y se debió, principalmente, al deseo de los grandes reyes de no ser menos que los de los pueblos que habían sometido. Se creó así un arte regio, en el que se fundieron ideas y orientaciones procedentes de otros pueblos integrados en el territorio del Imperio Persa. Surgieron así los gigantescos palacios y sepulcros reales de Susa y Persépolis, con elementos arquitectónicos y artísticos procedentes en gran parte del arte mesopotámico.

INDICE TEMATICO

A

B

C

CUADRO CRONOLOGICO

SIGLO XX a.C.

Hegemonía de Asur.
Civilización minoica.
Edad de bronce en Europa.
XI y XII dinastías de Egipto.
Llegada de los hititas a Asia Menor.
Amorreos en Babilonia.

SIGLO XIX a.C.

Sesostris III (1878-1841).

SIGLO XVIII a.C.

Expansión de los hititas en Siria.
Asur vasallo de Babilonia.
Hamurabi (1728-1686).

SIGLO XVII a.C.

Dinastías XIII-XVI en Egipto.
Hegemonía Babilonia.

SIGLO XVI a.C.

Fundación del reino de Mitanni.
XVII y XVIII dinastías en Egipto.
Casitas en Babilonia.
Expansión celta en Europa.
Gran desarrollo hitita.

SIGLO XV a.C.

Tutmosis III (1480-1448) en Egipto.

Desarrollo hitita.
Hegemonía de Mitanni.

SIGLO XIV a.C.

Amenofis III (1413-1377), Amenofis IV (1377-1358), Tutankamon (ca. 1354-1346) y Ramsés I (ca. 1314-ca. 1312) en Egipto.
Esplendor hitita.
Crisis de Asur y Mitanni.
Hegemonía micénica.

SIGLO XIII a.C.

Ramsés II (ca. 1301-ca. 1235).
Batalla de Qadesh y pacto egipcio-hitita (1278).
Salmanasar I (ca. 1270-ca. 1250) en Asiria y fin del reino de Mitanni.
Pueblos del mar.
Reinos siro-hititas.
Casitas en Asiria.
Asentamiento de los medos en los montes Zagros.
Asentamiento de los persas en el Fars.
Exodo de los israelitas de Egipto.

SIGLO XII a.C.

Ramsés III (1197-1165) en Egipto.
Nabucodonosor I (ca. 1146-ca. 1123) en Babilonia.
Reino de Urartu en Armenia.
XX dinastía egipcia.
Dorios en Grecia.
Cultura de Villanova en Italia.

SIGLO XI a.C.

Tiglat-Pileser I (112-1097) en Asiria.
Saul (ca. 1035-1015) rey de Israel.

SIGLO X a.C.

Tiglat-Pileser II (965-933) de Asiria.
Hegemonía meda en Irán.
XXI dinastía en Egipto.

David (1015-ca. 975) y Salomón (ca. 975-ca. 931) en Israel: división del Reino.
Hiram I (969-935) rey de Tiro.
Llegada de los dorios a Laconia.

SIGLO IX a.C.

Hegemonía de Asiria: Asurnazirpal II (883-859), Salmanasar III (858-824).
Desplazamiento de los cimerios y escitas hacia Occidente.
Batalla de Qarqar (853).
Colonización fenicia en el Mediterráneo: Cartago (814).
Llegada de los etruscos a Italia.

SIGLO VIII a.C.

Hegemonía asiria Tiglat-Pileser III (755-727), Sargón II (722-705), Senaquerib (705-681).
Conquista de Fenicia e Israel por Asiria.
Colonización griega en el Mediterráneo.
Edad de hierro en Europa (Hallstatt).
Fundación de Roma (ca. 753).

SIGLO VII s.C.

Crisis de Asiria: Asarhadon (680-669), Asurbanipal (668-626).
Ciaxares, rey de los medos (625-585).
Reconstrucción de Babilonia: Nabopolasar (625-604), Nabucodonosor II (603-562).
Conquista de Asiria (612) y Urartu (610) por los medos.
Necao II (609-594) de Egipto.
Batalla de Karkemish (609).
Dracón (ca. 620).
Expansión etrusca en Italia.

SIGLO VI a.C.

Destrucción de Jerusalén por los asirios.
Solón (594).
Hegemonía de Persia, Cambises I, Ciro II (559-529).
Conquista persa de Media, Babilonia (539), Judea (539) y Egipto (538).

Pisístrato (546-527).
Cambises II (529-522).
Darío I (521-486).
Batalla de Pelusio (525).
Fin de la monarquía en Roma (ca. 510).
Revuelta de Jonia (500-499).

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

1. OBRAS GENERALES (Prehistoria)

H. MÜLLER-KARPE, Handbuch der Vorgeschichte (München 1966-).
A. LEROI-GOURHAM, Les fouilles préhistoriques (Paris 1950).
R.J.C. ATKINSON, Field Archeology[2] (London 1954).
J. BRADFORD, Ancient Landscapes (London 1957).
L.R. NOUGIER, La géographie humaine préhistorique (Paris 1959).
S.J. DE LAET, L'archéologie et ses problèmes (Bruxelles 1954).
M.S. TITE, Methods of physical examination in Archeology (London 1972).
F.E. ZEUNER, The Dating of the Past[2] (London 1949).
P. DE PALOL, Arqueología, propósitos y métodos (Valladolid 1958).
H. ALIMEN, Atlas de préhistoire (Paris 1961).
M.J. AITKEN, Physics and Archeology (London 1961).
J. PIVATEAU, Primates (Paris 1957).
G.H.R.v. KOENIGSWALD, Die Geschichte des Menschen (Berlin 1960).
H. ALIMEN, Les origines de l'homme (Paris 1962).

2. PREHISTORIA (Diversas zonas geográficas)

P.R. Giot, Britanny (London 1960).
A. GRENIER, Les gaulois (Paris 1945).
H. HUBERT, Les celtes et l'expansion celtique jusqu'à l'époque de La Tène (Paris 1950).
H. HUBERT, Les celtes depuis l'époque de La Tène (Paris 1950).

A. DE CASTILLO-YURRITA, La cultura del vaso campaniforme (Barcelona 1928).
H.G. BANDI-J. MARINGER, Kunst der Eiszeit[2] (Basel 1955).
M. ALMAGRO, Origen y formación del pueblo hispano (Barcelona 1958).
V.G. CHILDE, Prehistoric emigrations in Europe (Oslo 1950).
W.A. HEURTLEY, Prehistoric Macedonia (Cambridge 1939).
L. BERNABE BREA, Sicily before the Greeks (London 1957).
J.D.S. PLENDLEBURY, The Archeology of Crete (London 1939).
F. SCHASCHERMEYR, Die ältesten Kulturen Griechenlands (Stuttgart 1955).
M.R. SAUTER, Préhistoire de la Méditerranée (Paris 1948).
J.G.D. CLARK, Prehistoric Europe: the economic basis (Cambridge 1952).
M. GIMBUTAS, The Prehistory of Eastern Europe (Cambridge Nass 1956).
M. MILLER, Archeology in the USSR (New York 1956).
S. PIGOTT Y OTROS, The Dawn of civilization (London 1960).
K.M. KENNYON, Archeology in the Holy Land (London 1960).
TE-KUN CHENG, Archeology in China (Cambridge 1959).
S. PIGOTT, Prehistoric India (Harmondsworth 1950).
P. BOSCH GUIMPERA, Les Indoeurepéens (Paris 1961).
K. JETTMAR, Urgeschichte Innerasiens (München 1957).
K. JETTMAR, Die frühen Steppenvölker (Baden Baden 1964).
H. ALIMEN, Préhistoire de l'Afrique (Paris 1955).
M. ALMAGRO, Prehistoria del Norte de Africa y del Sahara Español (Barcelona 1946).
G. CAMPS, Aux origines de la Berbérie (Paris 1961).
R. VAUFREY, Préhistoire de l'Afrique (Paris 1955).
E. MASSOULARD, Préhistoire et protohistoire d'Egypte (Paris 1959).
E.J. BAUMGARTEL, The Cultures of prehistoric Egypt (London 1955-).
G. MORTELMANS, La préhistoire du Congo Belge et de l'Afrique sud-saharienne (Bruxelles 1952).

S. COLE, The prehistory of East Africa (New York 1963).
N. JONES, The Prehistory of Southern Rhodesia (Cambridge 1949).
J.D. CLARK, The Prehistory of Southern Africa (London 1959).
C.G. SELIGMAN, The Races of Africa (London 1957).
H.H. WORMINGTON, Ancient man in North America[4] (Denver 1957).
H.B. HOWARD, Evidence of early man in North America (Philadelphia 1955).
S.G. MORLEY, The ancient Maya[3] (Stanford 1953).
H.J. SPINDEN, Ancient civilizations of Mexico and Central America[3] (New York 1946).
B.J. MEGGERS-C. EVANS (ed.), Aboriginal cultural Development in Latin America (Washington 1963).
W. BENNETI-J. BIRD, Andean culture history (1949).

3. MESOPOTAMIA

A. PARROT, Archéologie mésopotamienne (Paris 1946-1953).
H. SCHMÖKEL, Geschichte des alten Vorderasiens (Leiden 1957).
J. MILES-G. DRIVER, The Babylonian Laws (Oxford 1952-1955).
P. GARELLI, Le proche Orient asiatique (Paris 1968-1974).
W.F. LEEMANS, The Old-Babylonian Merchant (Leiden 1950).
W.F. LEEMANS, Foreign Trade in Old-Babylonian Times (Leiden 1960).
M. SAN NICOLÒ, Beiträge zur Rechtsgeschichte im Bereich der keilschriftlicen Rechtsquellen (Oslo 1931).
E. EBLING-B.MEISSNER-E. WEIDNER, Reallexikon der Assyriologie (Berlin 1928-).
P. GARELLI, L'asyriologie (Paris 1964).
J. KLIMA, Gesellschaft und Kultur des alten Mesopotamiens (Praha 1964).
J. BOTTÉRE, La religion babylonienne (Paris 1952).
R. BORGER, Handbuch der Keilschriftliteratur (Berlin 1967-).
S.N. KRAMER, The Sumerians (Chicago 1963).
G. CARDASCIA, Les lois assyriennes (Paris 1969).
E. KLAUBER, Assyrisches Beamtentum (Leipzig 1910).
W. HINZ, Das Reich Elam (Stuttgart 1964).

L. WOOLLEY, The Neo-Babylonian and Persan Periods (London 1962).

4. EGIPTO

E. DRIOTON-J. VANDIER, L'Egypte[4] (Paris 1962).
J. VANDIER, Manuel d'Archéologie égyptienne (Paris 1952-1958).
A.H. GARDINER, Egypt of the Pharaohs (Oxford 1961).
W.C. HAYES, The Scepter of Egypt (New York 1953-1962).
A. ERMAN-H. RANKE, Aegypten und ägyptisches Leben im Altertum (Tübingen 1923).
W. HELCK, Die Beziehungen Aegyptens zur Vorderasien im 3. und 2. Jahrtausend v. Chr. (Wiesbaden 1962).
W. HELK, Zur Verwaltung des Mittleren und Neuen Reiches (Leiden 1958).
G. POSENER, La première domination perse en Egypte (El Cairo 1936).
P.G. ELGOOD, Later Dynasties of Egypt (Oxford 1951).

5. ASIA MENOR

A. KAMMENHUBER, Die Arier im Vorderen Orient (Heidelberg 1968).
A. GOETZE, Kleinasien[2] (Muñchen 1957).
O.R. GOEURNEY, The Hittites (London 1966).
V. KOROSEC, Hethitische Staatsverträge (Leipzig 1931).
J. FRIEDRICH, Die hethitischen Gesetze (Leiden 1959).
B.B. PIOTROSKIJ, Il regno di Van Urartu (trad. ital. Roma 1966).
R. DUSSAUD, Prélydiens, Rittites et Achéens (Paris 1953).
R.D. BARNETT, Phrygia and the peoples of Anatolia in the Iron Age[2] (Cambridge 1967).
S. LLOYD, Early Anatolia (Hardmonsworth 1956).

6. SIRIA Y PALESTINA

H. KLENGEL, Gescichte und Kultur Syriens (Heidelberg 1965).
A. DUPONT-SOMMER, Les Araméens (Paris 1949).
H. DONNER-W. ROLLIG, Kannanaische und aramaische Inschriften (Wiesbaden 1964-1968).
S. MOSCATI, Il mondo dei fenici (Milano 1966).
W.A. WARD (ed.), The role of the Phoenicians in the interaction of mediterranean civilization (Beirut 1968).

W.F. ALBRIGHT, The Archeology of Palestine (Hardmonsworth 1949).
R. DE VAUX, Les institutions de l'Ancien Testament[2] (Paris 1961-1962).
A.R. JOHNSON, Sacral Kingship in Ancient Israel (Cardiff 1955).
K. GALLING, Studien zur Geschichte Israels im persischen Zeitalter (Tübingen 1964).

7. PERSIA

L. VAN DEN BERGHE, Archéologie de l'Iran ancien (Leiden 1959).
G.C. CAMERON, History of Early Iran (Chicago 1936).
E. HERTZFELD, Altpersische Inschriften (Berlin 1938).
R. GHIRSHMAN, Iran (Hardmonsworth 1954).
H.H. SCHAEDER, Das persische Weltreich (Breslau 1941).
A.T. OLMSTEAD, A History of the Persan Empire (Chicago 1948).
A. CHRISTENSEN, Die Iranier (München 1933).
H.S. NYBERG, Die Religionen des alten Iran (trad. alem. Leipzig 1938).

INDICE

Pág.



BOLSILLO MENSAJERO

Pretende facilitar a un gran número de lectores títulos muy variados selectos en su presentación y en su contenido a precios realmente asequibles.

1. LA MUJER EN LA NUEVA SOCIEDAD
   E. Radius, A. Grosso y otros.
2. PSICOLOGIA DE NUESTROS CONFLICTOS CON LOS DEMAS
   Marc Oraison.
3. LOS SECRETOS DE LA SALUD
   En colaboración.
4. EDUCACION SEXUAL Y CONYUGAL
   Charles y Laura Robinson.
5. EL CAMINO DEL YOGA
   Xavier Moreno Lara.
6. SABER ADELGAZAR
   Dr. Apfelbaum.
7. MARTIN LUTHER KING, REBELDE POR AMOR
   Walter Minestrini.
8. NUEVO TESTAMENTO
   Moderna versión.
9. LA DEPRESION NERVIOSA
   En colaboración.
10. COMO HABLAR EN PUBLICO
    René S. Catta.
11. EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD
    Sylvain Brind'Amour.
12. DOCUMENTOS COMPLETOS DEL VATICANO II
13. LA HERENCIA Y VUESTROS HIJOS
    Dr. Y. Houdard.
14. LOS FABULOSOS JUEGOS OLIMPICOS
    Juan Antonio Ruigómez.
15. LA PAREJA HOY
    M. Teresa Van Eeckhout.
16. VICTORIA SOBRE EL INSOMNIO
    J. Scandel.
17. LA PILDORA
    Yves Genouel.
18. LA PEDAGOGIA SEXUAL Y NOSOTRAS LAS MUJERES
    Dra. Gisela Schmeer.

19. TECNICAS DE LA SERENIDAD
M. Kohler.
20. LAS ENFERMEDADES VENEREAS
Dominique Dallayrac.
21. PEQUEÑECES
Luis Coloma.
22. EL DRAMA DE JESUS
José Julio Martínez.
23. PEQUEÑO DICCIONARIO MEDICO-PRACTICO
Pierre Neuville.
24. VALLE NEGRO
Hugo Wast.
25. MANTENERSE JOVEN. PERMANECER ACTIVO
Dr. Eric Weiser.
26. LA PERSONALIDAD DEL HOMBRE
J. Rattner.
27. EL EQUILIBRIO DE LA PERSONALIDAD
Yves Paul-Margueritte.
28. EL INFARTO. COMO EVITARLO
C. Vallier.
29. LOS AÑOS GANADOS
Dr. Eric Weiser.
30. PSICOLOGIA Y VIDA COTIDIANA
J. Bresse.
31. ADELGAZAR POR LA GIMNASIA
M. Rouet.
32. LA ETERNA JUVENTUD DE LA VIDA
M. Rouet.
33. EL EMBARAZO Y EL PARTO
M. Hèléne Miehe.
34. HEROICA Y TENEBROSA IRA
J. Le Bailly.
35. LOS PARAISOS DE LAS DROGAS
G. Gerosa, N. Willard, B. Bisio.
36. ¿LIBERALIZAR EL ABORTO?
J. Ferin y C. Lecart - M. T. Meulders - V. Veylen.
37. JUAN XXIII. PARROCO DEL MUNDO
Pietro Ambrogiani.
38. LA SALUD POR LA COMIDA
Marcel Rouet.
39. GUIA ALIMENTICIA DEL DEPORTISTA
Dr. A. F. Creff. L. Berard.
40. ENTRENAMIENTO PARA LA LECTURA RAPIDA Y EFICAZ
Maurice Guidici.
41. POLEMICA Y REALIDAD DEL ABORTO
Dr. Enrique Montañés del Olmo.
42. EL ARTE DE CONVERSAR
Harald Raschke.

43. LA PAREJA SIN HIJOS
Suzane Bresard.
44. BELLEZA: 800 RECETAS
F. le Folcalvez.
45. ¿QUE HACER CON VUESTROS HIJOS?
Charles y Laura Robinson
46. PROCESO AL SIGLO XX
Carlos Alfonso.
47. EL FENOMENO DE LAS HORMONAS
Gerhard Venzner.
48. PADRES E HIJOS, ¿AMIGOS O ENEMIGOS?
E. Blumenthal.
49. INTRODUCCION A LA PSICOLOGIA
F. Acha.
50. PSICOLOGIA DE LA PAREJA
En colaboración.
51. INTRODUCCION A LA HISTORIA. (HOMBRES, CLASES, PUEBLOS)
Santos Juliá Díaz.
52. INTRODUCCION A LA PEDAGOGIA
F. Acha.
53. IÑIGO DE LOYOLA
Rosendo Roig.
54. NATURALEZA Y TECNICA
Edith Schenk.
55. EL LAZARILLO DE TORMES
Anónimo. Edición, introducción, interpretación y notas de Rosendo Roig.
56. INTRODUCCION AL BUDISMO-ZEN
Teitaro Suzuki.
57. EL PODER DE LA VOLUNTAD
J. Lindworsky.
58. PRIMEROS AUXILIOS
José María de Mena.
59. PSICOLOGIA PARA LA EDUCACION DEL NIÑO
En colaboración.
60. LA FELICIDAD DE LA JOVEN PAREJA
Philippe y Claire Deroux.
61. INTRODUCCION A LA PSIQUIATRIA
I. Pellicier.
62. PSICOLOGIA DE NUESTRAS RELACIONES CON LOS DEMAS
Marc Oraison.
63. EL AMOR FRATERNO
François Humblet.
64. HISTORIA DE ESPAÑA
En colaboración.
65. LA HISTORIA DE HELEN KELLER
Lorena A. Hickok.

66. PSICOPEDAGOGIA DE LA INFANCIA A LA ADOLESCENCIA
Roger Gilbert.
67. GUIA DE LA DEFENSA PERSONAL
L. Arpin
68. RIMAS Y LEYENDAS DE GUSTAVO ADOLFO BECQUER
Edición, prólogo y pedagogía de Rosendo Roig.
69. SABER ESTUDIAR
Juan Ontza.
70. HISTORIA DE LAS RELIGIONES
Equipo de Redacción PAL.
71. EL ORDENADOR, PRODIGIO DE LA TECNICA
Francisco Isla y Luis G. Eibar.
72. SABER CASTIGAR
Patrice Myrnos.
73. EL CINE. GENERO Y ESTILOS
Xavier Moreno Lara.
74. DICCIONARIO DE MITOLOGIA
José Luis Arriaga.
75. LA CELESTINA
Francisco Rojas - Rosendo Roig.
76. ETICA Y MORAL
Félix Acha Irizar.
77. COCINAR ES FACIL
María Jesús Escribano.
78. FABULAS
Félix María Samaniego.
79. TIMIDEZ, VOLUNTAD, ACTIVIDAD
Paul Chauchard.
80. CONOCIMIENTO Y DOMINIO DE LA MEMORIA
Paul Chauchard.
81. EL EQUILIBRIO DEL CUERPO Y DE LA MENTE
Bizé-Goguelin.
82. LA INTELIGENCIA EFICAZ
Sartín.
83. VIDA FAMILIAR Y VIDA ESCOLAR
Félix Acha Irizar.
84. LA DANZA DE LOS NUMEROS
Héctor Antoñana.
85. ANGUSTIAS DE NIÑOS SANOS
Gisele Eberlein.
86. DICCIONARIO DE PSICOLOGIA
Equipo de Redacción PAL.
87. CONOCER A OTROS
Michel Gauquelin.
88. SABER COMUNICARSE
Françoise Gauquelin.

89. MADUREZ CREADORA
Ingo Mummert.
90. TRIUNFAR EN LA TERCERA EDAD
Xavier Moreno Lara.
91. JUAN PABLO II. El hombre y el Papa
Equipo Redacción Mensajero.
92. «TRAINING» MENTAL
Dr. A. Bierach
93. LA IMAGEN PERSONAL CLAVE PARA EL EXITO
Dr. Alfred Bierach.
94. EDUCAR LA FAMILIA, HOY
Miguel Bertrán Quera.
95. EL DESARROLLO VITAL DEL HOMBRE
Bernard Livegoed.
96. LA DROGA Y VUESTROS HIJOS
Centro Didro. París.
97. MI HIJO ES ¿SUPERDOTADO? ¿NORMAL? ¿TORPE?
José María de Mena.
98. GUIA DE LA RELAJACION Y DE LA SOFROLOGIA
Claude Haumont.
99. CORO Y COCINA DE LOS MONASTERIOS DE ESPAÑA
Rosendo Roig.
100. PALESTINA AYER Y HOY
Teodoro Martínez.
101. FAMILIA HOY Y MAÑANA
Carlos Magaz Sangro.
102. HISTORIA UNIVERSAL (I). Prehistoria e historia del Próximo Oriente
Equipo Redacción PAL.
103. HISTORIA UNIVERSAL (II). El mundo griego
Equipo Redacción PAL.
104. HISTORIA UNIVERSAL (III). El mundo romano
Equipo Redacción PAL.
105. HISTORIA UNIVERSAL (IV). La Alta Edad Media
Equipo Redacción PAL.
106. HISTORIA UNIVERSAL (V). La Baja Edad Media
Equipo Redacción PAL.
107. HISTORIA UNIVERSAL (VI). El Renacimiento, Reforma y Contrarreforma
Equipo Redacción PAL.
108. HISTORIA UNIVERSAL (VII). El Siglo de las Luces. Revolución Francesa y Epoca de Napoleón
Equipo Redacción PAL.
109. HISTORIA UNIVERSAL (VIII). Emancipación Americana. La Revolución Industrial.
Equipo Redacción PAL.
110. HISTORIA UNIVERSAL (IX). Epoca Contemporánea
Equipo Redacción PAL.

bolsillo
mensajero

Estudiar la historia significa conocer el presente a través del pasado. La llave para ello la constituye el contacto y la confrontación que consigamos establecer entre el mundo de ayer y el de hoy. Tal contacto implica el riesgo, por una parte, de interpretar el mundo de hoy, de forma parcial y, por otra, de revelar sólo ciertos elementos del pasado, escogiéndolos en función de la visión particular que se tiene del presente. El riesgo puede disminuirse si el trabajo de confrontación se realiza en forma de resumen y con una formulación histórica definitiva. Esta obra, como indica su título, pretende ser una Historia Universal. Sin embargo el término universal ha de entenderse en forma razonablemente relativa: el libro pretende exponer la historia del universo que nos ha afectado, aunque sólo sea remotamente. Y ocurre que existen muchos hechos lajanos en el espacio y en el tiempo que no han tenido repercusión en la vida de Occidente. Eso pasa, por ejemplo, con gran parte de la historia antigua de pueblos del Extremo Oriente que sólo será tratada de manera breve. Este primer tomo parte de la aparición del hombre (la prehistoria) para llegar al Imperio Persa, pasando por la civilización r
sus diversos imperios, los p
Siria y Palestina con los sen
quedándose a las puertas d